Cuentos de perros

Rudyard Kipling

En 1934, dos años antes de su muerte, Rudyard Kipling reunió en un volumen nueve cuentos y cinco poemas dedicados a los perros, esos animales adaptados a la humanidad que a veces saben «más que un hombre». Picarescos o heroicos, domésticos o casi fantásticos, de India a Inglaterra pasando por los parajes helados del Ártico, estos *Cuentos de perros* tratan por supuesto de la lealtad, pero sobre todo de cómo el ser humano proyecta en los animales adiestrados para la compañía o el trabajo su propia personalidad y sus propios deseos, y de cómo alcanza a definirse a través de ellos. Por su parte, un perro puede tirar de un trineo o cazar zorros, puede ser una mercancía valiosa o una inesperada ayuda terapéutica, pero también tiene una vida propia: puede amar a quien no corresponde, enloquecer, deprimirse, o simplemente no entender. A veces son los propios perros quienes toman la palabra y cuentan en su propio idioma su experiencia con los humanos y otros animales, o piden no ser abandonados, o requieren cuidados especiales cuando son ancianos. Y alguno hay que sube al Cielo y tendrá que esperar la llegada de su amo junto a la silla de san Pedro…

Rudyard Kipling

Cuentos de perros

ePub r1.0
Titivillus 17.07.2021

Título original: *Dog Stories*
Rudyard Kipling, 1934
Traducción: Jordi Doce

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

NOTA AL TEXTO

En 1934, dos años antes de su muerte, Rudyard Kipling reunió en un volumen titulado *Collected Dog Stories* (MacMillan & Co., Londres) nueve cuentos y cinco poemas, la mayoría publicados anteriormente en revistas o libros. Su procedencia original, siguiendo el orden de aparición en el volumen, es la siguiente:

«La historia del soldado raso Learoyd» *(Private Learoyd's Story): The Week's News*, 14 de julio de 1888; compilado en *Indian Railway Library N.º 1* y *Soldiers Three* el mismo año.

«Garm: un rehén» *(Garm − A Hostage): Saturday Evening Post*, 23 de diciembre de 1899, y luego *Pearson's Magazine*, enero de 1900; recogido en el volumen *Actions and Reactions* en 1909, donde se acompañó del poema «El poder de un perro» (*The Power of the Dog*), que también forma parte de este volumen.

«Quiquern» (*Quiquern): Pall Mall Gazette*, 24 y 25 de octubre de 1895, con los versos de «El Pueblo del Hielo del Nordeste» como entradilla, y en *McClure's Magazine*, con los versos «Angutivaun Taina» como entradilla, en noviembre de 1895; recogido ese mismo año en el *Segundo libro de la selva*.

«El perro Hervey» *(The Dog Hervey): The Century Magazine*, abril de 1914, como *The Dog Harvey*, y *Nash's and Pall Mall Magazine*, como *The Dog Hervey*, al mes siguiente; recogido en *A Diversity of Creatures* (1917).

«La mujer de su vida» *(The Woman in His Life): McCall's Magazine*, septiembre de 1928, y *London Magazine Christmas Number*, diciembre del mismo año; recogido en *Límites y renovaciones (Limits and Renewals*, 1932), donde estaba entre dos poemas, «Dina en el cielo» (*Dinah in Heaven)* y «Patones» (*Four Feet)*, tal y como aparecen en este volumen.

«Su siervo, este perro» *(Thy Servant a Dog): Liberty* (Estados Unidos), 7 de junio de 1930, y *Cassell's Magazine* (Reino Unido), agosto del mismo año.

«El gran juego de la caza» *(The Great Play Hunt): Cassell's Magazine*, septiembre de 1930.

«El perro Toby» *(Toby Dog): Thy Servant a Dog Told by Boots*, 1930, volumen en el que fue incluido junto con los otros dos cuentos precedentes. En la edición de 1934, *Collected Dog Stories*, se incluyeron asimismo los dos poemas que en el volumen encontramos a continuación: «La súplica del terrier escocés negro» (*The Supplication of the Black Aberdeen*) y «Sus disculpas» (*His Apologies*).

«Un lobo de mar» *(A Sea Dog): Collected Dog Stories*, 1934.

LA HISTORIA DEL SOLDADO RASO LEAROYD

Y contó un cuento.

Crónicas de Gautama Buda

Lejos de las guaridas de los oficiales subalternos que insisten en inspeccionar el equipo, lejos de los sargentos de olfato fino que huelen la pipa metida en la ropa de cama enrollada, a tres kilómetros del alboroto de los barracones, se halla la Trampa. Es un viejo pozo reseco a la sombra de un pipal retorcido y cercado por hierbas altas. Aquí, a lo largo de los años, el soldado raso Ortheris montó su depósito y su casa de fieras para todas aquellas posesiones, muertas o vivas, que no cabía introducir sin peligro en el dormitorio de la tropa. Aquí se congregaban gallinas de la raza Houdin y fox terriers de indudable pedigrí pero más que dudosa propiedad, pues Ortheris era un furtivo empedernido y ocupaba un lugar preeminente dentro de un regimiento de expertos ladrones de perros.

Ya no volverán aquellos largos y perezosos atardeceres en los que Ortheris, silbando suavemente, se movía con precisión de cirujano entre los cautivos de su arca en el fondo del pozo; cuando Learoyd se sentaba en el nicho impartiendo sabios consejos sobre cómo criar perros y Mulvaney, desde un recoveco del frondoso y saliente pipal, ondeaba sus enormes botas en señal de bendición por encima de nosotros, deleitándonos con historias de amor y de guerra y extraños sucesos de ciudades y hombres.

Ortheris, metido por fin en la «pequeña tienda de pájaros disecados» por la que su alma suspiraba; Learoyd, instalado de nuevo en el costillar de piedra del norte, envuelto por el humo y el martilleo de los telares de Bradford; y Mulvaney, nuestro tierno, canoso y muy sabio Ulises, sumido en el bochorno de los trabajos de construcción de una línea férrea en la India central… ¡juzgad si he olvidado los viejos tiempos de la Trampa!

Ortheris, como se cree más listo que nadie, dijo que no era una dama de verdad, sino una eurásica. No le llevé la contraria porque tenía la piel algo oscura. Pero *era* una dama, vaya que sí. Si hasta tenía un carruaje, y buenos caballos, y el pelo tan aceitado que te podías ver en él, y llevaba anillos de diamantes y una cadena de oro, y vestidos de seda y de satén que deben costar una fortuna, porque una figura como la suya no se viste en una tienda cualquiera. Su nombre era señora DeSussa, y si llegué a conocerla y a tener tratos con ella fue gracias al perro de la señora de nuestro coronel, Rip.

He visto muchos perros en mi vida, pero Rip era el fox terrier más lindo y más listo que he conocido jamás. Podía hacer de todo menos hablar y la señora del coronel lo quería como si estuviera bautizado. Tenía sus propios hijos, pero estaban en Inglaterra, y Rip recibía todos los mimos y caricias que correspondían por derecho a un hijo.

Pero a Rip le gustaba vagabundear y tenía la costumbre de escapar de los barracones y andar trotando por todas partes como si fuera el juez del acantonamiento en ronda de inspección. El coronel lo azotó un par de veces, pero a Rip le dio igual y siguió haciendo sus rondas, meneando la cola como si hiciera señales con banderas y diciéndole a todo el mundo que todo iba estupendamente, muchas gracias, y ¿a usted cómo le va? Y entonces el coronel, como no tenía mucha mano con los perros, va y lo encierra. Un perro superior, Rip, y no es de extrañar que la dama, la señora DeSussa, le cogiera cariño. Recuerdo uno de los Diez Mandamientos que dice que no codiciarás el buey de tu prójimo ni su asno, pero no dice nada de su terrier, y me parece que por eso la señora DeSussa codiciaba a Rip, aunque iba a la iglesia habitualmente con su marido, que era tan oscuro que parecía negro; de hecho, de espaldas solo se le distinguía porque llevaba un abrigo de caballero. Decían que estaba metido en el negocio del yute y que se había forrado.

Bueno, como decía, cuando encerraron al pobre Rip empezó a tener problemas de salud. Así que la señora del coronel me envía a echarle un vistazo porque tengo fama de entender de perros y quiere saber qué le pasa.

—Bueno, señora —le dije—, pasa que está deprimido, porque lo que quiere es andar en libertad y estar con sus compañeros como todos nosotros; quizá una rata o dos le animarían y le ayudarían a pasar los días. Es todo un poco rastrero —le dije—, pero así son los perros, está en su naturaleza; es lo que les gusta, salir por ahí y encontrarse con otros perros y pasar el día, y pelearse de vez en cuando como buenos cristianos.

Así que va ella y dice que *su* perro no está para meterse en peleas y que ningún cristiano debe pelearse.

—Y entonces ¿para qué están los soldados? —le dije; y le expliqué las cualidades contradictorias de un perro que, si te paras a pensarlo, es una cosa muy curiosa. Pues aprenden a comportarse como caballeros de nacimiento y a estar en las mejores compañías… Me dicen que hasta Vicky aprecia un buen perro y distingue uno bueno cuando lo ve como cualquiera[1]; pero luego se dedican a perseguir gatos y meterse en toda clase de trifulcas en callejones, y a matar ratas y pelear como bellacos.

La señora del coronel me dice entonces:

—Bueno, Learoyd, no estoy de acuerdo contigo, pero tienes razón en una cosa, así que voy a pedirte que saques a pasear a Rip de vez en cuando; pero no debes permitir que se pelee, ni que persiga gatos, ni que haga ninguna de esas cosas horribles.

Y esas fueron sus palabras exactas.

Así que Rip y yo salíamos a pasear al final de la tarde. La verdad, era un perro que siempre te hacía quedar bien, así que me hice con un puñado de ratas y monté una pequeña partida de caza en una vieja alberca sin agua detrás del cuartel. Y poco después ya volvía a estar más contento que unas castañuelas. Cuando se lanzaba contra los grandes perros paria parecía una flecha salida de un arco y, aunque pesaba poco, aparecía tan de repente que los derribaba como bolos en una bolera, y cuando corrían los perseguía como a conejos. Lo mismo con los gatos, cuando conseguía que el gato echara a correr.

Una noche andábamos colándonos por uno de los muros del complejo para perseguir una mangosta a la que había sorprendido, y justo cuando salimos de detrás de un arbusto de espinas levantamos los ojos y nos encontramos con la señora DeSussa con un parasol sobre los hombros, mirándonos.

—¡Oh vaya! —exclama—. ¿A quién tenemos aquí? Pero ¡si es esa ricura de perro! ¿Me dejaría acariciarlo, señor soldado?

—Claro que sí —dije—, le encanta la compañía de las damas. Ven aquí, Rip, y dile algo a esta amable señora.

Y Rip, viendo que la mangosta se le había escapado sin remedio, se le acerca como el caballero que es, sin una pizca de extrañeza o de timidez.

—Ay, qué preciosidad, mira que eres lindo —dice con esa voz aguda y melodiosa que tienen los de su raza—. ¡Me encantaría tener un perro como tú! Eres tan lindo… pero mira qué ricura…

Y siguió diciéndole esto y lo otro, cosas a las que un perro sensato quizá no hace mucho caso, aunque las aguanta por instinto o por educación.

Y entonces lo hago saltar por encima de mi bastón ligero, y estrechar manos, y pedir, y hacerse el muerto, y toda clase de trucos de esos que las señoras enseñan a los perros, aunque a mí personalmente no me gustan; pues un buen perro se pone en ridículo haciendo estas cosas.

Y al cabo de un rato me entero de que lleva días observando a Rip con ojos de cordera, como se suele decir. Al parecer sus hijos ya estaban criados y no tenía mucho que hacer, y siempre le habían gustado los perros. Así que me pregunta si no quiero tomar algo. Y vamos al salón, donde su marido nos recibe. Se pasan un rato jugando con el perro y dándole mimos, y yo me tomo una cerveza y él me regala puros.

Así que finalmente me voy, pero la señora me dice con esa voz cantarina suya:

—Oh, señor soldado, por favor, vuelva pronto con este perro tan lindo.

No le dije nada a la señora del coronel sobre la señora DeSussa, y Rip tampoco soltó prenda; y allá voy de nuevo, y cada vez que iba me esperaba un trago y un puñado de buenos cigarros. Y le conté a la vieja muchas más cosas de Rip de las que sabía: cómo ganó el primer premio en el certamen de Lunnon y el hombre que lo había criado lo vendió por treinta y tres libras y cuarenta chelines; que su hermano era propiedad del príncipe de Gales y que tenía el pedigrí de un duque. Y ella se lo tragó todo y no se cansaba de admirarlo. Pero, cuando la vieja empezó a darme dinero y vi que se estaba encariñando de verdad con el perro, empecé a sospechar. Cualquiera le puede dar a un soldado una propina amistosa para que se pague una cerveza pero, cuando se trata de cinco rupias que alguien desliza furtivamente en tu mano, bueno, eso es lo que la gente que se dedica a dar sermones llama soborno y corrupción. Especialmente cuando la señora DeSussa empezó a lanzarme indirectas de que la estación cálida estaba a la vuelta de la esquina, y que ella tenía pensado irse a Munsooree Pahar y nosotros estábamos destinados a Rawalpindi, y que no volvería a ver a Rip nunca más a no ser que algún conocido fuera amable con ella.

Así que les cuento a Mulvaney y a Ortheris toda la historia de principio a fin.

—Esa vieja astuta te está pidiendo que cometas latrocinio —dice el irlandés—. Te está seduciendo para que cometas un delito, mi querido amigo Learoyd, pero yo protegeré tu inocencia. Voy a salvarte de las tretas perversas de esa vieja rica, así que esta noche iré contigo y le diré las palabras de la verdad y la honradez. Pero, Jock —dijo negando con la cabeza—, no es propio de ti quedarte con toda esa bebida y esos puros mientras Ortheris y yo

andamos por ahí con la garganta más seca que la lija y sin nada que fumar salvo la picadura del cuartel. Has jugado sucio, Learoyd, y más con un camarada, pues ya me dirás qué haces columpiándote en una silla de satén, como si Terence Mulvaney no pudiera compararse con un comerciante de yute…

—Por no hablar de mí —intercala Ortheris—, pero así es la vida. A los que de verdad somos dignos de dar lustre a la sociedad ni nos miran, pero va un bruto del norte como tú…

—Que no —repito—, que a ella no le interesa ningún bruto del norte. Se trata de Rip. Él es el caballero en esta historia.

Así que al día siguiente Mulvaney y Rip y yo vamos a ver a la señora DeSussa, y como ella no conocía al irlandés estuvo tímida al principio. Pero ya habéis oído hablar a Mulvaney, y podéis creerme si os digo que no tardó nada en cautivar a la vieja y obligarla a confesar que pensaba llevarse a Rip con ella a Munsooree Pahar. Entonces Mulvaney cambia de estrategia y le pregunta solemnemente si ha pensado en las consecuencias de enviar dos soldados pobres pero honrados al penal de Andamning. La señora DeSussa empezó a llorar, así que Mulvaney cambia de rumbo y decide tranquilizarla, admitiendo que a Rip le iría mucho mejor en las montañas que en las tierras bajas de Bengal, y que sería una pena que no estuviera en un lugar donde es tan querido. Y así estuvo un rato, dando rodeos y aturullándola hasta que la vieja señora acabó convencida de que su vida no valía un real si no se quedaba con el perro.

Entonces de repente le dice:

—Pero lo vamos a conseguir, señora, porque tengo un corazón compasivo, no como este norteño despiadado; pero le va a costar exactamente trescientas rupias.

—No crea usted una palabra de lo que dice, señora —digo—. La señora del coronel no lo vendería ni por quinientas.

—¿Quién dice nada de vender? —dice Mulvaney—. Mi intención no es comprar, sino que quiero hacer un favor a esta buena y amable señora y por eso voy a hacer lo que nunca imaginé que haría. ¡Voy a robarlo!

—No diga robar —dijo la señora DeSussa—. Le espera el hogar más feliz del mundo. Los perros se pierden a menudo, ya lo sabe usted, y luego acaban extraviándose, y yo le gusto y él me gusta más que ningún perro que haya conocido hasta ahora. *Tiene* que ser mío. Si me lo dieran en el último momento, me lo podría llevar a Munsooree Pahar y nadie se enteraría.

Mulvaney me miraba de vez en cuando y, aunque no lograba adivinar sus planes, decidí seguirle la corriente.

—Bueno, señora —dije—. Nunca pensé que acabaría rebajándome a robar perros pero, si mi compañero cree saber cómo podemos complacer a una señora como usted, no soy quién para llevarle la contraria, aunque me parece mal negocio cobrar trescientas rupias cuando nos arriesgamos a acabar en el penal de Damning como ya le ha dicho Mulvaney.

—Lo subo a trescientas cincuenta —dice la señora DeSussa—. Pero permitan que me quede con el perro.

Así que nos dejamos persuadir, y allí mismo le toma las medidas a Rip y encarga a Hamilton un collar de plata que debían entregarle el día que el perro fuera suyo, que sería cuando saliera de viaje a Munsooree Pahar.

—Vamos a ver, Mulvaney —le digo al salir—, no te voy a permitir que se quede con Rip.

—¿Es que quieres decepcionar a una pobre señora? —dijo—. Ella tendrá *un* Rip.

—Y ¿de dónde lo vas a sacar? —pregunto.

—Learoyd, amigo mío —canturrea—, eres un tipo estupendo y un buen camarada, pero tienes la cabeza llena de serrín. ¿No se dedica nuestro amigo Ortheris a la taxidermia? ¿No has visto qué manos de artista tiene? Y ¿qué es un taxidermista sino un hombre que puede tratar pieles? ¿Recuerdas el perro blanco que pertenece al sargento de la cantina, que el diablo lo confunda, ese que se pasa la mitad del tiempo gruñendo y enseñando los dientes? Nos libraremos de él *definitivamente*; y recuerda que es una réplica perfecta del perro del coronel, solo que tiene la cola algo más larga y ninguno de los colores que diferencian a Rip y que tiene el carácter de su amo, y peor. Pero ¿qué son cuatro centímetros en la cola de un perro? Y ¿qué son unas pocas franjas de colores para un profesional como Ortheris? Nada, nada en absoluto.

Entonces fuimos a ver a Ortheris y nuestro hombrecillo, que era más listo que el hambre, vio claro el asunto desde el minuto uno. Y al día siguiente se puso manos a la obra ensayando tintes de pelo, probando con unos conejos blancos que tenía, y entonces dibujó todas las manchas de Rip en la espalda de un buey del comisariado, para ir haciendo mano y estar seguro de los colores; sombreando el marrón hasta volverlo negro como en la vida misma. El único defecto de Rip era que tenía muchas manchas, pero también es verdad que eran extrañamente regulares, así que Ortheris se propuso hacer un trabajo de primera cuando echó mano del perro del sargento de la cantina. No ha habido jamás un perro con tan mal carácter, y la cosa no mejoró

precisamente cuando hubo que recortarle la cola casi cuatro centímetros. Pero ya pueden decir lo que quieran de sus Reales Academias. Yo no he visto nunca un trabajo de pintura en animales mejor que el de Ortheris al copiar las manchas de Rip, y eso que el dibujo no paraba de gruñir y de intentar lanzarse sobre Rip, que hacía de modelo al natural para que la copia fuera perfecta.

Ortheris había sido siempre más engreído que un pavo real, y estaba tan satisfecho de cómo había quedado su Rip de pega que quería llevárselo a la señora DeSussa antes de que se fuera. Pero Mulvaney y yo lo disuadimos, porque sabíamos que el trabajo de Ortheris, aunque fino, no dejaba de ser una simulación, algo superficial.

Y por fin la señora DeSussa fijó el día de su partida a Munsooree Pahar. Teníamos que llevar a Rip a la estación en una cesta y entregarlo justo cuando el tren fuera a arrancar, y entonces ella nos daría el dinero, como habíamos acordado.

Y menos mal que se iba, la verdad, porque para que los tintes de pelo en la espalda del chucho tuvieran el tono deseado hicieron falta grandes cantidades de pintura, y eso que Ortheris se había gastado más de siete rupias en las mejores droguerías de Calcuta.

Y el sargento de la cantina buscaba a su perro por todas partes, y, como estaba atado, el carácter del animal empeoró aún más si cabe.

Era de noche cuando el tren salía de la estación de Howrah, así que ayudamos a la señora DeSussa a subir por lo menos sesenta cajas y entonces le dimos la cesta. Ortheris, orgulloso de su labor, pidió acompañarnos, y no pudo evitar levantar la tapa y enseñar al chucho que yacía enroscado.

—¡Oh! —dijo la buena señora—. ¡Qué ricura! ¡Qué dulce parece!

Y justo entonces la ricura gruñó y enseñó los dientes, así que Mulvaney baja la tapa y dice:

—Tenga cuidado al sacarlo de la cesta, señora. No está acostumbrado a viajar en tren y seguro que echa de menos a su dueña verdadera y a su amigo Learoyd, así que tenga un poco de comprensión con su comportamiento al principio.

Sí, claro, ella haría eso y más por el bueno de Rip, y no abriría la cesta hasta que estuvieran a muchos kilómetros de distancia por miedo a que pudieran reconocerlo, y nos portamos como soldados amables y serviciales, la verdad que sí, y me da un fajo de billetes, y entonces llegan algunos de sus familiares y amigos para despedirse —no más de setenta y cinco, contando por lo bajo— y salimos corriendo.

¿Qué pasó con las trescientas cincuenta rupias? Casi no me atrevo a decirlo, pero nos las fundimos, las fundimos sin dejar rastro. Repartimos el dinero por igual entre los tres, pues Mulvaney dijo:

—Si Learoyd fue quien entabló amistad con la señora DeSussa, fui yo quien pensó justo a tiempo en el perro del sargento y Ortheris el artista genial que convirtió ese horrible modelo malcarado en una obra de arte. Sin embargo, como ofrenda de agradecimiento por que la buena señora no me llevara a cometer un delito, le daré algo de dinero al padre Victor para que lo reparta entre los pobres por los que anda pidiendo siempre.

Pero Ortheris y yo, él por ser un *cockney* y yo por ser del norte profundo, no lo veíamos de la misma manera. Habíamos cobrado la pasta y teníamos la intención de quedarnos con ella. Y así fue… por poco tiempo.

Y no, no, no volvimos a tener noticias de la vieja. Nuestro regimiento se fue a Pindi y el sargento de la cantina se buscó otro chucho para reemplazar al que se había perdido sin más, y que terminó perdido para siempre.

GARM: UN REHÉN

Una noche, hace muchísimo tiempo, me dirigí a un acuartelamiento militar indio llamado Mian Mir a ver una función teatral de aficionados. Detrás de las barracas de infantería, un soldado con la visera a modo de parche se plantó delante de los caballos y anunció a voz en grito que era un peligroso salteador de caminos. En realidad, era amigo mío, así que le dije que volviera a casa antes de que le sorprendieran; pero cayó a los pies del palo de la bandera, y oí la voz de un guardia militar buscando a alguien.

El conductor y yo le convencimos de subir al coche, volvimos a casa a toda prisa, le desvestimos y le metimos en la cama, donde a la mañana siguiente se despertó muy avergonzado y con un buen dolor de cabeza. Después de asearse y afeitarse y ponerse presentable, y una vez su uniforme quedó limpio y seco, le llevé de regreso a los barracones con su brazo en un elegante cabestrillo blanco, y allí declaré haberle atropellado por accidente. No le conté esta historia al sargento de mi amigo, que era persona desconfiada y hostil, sino a su lugarteniente, que no nos conocía tan bien.

Tres días más tarde mi amigo vino a visitarme, y a sus pies babeaba y se arrastraba uno de los mejores especímenes de bull terrier —de esa variedad anticuada que consiste en dos partes de bull por una de terrier— que he visto jamás. Era de un blanco inmaculado, con una montura color beis justo detrás del cuello y un diamante del mismo color en la raíz de su cola delgada y flexible. Lo había admirado de lejos durante más de un año; y Vixen, mi fox terrier, también lo conocía, pero no le daba su beneplácito.

—Es tuyo —dijo mi amigo; pero no daba la impresión de querer separarse de él.

—¡Tonterías! Ese perro vale más que muchos hombres, Stanley —le dije.

—Eso y mucho más. ¡Atención!

El perro se levantó sobre sus patas traseras y se quedó de pie todo un minuto.

—¡Ojos a la derecha!

Se sentó sobre sus cuartos traseros y volvió bruscamente la cabeza hacia su diestra. A una seña se incorporó y ladró tres veces. Luego me estrechó la mano con la pata y se subió de un salto a mi hombro. Ahí se acomodó en forma de corbata, inerte y flácido, colgando a ambos lados de mi cuello. Se me ordenó que lo agarrara y lo lanzara por el aire. Cayó con un aullido, y empezó a arrastrar una pata.

—Parte del truco… —dijo su dueño—. Ahora vas a morir. Cávate una pequeña tumba y cierra esos ojitos.

Aún renqueante, el perro se fue cojeando hasta el borde del jardín, cavó un hoyo y se echó en él. Cuando oyó que estaba curado, dio un brinco, meneando la cola y mendigando el aplauso. Fue sometido a media docena de trucos más, como demostrar si podía retener a un hombre (yo era ese hombre, y se sentó delante de mí, enseñándome los dientes, listo para saltar) o dejar de comer al oír la orden de su amo. No había terminado de alabarlo cuando mi amigo hizo un gesto que paralizó al perro como si le hubieran pegado un tiro, sacó del casco un trozo de papel —papel de cantina, a rayas azules—, me lo entregó y salió corriendo mientras el perro lo seguía con la mirada y echaba a aullar. Decía así:

> Señor, le hago entrega de este perro para agradecerle lo que hizo por mí. Es el mejor que conozco, porque lo eduqué yo, y es tan bueno como un hombre. Por favor, no le dé mucho de comer y, por favor, no me lo devuelva, pues no lo aceptaré, que es suyo. Así que, por favor, no intente devolvérmelo. Me quedo con su nombre, así que puede llamarlo como guste y le responderá, pero, por favor, no me lo devuelva. Puede matar a un hombre con facilidad, pero, por favor, no le ofrezca demasiada carne. Sabe más que un hombre.

Vixen unió por compasión su ladrido agudo y estridente al aullido desconsolado del bull terrier, y yo me quedé a disgusto, pues sabía que una cosa es un hombre al que le gustan los perros y otra muy distinta un hombre que ama a un perro. En el mejor de los casos, los perros no son más que vagabundos verminosos que no paran de rascarse, comensales repugnantes y seres impuros según las leyes de Moisés y de Mahoma. Pero un perro con el que se convive a solas al menos seis meses al año; un ser libre, ligado a ti por un amor tan puro que no se mueve ni hace ejercicio sin ti; un alma templada, paciente, graciosa y sabia que conoce tus cambios de humor antes incluso de que tú mismo los adviertas… ese no es un perro al que pueda gobernarse.

Yo tenía a Vixen, que era todo lo que yo quería en un perro; y sentí lo que sin duda hubo de sentir mi amigo al arrancarse de este modo una parte de su corazón y dejarlo en mi jardín. Sin embargo, el perro comprendió claramente que yo era su dueño y no salió detrás del soldado. Tan pronto recuperó el aliento le di algunos mimos y Vixen, chillando de celos, se lanzó a por él. De haber sido un animal de su sexo quizá se habría animado a pelear, pero el perro se limitó a mirarla con fastidio mientras ella le mordisqueaba los flancos de acero y a descansar su gran cabeza en mi rodilla y seguir con sus aullidos. Mi plan esa noche era cenar en el club de oficiales pero, conforme la oscuridad crecía y el perro husmeaba la casa vacía como un niño tratando de recuperarse de un ataque de llanto, vi que no podía dejarle pasar esa primera noche a solas. Así que cenamos en casa, Vixen a un lado y el perro forastero al otro; ella con el ojo puesto en cada bocado del otro y dejándole bien claro lo que pensaba de sus modales en la mesa, que eran bastante mejores que los suyos.

Vixen tenía la costumbre de dormir en mi cama mientras no hiciera calor, reclinando la cabeza en la almohada como cualquier hijo de vecino; y al amanecer yo descubría siempre que había logrado hacerse fuerte con las patas en la pared hasta empujarme a un lado de la cama. Esa noche se fue a la cama con decisión, los pelos de punta y un ojo puesto en el intruso, que yacía desplomado en una estera, inerte y despatarrado, suspirando lastimero. Ella acomodó la cabeza en la almohada varias veces, dándose aires de importancia, y entonó la cantinela quejumbrosa que solía preceder al sueño. El forastero se me arrimó mansamente. Extendí la mano y me la lamió. En ese momento mi muñeca apareció entre los dientes de Vixen, y su gruñido de aviso me decía bien a las claras que, si volvía a hacer caso al forastero, me esperaba un mordisco.

La agarré por su grueso cogote con la mano izquierda, la sacudí con severidad y le dije:

—Vixen, como vuelvas a hacer eso te saco al porche. ¡No lo olvides!

Lo comprendió perfectamente, pero al minuto de soltarla volvió a rodearme la muñeca derecha con la boca, esperando con las orejas estiradas y todo el cuerpo aplanado, lista para morder. La cola del perrazo golpeaba el suelo de forma humilde y pacífica.

Agarré de nuevo a Vixen, la levanté sobre la cama como un conejo (ella odiaba verse así y lanzó un chillido) y, como le había prometido, la saqué al porche con los murciélagos y la luz de la luna. Entonces se puso a aullar. Luego empezó a soltar palabrotas —no me las decía a mí, sino al bull terrier

— hasta que la voz se le quebró del cansancio. Luego echó a correr alrededor de la casa probando cada puerta. Luego fue al establo y empezó a ladrar como si alguien estuviera robando los caballos, que era uno de sus viejos trucos. Al final regresó y su gañido jadeante decía: «¡Me portaré bien! ¡Déjame pasar y me portaré bien!».

La dejé entrar y se fue volando a su almohada. Cuando se hubo calmado le susurré al otro perro:

—Puedes tumbarte a los pies de la cama.

El perro se subió de inmediato y, aunque la sentí estremecerse de rabia, Vixen tenía claro que más le valía no quejarse. Así que dormimos hasta el amanecer y luego, bien temprano, desayunaron conmigo, bocado a bocado, hasta que el caballo pasó a buscarme y salimos a dar un paseo. Me parece que el bull terrier no había acompañado jamás a un caballo. Estaba loco de contento y Vixen, como de costumbre, dio chillidos y vueltas y señales de aviso, y se hizo cargo de la procesión.

No muy lejos se hallaba el extremo de un pueblo que por lo común atravesábamos con cautela, porque todos los perros paria amarillos del lugar solían frecuentarlo. Eran bestias hambrientas y semisalvajes; y, a pesar de su proverbial cobardía, bastaba un grupo de nueve o diez de estos perros para acorralar y matar y devorar a un perro inglés. Yo guardaba un látigo de cola larga especialmente para ellos. Esa mañana atacaron a Vixen, que, tal vez a propósito, se había apartado de la sombra de mi caballo.

El bull terrier iba detrás, a unos cincuenta metros de nosotros, arando el polvo, regodeándose en sus andares y con la sonrisa típica de los perros de su raza. Oí chillar a Vixen; media docena de chuchos la tenían cercada; una mancha blanca pasó a mi lado; una nube de polvo se levantó junto a Vixen y, al aclararse, vi a un perro paria de gran altura con la espalda rota y al bull terrier derribando en tierra a un segundo. Vixen buscó refugio en la protección de mi látigo y el bull terrier regresó al trote, más sonriente que nunca y cubierto con la sangre de sus enemigos. Esto me llevó a llamarlo Garm del Pecho Sangriento, que fue alguien ilustre en su tiempo, o Garm a secas[2]; así que, inclinado hacia delante, le dije cuál sería su nombre provisional. Él alzó la mirada mientras lo repetía y luego salió corriendo. Grité: «¡Garm!». Se detuvo, volvió a la carrera y se puso a mi lado para conocer mi voluntad.

Percibí entonces que mi amigo el soldado tenía razón y que el perro sabía y valía más que un hombre. Al final del paseo di una orden que Vixen conocía y odiaba:

—¡Ve a que te den un baño!

Garm comprendió parte de la orden, Vixen interpretó el resto y los dos se fueron juntos, trotando con serenidad. Cuando fui al porche trasero, Vixen estaba reluciente y muy orgullosa de sí misma, pero el muchacho encargado de los perros se negaba a tocar a Garm a menos que yo estuviera presente. Así que esperé mientras le frotaban y Garm, con el jabón espumando sobre su cabeza robusta, me miraba para asegurarse de que esto era lo que debía soportar. Era plenamente consciente de que el muchacho solo obedecía órdenes.

—La próxima vez que los mande a casa —le dije al criado—, bañarás al perro grande con Vixen.

—Y *¿él* lo sabe? —pregunto el criado, que conocía las peculiaridades de los perros.

—Garm —dije—, la próxima vez te bañarán con Vixen.

Supe que Garm me comprendía. De hecho, cuando volvió a tocar día de baño y Vixen fue a esconderse como de costumbre bajo la cama, Garm observó al criado titubeando en el porche, se dirigió sin recelos al lugar donde le habían bañado la última vez y esperó muy quieto en el balde.

Pero los largos días en la oficina eran una dura prueba para él. Los tres solíamos ir en carreta a las ocho y media de la mañana y volvíamos a casa a las seis o más tarde. Vixen, que ya conocía esta rutina, se acurrucaba debajo de mi mesa; pero a Garm el confinamiento le minaba el espíritu. Por lo general se quedaba sentado en el porche con los ojos puestos en el bulevar; y bien sabía yo a quién esperaba.

A veces una compañía de soldados desfilaba de camino al fuerte y Garm giraba de un lado a otro para inspeccionarlos; o un oficial de uniforme entraba en la oficina y daba pena ser testigo de la bienvenida que Garm le brindaba al traje… no al hombre. Saltaba a su paso, lo olfateaba y ladraba alegremente, luego corría hasta la puerta y vuelta a empezar. Una tarde lo oí aullar a pleno pulmón —algo que no había oído jamás— y desapareció. Cuando aparqué en el jardín al cabo del día, vi a un soldado con uniforme blanco escapando a duras penas por el muro trasero, y el Garm que fue a saludarme era un perro dichoso. Esto sucedió dos o tres veces por semana durante un mes.

Fingí no darme cuenta, pero Garm lo sabía y Vixen lo sabía. Se escabullía de la oficina hacia las cuatro de la tarde como si fuera a disfrutar del paisaje y volvía a casa tan discretamente que de no haber sido por Vixen ni me hubiera dado cuenta. La perrilla celosa daba un respingo y resoplaba bajo la mesa, lo justo para llamar mi atención sobre la fuga. Garm podía salir cuarenta veces

al día y Vixen ni se inmutaba, pero cuando salía a hurtadillas para ver a su verdadero dueño en mi jardín ella me lo decía a su manera. Con ese solo gesto pretendía demostrar que Garm no pertenecía propiamente a la familia. Eran grandes amigos para todo, *pero* Vixen me explicaba que no debía olvidar que Garm no me quería como ella.

Nunca esperé tal cosa. El perro no era mi perro —nunca podría serlo— y yo era consciente de que estaba tan triste como su dueño, que recorría más de doce kilómetros diarios a pie para verlo. Mi idea era que, cuanto antes volvieran el uno con el otro, mejor nos iría a todos. Una tarde envié a Vixen a casa en su birlocho (Garm ya se había ido), cogí el caballo y me fui a los cuarteles a ver a otro amigo, un soldado irlandés que a su vez era amigo íntimo del dueño del perro.

Le expliqué el asunto y concluí con estas palabras:

—Y ahora tengo a Stanley llorando en mi jardín por culpa de su perro. ¿Por qué no se lo queda? Los dos están amargados.

—¡Amargados! Nuestro amigo ha perdido el juicio. Le ha dado un arrebato.

—Pero ¿qué clase de arrebato? Recorre más de setenta y cinco kilómetros a la semana para ver al animal y finge no verme cuando me lo cruzo en la carretera; y esto me amarga como a él. Dígale que se quede con el perro.

—Es la penitencia que se ha impuesto. Se lo dije de broma después de la borrachera, cuando tuvo la suerte de dar con usted esa noche… Le dije que si fuera católico tendría que hacer penitencia. Fue entonces cuando le dio el arrebato, y supongo que algo de fiebre, y no se le ocurrió nada mejor que darle el perro como garantía.

—¿Garantía de qué? No quiero tener al perro de Stanley como rehén.

—Garantía de buena conducta. Ha dejado de beber, hasta el punto de que es un aburrimiento estar con él.

—¿Ha hecho voto de abstinencia?

—Ni lo sé ni me importa. Uno puede estar medio año haciendo y rompiendo votos. Dice que no volverá a ver al perro en su vida y que solo así, fíjese lo que digo, será capaz de estar sobrio. Ya conoce sus arrebatos. Este es uno más. ¿Cómo lo lleva el perro?

—Como un campeón. Es el mejor perro de la India. ¿No puede hacer que Stanley se lo quede?

—No puedo hacer más de lo que he hecho. Ya conoce sus arrebatos. Está haciendo penitencia, nada más. ¿Qué hará cuando suba a las montañas? El médico lo ha incluido en la lista.

Es costumbre en la India seleccionar a cierto número de enfermos de cada regimiento y enviarlos a los puestos del Himalaya en la estación cálida; y, aunque los hombres deberían disfrutar del aire fresco y la comodidad, echan de menos la vida social de los barracones y hacen todo lo posible por volver o no ir. Me pareció que esta maniobra ayudaría a precipitar los acontecimientos, así que me despedí de Terence con buen ánimo. Aun así, le oí decir a mi espalda:

—No aceptará al perro, señor. Puede apostar su paga a que no lo hará. Ya conoce sus arrebatos.

Nunca pretendí comprender al soldado raso Ortheris; así que hice lo más conveniente dadas las circunstancias: lo dejé en paz.

Ese verano los enfermos del regimiento al que pertenecía mi amigo recibieron la orden de subir a las montañas de buena mañana, pues los médicos pensaban que caminar al aire fresco les haría bien. Su ruta pasaba por un lugar llamado Ambala, a unos ciento ochenta kilómetros al sur. Luego giraba hacia el este y se internaba en las montañas hasta llegar a Kasauli o Dagshai o Subathu. Cené con los oficinales la víspera; debían emprender la marcha a las cinco de la mañana. Era medianoche cuando entré en mi jardín y sorprendí una silueta blanca saltando por encima del muro.

—Ese hombre —me dijo mi mayordomo— lleva aquí desde las nueve, hablando con el perro. Está loco de atar. No le ordené que se fuera porque ya ha estado aquí muchas veces y porque el encargado de los perros me dijo que, si lo echaba, el perro no dudaría en matarme. No ha querido hablar con el protector de los pobres y no ha pedido nada de comer ni de beber.

—Kadir Buksh —le dije—, ha hecho usted bien, porque el perro habría podido matarle. Pero no creo que el soldado blanco vuelva más por aquí.

Garm durmió mal y pasó la noche gimoteando en sueños. En cierto momento soltó un ladrido claro y resonante, y le oí mover la cola hasta que se despertó y el ladrido se disolvió en un aullido. Había soñado que estaba de nuevo con su amo y me dieron ganas de llorar. La culpa de todo la tenía el necio de Stanley.

El destacamento de enfermos hizo su primera parada a pocos kilómetros de sus barracones, en la carretera de Amritsar, y a quince kilómetros de mi casa. Quiso la fortuna que uno de los oficiales decidiera tomar un transporte para cenar en el club (la comida en la línea de marcha siempre es mala) y allí me lo encontré esa noche. Era un buen amigo y yo sabía que él sabía cuidar de un perro como es debido. Su mascota era un retriever gordo y corpulento que tenía que subir a las montañas por motivos de salud, y, aunque todavía

estábamos en abril, aquella bestia rechoncha de pelo castaño jadeaba y resoplaba en el porche del club como si fuera a explotar.

—Estoy asombrado —dijo el oficial— con las excusas que se inventan mis enfermos para volver a los barracones. Hay un hombre en mi compañía que ha solicitado permiso para volver al cuartel a pagar una deuda de la que se había olvidado. Me divirtió tanto la idea que lo dejé ir, y allá que se fue en un *ekka*[3], más contento que unas castañuelas. ¡Quince kilómetros para pagar una deuda! Me gustaría saber qué será en realidad…

—Si me lleva a casa, creo que lo podrá averiguar —le dije.

Así que fuimos a casa en el birlocho con su retriever, y por el camino le conté la historia de Garm.

—Me he preguntado más de una vez qué había sido de ese animal. Es el mejor perro del regimiento —dijo mi amigo—. Hace un mes le ofrecí a mi hombre veinte rupias por él. Pero ahora me dice usted que es un rehén, una prenda que garantiza la buena conducta de Stanley. Stanley es uno de mis mejores hombres… cuando le apetece.

—Esa es la razón —le dije—. Un hombre de segunda no se habría tomado las cosas tan a pecho como él.

Nos internamos hasta el fondo del jardín y rodeamos sigilosamente la casa. Había un rincón cerca del muro cubierto de tamariscos donde sabía que Garm enterraba sus huesos. Ni siquiera Vixen tenía permiso para sentarse en sus inmediaciones. A la clara luz de la luna india distinguí un uniforme blanco inclinado sobre el perro.

—Adiós, viejo —no pudimos evitar oír la voz de Stanley—. Por Dios, no dejes que uno de esos sucios perros paria te muerda y te contagie la rabia. Pero tú sabes cuidar de ti mismo, viejo. Tú no te emborrachas ni vas por ahí pegando a tus amigos. Tú consigues tus huesos y comes tus galletas y matas a tu enemigo como un caballero. Tengo que irme… y, por favor, no aúlles… Me voy a Kasauli, donde ya no podré visitarte.

Pude oír cómo agarraba el hocico de Garm mientras el perro lanzaba su aullido a las estrellas.

—Tú tienes que quedarte aquí y portarte bien, y yo… y yo me iré y trataré de portarme bien, y no sé cómo dejarte. No sé…

—Todo esto me parece absurdo —dijo el oficial, dándole una palmadita a su viejo, rollizo y ridículo retriever. Llamó al soldado por su nombre y este se puso en pie, echó a andar y se cuadró en un saludo.

—¿Usted aquí? —dijo el oficial, apartando la vista.

—Sí, señor, pero estoy a punto de volver.

—Me iré de aquí a las once en mi carruaje. Y usted se viene conmigo. No puedo tener a hombres enfermos correteando por estos pagos. Preséntese ante mí a las once, *aquí*.

No dijimos gran cosa al entrar en casa, pero el oficial mascculló algo entre dientes y estiró las orejas de su retriever.

Era un perro lamentable, un felpudo sobrealimentado; y, cuando se fue a la cocina caminando como un pato, tuve una idea brillante.

A las once de la noche no había rastro del perro del oficial, y nunca se vio a nadie que armara tanto escándalo como su dueño. Dio voces y luego gritos hasta ponerse furioso, y buscó y buscó en mi jardín durante media hora.

Entonces le dije:

—Seguro que aparece por la mañana. Envíe a un hombre en tren, que yo me ocupo de buscar a ese animal y devolvérselo.

—¿Animal? —dijo el oficial—. Aprecio a ese perro bastante más que a la mayoría de los hombres. Usted puede permitirse el lujo de hablar… Su perra está aquí.

Y ahí estaba, en efecto, a mis pies, y de haberse extraviado la casa entera se habría detenido hasta su regreso. Pero algunas personas se encariñan de perros que valen menos que la punta de un látigo. Mi amigo acabó teniendo que marcharse con Stanley en el asiento trasero; y entonces el encargado de los perros me dijo:

—¿Qué clase de animal es el perro de Bullen Sahib? ¡Mírelo!

Fui al cobertizo del muchacho y allí estaba el viejo réprobo, tendido cuan gordo era sobre una alfombrilla y bien encadenado. Sin duda oyó a su dueño llamándolo durante veinte minutos, pero no había hecho el menor intento de ir con él.

—No tiene sangre en las venas —dijo el muchacho con desprecio—. Es un *punniar-kooter* (un perro de aguas). Todo el tiempo que su dueño lo estuvo llamando no dejó de mordisquear ese trapo. En su lugar, Vixen Baba habría saltado por la ventana y ese Gran Perro me habría matado hasta con un bozal en la boca. Es verdad que hay muchas clases de perros.

Cuál fue mi sorpresa cuando la tarde siguiente vi aparecer a Stanley. El oficial lo había enviado a recorrer veintiún kilómetros en tren con una nota en la que me rogaba que le devolviera el retriever si había aparecido y, en caso contrario, ofreciera una enorme recompensa por él. El último tren con destino al campamento salía a las diez y media de la noche y Stanley se quedó hasta las diez hablando con Garm. Me enfadé y supliqué, y hasta amenacé con sacrificar al bull terrier, pero el soldado se mantuvo firme como una roca,

aunque le di bien de cenar y le hablé con la mayor contundencia. Garm sabía tan bien como yo que no habría otra ocasión para ver a su dueño y seguía a Stanley como su sombra. El retriever no dijo nada, pero se lamió los labios después de comer y retomó sus andares de pato sin molestarse en decir: «Gracias», para indignación del muchacho.

Así que el último encuentro llegó a su fin y yo me sentía tan desdichado como Garm, que pasó la noche gimoteando en sueños. Cuando fuimos a la oficina encontró un rincón debajo de la mesa cerca de Vixen y se desplomó en el suelo hasta que llegó la hora de volver a casa. Se acabaron las carreras por los porches y las excursiones furtivas para verse en secreto con Stanley. Conforme los días se fueron haciendo más cálidos los perros tuvieron prohibido trotar al lado del carruaje y se subieron conmigo al asiento delantero, Vixen con la cabeza metida bajo mi hombro izquierdo y Garm abrazado al pasamanos.

Aquí Vixen se mostraba siempre en buena forma. Debía atender al tráfico rodado, como los carros de bueyes que impedían el paso y los camellos y los ponis de guía; así como mantener su dignidad cuando se cruzaba con amigos más necesitados que paseaban entre nubes de polvo. Nunca ladraba por ladrar, pero su ladrido agudo y estridente era conocido en todo el bulevar y los terriers de otros hombres respondían con nuevos ladridos, y los conductores de carros de bueyes se volvían para mirarnos y nos cedían el paso.

Pero a Garm nada de aquello le importaba. Sus grandes ojos estaban puestos en el horizonte y su terrible boca nunca se abría. Había otro perro en la oficina que era de mi jefe. Lo llamábamos Bob el bibliotecario porque siempre veía ratas imaginarias detrás de las estanterías, y al intentar cazarlas tiraba la mitad de los viejos archivos del periódico. Bob era un idiota bienintencionado, pero Garm no le daba muchos ánimos. Asomaba la cabeza por el hueco de la puerta, jadeando, «¡Ratas! ¡Ven conmigo, Garm!», y Garm respondía cruzando las patas delanteras y dándose la vuelta, lo que dejaba a Bob gimoteando ante una espalda indiferente. En aquella época la oficina parecía una tumba.

Solo una vez vi a Garm satisfecho con sus circunstancias. Había salido a dar un paseo no autorizado con Vixen una mañana de domingo a primera hora y un artillero muy joven y estúpido (su batería se acababa de trasladar a ese rincón del mundo) trató de robármelos. Vixen, por supuesto, había aprendido a no aceptar comida de los soldados y, además, venía de tomar su desayuno. Así que regresó trotando con un gran pedazo de la carne de cordero que sirven a nuestras tropas, lo depositó en el suelo del porche y se quedó

mirándome y esperando mi reacción. Le pregunté dónde estaba Garm, y echó a correr delante del caballo para mostrarme el camino.

Habíamos recorrido bastante más de un kilómetro cuando nos encontramos con nuestro artillero sentado al borde de una cloaca con la espalda muy recta y un pañuelo grasiento en las rodillas. Garm estaba plantado frente a él con un aire de lo más complacido. Cuando el hombre movía una pierna o una mano, Garm enseñaba los dientes en silencio. Una cuerda rota colgaba de su collar y la otra mitad de la cuerda yacía, aún caliente, en la mano inmóvil del artillero. El hombre me explicó, sin dejar de mirar al frente, que se había encontrado a aquel perro (del que no paraba de echar pestes) caminando solo y que había pensado llevárselo al fuerte para que fuera ejecutado por ser un paria, un perro sin dueño.

Le dije que Garm no tenía mucha pinta de ser un paria, pero que si no estaba de acuerdo se lo podía llevar al fuerte. Dijo que no tenía ganas de hacerlo. Le dije que se volviera al fuerte por su cuenta. Contestó que no quería volver tan pronto, pero que seguiría mi consejo tan pronto llamara al perro a mi lado. Di orden a Garm de escoltar a aquel hombre hasta el fuerte, y Garm lo condujo solemnemente hasta la entrada, más de dos kilómetros de marcha bajo un sol ardiente, donde conté lo que había pasado al destacamento de guardia; pero el joven artillero se enfadó de manera exagerada cuando se echaron a reír. Eran muchos los regimientos, le aclararon, que habían intentado ya robar a Garm.

Aquel mes la ola de calor vino con fuerza y los perros dormían en el cuarto de baño, echados al lado de la bañera sobre el frescor húmedo de los ladrillos. Cada mañana, tan pronto el sirviente llenaba la bañera, los dos se metían dentro, y cada mañana el sirviente debía llenar la bañera por segunda vez. Le dije que para el caso podía llenar un barreño más pequeño especialmente para los perros.

—No —dijo con una sonrisa—, no están acostumbrados. No lo entenderían. Además, en la bañera tienen más espacio.

Los culis encargados de mover los *punkah*[4] día y noche llegaron a conocer a Garm íntimamente. Él se dio cuenta de que cuando el gran abanico dejaba de girar yo llamaba al culi y le ordenaba darle un buen empujón de arranque. Si el hombre seguía durmiendo, yo lo despertaba. También descubrió las bondades de echarse en medio de la corriente de aire del *punkah*. Tal vez Stanley le hubiera instruido en los barracones. En todo caso, cuando el *punkah* se paraba, Garm primero gruñía y ladeaba el ojo en dirección a la cuerda, y, si eso no bastaba para despertar al hombre —casi

siempre lo hacía—, se acercaba de puntillas y hablaba al oído del durmiente. Vixen era una perrita lista, pero nunca pudo establecer la conexión ente el *punkah* y el culi; así que Garm me dio horas muy gratificantes de frescor durante el sueño. Pero era un animal desdichado y lo pasaba tan mal como un ser humano; y en su tristeza dependía tan estrechamente de mí que otros hombres se dieron cuenta y me tuvieron envidia. Si cambiaba de habitación, Garm me seguía; si la pluma dejaba de moverse, la cabeza de Garm se arrojaba sobre mi mano; si me giraba, a punto de despertarme, sobre la almohada, Garm saltaba de inmediato a mi lado, pues sabía que yo era el único vínculo que lo unía a su dueño y día y noche, y noche y día, sus ojos me hacían una sola pregunta: «¿Cuándo va a acabar esto?».

Como el perro vivía conmigo a todas horas, no reparé en que estaba más afectado que de costumbre por el calor, hasta que un día en el club un hombre me dijo:

—A ese perro de usted le quedan a lo sumo dos semanas. Es la sombra de sí mismo.

Entonces lo traté con dosis de hierro y de quinina, que odiaba, y comencé a preocuparme de veras. Perdió el apetito y Vixen tuvo permiso para comer la cena de él en sus narices. Tampoco así logramos que volviera a comer, por lo que decidí consultar al mejor médico de la zona, a una doctora que trataba a las mujeres enfermas de los reyes y al subinspector general del servicio de veterinaria de la India. Todos se pronunciaron sobre sus síntomas y yo les conté su historia mientras Garm yacía en un sofá lamiéndome la mano.

—Se está muriendo porque se le ha roto el corazón —dijo la doctora de repente.

—¡Qué demonios! La señorita Macrae está en lo cierto, como siempre —añadió el subdirector general.

El mejor médico del lugar escribió una receta, y el subdirector general de veterinaria la revisó después para comprobar que la dosis de cada fármaco fuera la indicada para un perro, y esa fue la única vez en su vida que nuestro médico aceptó ver corregida una receta. Era un tónico potente y logró reavivar a nuestro querido muchacho una semana o dos; luego volvió a perder peso. Pedí a un conocido que se lo llevara consigo a las montañas cuando le llegara el turno, y el hombre se presentó en la puerta con todo su equipo apilado en el carruaje. Garm comprendió la situación de un vistazo enrojecido. Se le erizó el pelo en la espalda; se sentó delante de mí y soltó el gruñido más espantoso que he oído jamás de las fauces de un perro. Grité a mi amigo que se fuera cuanto antes, y, tan pronto el carruaje salió del jardín,

Garm apoyó la cabeza en mi rodilla y empezó a gimotear. Supe entonces cuál era su respuesta, así que me puse a averiguar la dirección de Stanley en las montañas.

A finales de agosto me llegó el turno de tomar el fresco. Se nos concedían treinta días de vacaciones al año, si nadie enfermaba, y los tomábamos cuando nos volvíamos prescindibles. Mi jefe y Bob el bibliotecario cogieron vacaciones primero, y cuando se hubieron ido preparé un calendario, como de costumbre, lo colgué en la cabecera de mi catre y fui arrancando los días conforme se acercaba la fecha de su regreso. Vixen ya había subido conmigo a las montañas en cinco ocasiones y apreciaba tanto como yo el frío y la humedad y las hermosas hogueras de leña.

—Garm —le dije—, vamos a Kasauli para ver a Stanley. Kasauli, Stanley; Kasauli, Stanley.

Y lo repetí veinte veces. No era Kasauli, en realidad, sino otro lugar. Sin embargo, recordaba lo que Stanley había dicho en mi jardín la última noche y no me atrevía a cambiar el nombre. Entonces Garm empezó a temblar; luego ladró; y finalmente se me echó encima, retozando y meneando la cola.

—Ahora no —le dije, extendiendo la mano—. Cuando diga «Ya» iremos, Garm.

Saqué el pequeño abrigo cobertor y el collar de pinchos que Vixen siempre llevaba en las montañas para protegerla del fresco de la noche y los leopardos ladrones, y dejé que los dos los olieran y comentaran la jugada. No sé lo que se dijeron, por supuesto, pero Garm volvió hecho un perro nuevo. Le brillaban los ojos y ladraba alegremente cuando yo le hablaba. Las tres semanas siguientes dio cuenta de su comida sin dejar de matar ratas, y cuando comenzaba a gimotear no tenía más que decir: «Stanley, Kasauli; Kasauli, Stanley» para desperezarle. Ojalá me hubiera dado cuenta antes.

Mi jefe volvió, todo moreno de vivir al aire libre y muy irritado con el intenso calor que se encontró en los llanos. Esa misma tarde nosotros tres y Kadir Buksh empezamos con los preparativos de nuestro mes de vacaciones, Vixen entrando y saliendo veinte veces por minuto del carro de bueyes y Garm sonriendo con la boca abierta y aporreando el suelo con el rabo. Vixen estaba tan familiarizada con la rutina del viaje como con la de mi trabajo de oficina. Salió rumbo a la estación cantando sobre el asiento delantero del carruaje mientras Garm se quedaba sentado conmigo; entró corriendo en mi vagón, vio a Kadir Buksh hacer la cama para la noche, bebió su buen trago de agua y se acurrucó con un ojo —el que tenía rodeado por un parche de piel oscura— puesto en el alboroto del andén. Garm la siguió —la multitud se

apartaba a su paso— y se sentó en los cojines con ojos llameantes y la cola convertida en una estela de niebla.

Llegamos a Ambala al amanecer, con bruma y mucho calor, y cuatro hombres que llevaban once meses trabajando de firme reclamaron a gritos nuestros *daks,* los carruajes de dos caballos que debían llevarnos a Kalka, a los pies de las montañas. Todo era nuevo para Garm. No comprendía cómo funcionaban los carruajes donde uno se tumba cuan largo es sobre su lecho, pero Vixen sí lo entendía y ocupó su lugar de inmediato, con Garm detrás. El camino de Kalka, antes de la construcción del ferrocarril, tenía una longitud de unos setenta kilómetros y había que enganchar caballos de refresco cada doce. Muchos de ellos brincaban y pataleaban y se encabritaban, pero no tenían más remedio que moverse, y el aullido profundo de Garm desde la parte de atrás los hacía moverse con más brío que de costumbre.

Había que vadear un río y cuatro bueyes tiraron del carruaje, y Vixen asomó la cabeza por la puerta corredera y a punto estuvo de caer al agua mientras daba instrucciones. Garm se mostraba callado y curioso, y pedía más bien nuevas seguridades sobre Stanley y Kasauli. Así que llegamos a Kalka a la hora del almuerzo, ladrando y aullando, y Garm comió por dos.

Después de Kalka la carretera subía y se internaba en las montañas, y tomamos un coche con dos ponis medio derrengados que se cambiaban cada nueve kilómetros. Nadie soñaba en aquel tiempo con una línea de ferrocarril a Simla, pues estaba a más de dos mil metros de altura. La carretera se extendía durante más de setenta y cinco kilómetros y el ritmo de marcha reglamentario era el que imponían los ponis. Aquí, de nuevo, Vixen llevaba a Garm de un coche a otro, saltaba al asiento trasero y gritaba. Nos habíamos alejado unos ocho kilómetros de Kalka cuando sentimos el aliento frío de la nieve sobre nosotros, y Vixen gimoteó pidiendo su abrigo, pues era lista y temía coger frío en el hígado. Tenía otro hecho para Garm, y a medida que ascendíamos al encuentro del aire fresco se lo puse y Garm, desconcertado, lo mordisqueó, pero creo que estaba agradecido.

«¡Aiii, aiii!», cantaba Vixen al tomar las curvas; «¡Tararí, tararí!», sonaba la corneta del conductor en los tramos peligrosos; y «¡Auuu, auuu!», ladraba Garm. Kadir Buksh ocupaba el asiento delantero y sonreía. Hasta él estaba aliviado de dejar atrás el calor de los llanos, que levantaba una neblina sofocante a nuestras espaldas. De vez en cuando nos cruzábamos con algún conocido que bajaba por motivos de trabajo y nos preguntaba: «¿Qué tiempo hace ahí abajo?», y yo le respondía: «Un verdadero infierno. ¿Qué tal ahí arriba?», y él respondía gritando: «¡Perfecto!», y así íbamos rodando.

De pronto Kadir Buksh me dijo por encima del hombro: «Hemos llegado a Solon», y Garm, que estaba echado con la cabeza en mi rodilla, soltó un ronquido. Solon es un acuartelamiento pequeño y desagradable, pero tiene la ventaja de ser fresco y saludable. Es ventoso y no hay vegetación, y uno suele detenerse por lo general en alguna casa de descanso para comer algo. Me bajé del carro y me llevé los dos perros conmigo mientras Kadir Buksh preparaba el té. Un soldado nos dijo que encontraríamos a Stanley «por ahí», señalando con la cabeza una cumbre pelada y sombría.

Cuando llegamos a la cima divisamos a ese mismo Stanley, que tantos quebraderos de cabeza me había dado, sentado en una roca con el rostro entre las manos y envuelto en un sobretodo que le colgaba de cualquier manera. Nunca vi a nadie tan solo y abatido en toda mi vida como aquel hombrecito arrugado y pensativo que estaba sentado en la gran ladera gris de la montaña.

Fue aquí donde Garm me dejó.

Se despidió sin una palabra y, por lo que pude ver, sin mover las patas. Voló por el aire con todo su cuerpo y oí el trompazo con que se arrojó sobre Stanley, derribándolo. Rodaron juntos por el suelo, gritando y aullando y abrazándose. No había forma de saber dónde terminaba el perro y empezaba el hombre, hasta que Stanley se puso en pie y empezó a lloriquear.

Me contó que había tenido fiebres intermitentes y que estaba muy débil. Su aspecto así lo confirmaba, pero mientras los observaba tanto el hombre como el perro se esponjaron hasta adquirir su tamaño natural, igual que las manzanas desecadas se hinchan en el agua. Garm se había subido a sus hombros y a su pecho y a sus pies al mismo tiempo, de modo que Stanley hablaba a través de una nube hecha toda ella de Garm… un Garm babeante, sollozante, sin resuello. No comprendí nada de lo que dijo, salvo que había temido morir pero que ahora se sentía muy bien, y que nunca volvería a dejar a Garm con nadie, ni aunque fuera Belcebú.

Luego dijo que tenía hambre y sed y que se sentía feliz.

Fuimos a tomar el té a la casa de descanso, donde Stanley se atiborró de sardinas y mermelada de frambuesa y cerveza y cordero frío y pepinillos en vinagre cuando Garm no se le subía encima; y entonces Vixen y yo nos levantamos para seguir nuestro camino.

Garm se dio cuenta al instante. Me dijo adiós tres veces, ofreciéndome sus patas una tras otra y saltándome al hombro. Nos acompañó más de un kilómetro cantando aleluyas a voz en grito. Luego echó a correr y volvió con su dueño.

Vixen no abrió la boca en ningún momento, pero cuando llegó el frío del atardecer y pudimos ver las luces de Simla entre las montañas acercó el hocico para olfatearme por debajo del abrigo. Lo desabroché y la invité a acurrucarse ahí dentro. Entonces soltó un suspiro satisfecho y cayó dormida con su cabeza en mi pecho, hasta que entramos hechos un ovillo en Simla, dos de las cuatro personas más felices del mundo esa noche.

EL PODER DE UN PERRO

Hay tristeza en el mundo suficiente
para llenar los días de la gente;
y si un mundo de pena es nuestro sino
¿a qué añadir más penas al camino?
Su corazón no entregue, se lo ruego,
para que un perro lo haga trizas luego.

Compre un cachorro y cómprese con él
amor inquebrantable y siempre fiel…
Pasión perfecta y devoción sellada
serán suyos con dar una palmada.
Resulta sin embargo sinrazón
arriesgar por un perro el corazón.

Cuando queden atrás catorce años
con tumores, ataques y otros daños
y las recetas del veterinario
sean la aguja o un adiós sumario,
sabrá entonces —faltando a su promesa—
que de un perro su corazón es presa.

Cuando aquel que vivía con la suerte
de escuchar sus llamados yazga inerte,
cuando el alma que estuvo a su dictado
se marche para siempre al otro lado,
prisionero será de la emoción
y a un perro entregará su corazón.

Sentimos pena más que suficiente
cuando hemos de enterrar a nuestra gente.
El amor no se da, solo se presta
a un interés del cien por cien, y cuesta,

aunque no siempre ocurre, al parecer,
que más se llora a quien se ve crecer:
forzados a pagar, es tan amargo
tomar a corto plazo como a largo…
¿Por qué dejamos, pues (somos legión),
que un perro nos destroce el corazón?

QUIQUERN

El Pueblo del Hielo del Nordeste se derrite como nieve,
mendiga café y azúcar, va donde va el hombre blanco.
El Pueblo del Hielo del Nordeste aprende a robar y pelear,
vende sus pieles a mercaderes, sus almas al hombre blanco.
El Pueblo del Hielo del Nordeste comercia con balleneros,
las mujeres tienen lazos pero sus tiendas están raídas.
Mas el Pueblo del Gran Hielo, adonde no llega el hombre blanco…
¡tiene arpones de cuerno de narval y es el último de los pueblos!

Traducción

—Ha vuelto a abrir los ojos, ¡mira!

—Ponlo otra vez en el cuero. Será un perro fuerte. Cuando cumpla cuatro meses le daremos nombre.

—¿El nombre de quién? —dijo Amoraq.

El ojo de Kadlu recorrió el iglú forrado de pieles hasta caer sobre Kotuko, que a sus catorce años estaba sentado en la banqueta, tallando un botón con marfil de morsa.

—Ponedle mi nombre —dijo Kotuko con una mueca sonriente—. Algún día me hará falta.

Kadlu le devolvió la mueca hasta que sus ojos quedaron casi enterrados en la grasa de sus carrillos achatados y asintió mirando a Amoraq, mientras la feroz madre del cachorro gimoteaba al ver a su bebé retorciéndose lejos de su alcance en el morral de piel de foca que colgaba sobre el calor de la lámpara de aceite de ballena. Kotuko siguió tallando y Kadlu puso un ovillo de arneses de cuero para perros en un cuarto diminuto que se abría en un costado de la casa, se desprendió de su grueso traje de caza hecho de piel de ciervo, lo metió en una red de barbas de ballena que colgaba sobre otra lámpara y se sentó en la banqueta a modelar un trozo de carne de foca congelada a la espera de que Amoraq, su esposa, trajera la cena habitual, carne hervida y

caldo de sangre. Había pasado el día fuera, apostado desde primera hora junto a los agujeros de respiración de las focas, a unos doce kilómetros de distancia, y había vuelto con tres grandes focas. Hacia la mitad del largo y bajo corredor o túnel que conducía a la puerta interior de la casa se podía oír un ruido de gritos y chasquidos mientras los perros del trineo, liberados de la faena del día, se disputaban los rincones más cálidos.

Cuando el estruendo de los ladridos se volvió excesivo, Kotuko se levantó perezosamente de la banqueta y cogió un látigo con un mango elástico de barbas de ballena de medio metro de largo y una correa gruesa en forma de trenza de casi ocho metros. Se adentró en el corredor, donde sonaba como si todos los perros se lo estuvieran comiendo vivo; pero no era sino la manera que tenían de bendecir la mesa antes de comer. Cuando salió a rastras por el otro extremo, media docena de cabezas peludas le siguieron con los ojos mientras se dirigía a una especie de patíbulo hecho con mandíbulas de ballena del que colgaba la carne de los perros. Partió la carne congelada en grandes trozos con un arpón de punta ancha y se plantó delante de los perros con el látigo en una mano y la carne en la otra. Fue llamando a cada bestia por su nombre, empezando por las más débiles, y ay de la que decidiera saltarse su turno; pues el latigazo restallaba como un rayo trenzado y caía sobre dos centímetros y medio de pelo y pellejo. Los animales gruñeron, partieron y tragaron de una vez su ración y volvieron a la protección del corredor mientras el muchacho seguía de pie en la nieve, bajo las llamas de la Aurora Boreal, impartiendo justicia. El último en ser servido fue el gran líder negro de la jauría, encargado de mantener el orden cuando los perros estaban enganchados al trineo; y Kotuko le dio doble ración de carne y un chasquido adicional de látigo.

—¡Ah! —dijo mientras enrollaba el látigo—. Tengo un pequeñín sobre la lámpara que va a dar que aullar. ¡Sarpok! ¡Entra!

Volvió gateando sobre los perros apiñados, se quitó la nieve seca de las pieles con el cepillo de ballena que Amoraq tenía colgado junto a la puerta, dio una palmadita al tejado forrado de pieles para sacudir los carámbanos que hubieran podido desprenderse de la bóveda de nieve y se acurrucó en la banqueta. Los perros roncaban en el corredor, gimoteando en sueños, el bebé daba patadas y tragaba saliva y balbuceaba en la mullida capucha de piel de Amoraq, y la madre del cachorro recién bautizado estaba echada al lado de Kotuko con los ojos puestos en la bolsa de piel de foca que colgaba, cálida y segura, encima de la ancha llama amarilla de la lámpara.

Y todo esto ocurría en las tierras lejanas del norte, más allá de la península del Labrador y del estrecho de Hudson, donde las grandes mareas empujan el hielo, al norte de la península de Melville —al norte incluso del estrecho de Fury y Hecla—, en la costa septentrional de la isla de Baffin, donde la isla de Bylot se yergue sobre el hielo del estrecho de Lancaster como un cuenco puesto del revés. Al norte del estrecho de Lancaster se extiende un territorio del que sabemos muy poco, a excepción de las islas de Devon y Ellesmere; pero incluso ahí viven un puñado de gentes dispersas, al lado mismo del Polo, como si dijéramos.

Kadlu era un inuit —lo que llamamos un esquimal— y su tribu, treinta individuos en total, vivía en la tierra de los tununirmiut, «la que está al fondo de todo». En los mapas esa costa desolada recibe el nombre de ensenada de Navy Board, pero el nombre inuit es mejor, porque esa tierra se extiende al fondo mismo de todo lo que hay en el mundo. Nueve meses al año solo hay nieve y hielo y ventisca tras ventisca, con un frío que nadie que haya visto incluso el termómetro a veinte grados bajo cero es capaz de concebir. Durante seis meses de esos nueve reina una oscuridad total, y eso es lo terrible. En los tres meses de verano hiela cada dos días y todas las noches, y luego la nieve comienza a derretirse en los terrenos orientados al sur, y unos pocos arbustos de la familia de los sauces echan brotes lanudos, una uva de gato diminuta finge florecer, playas de fina grava y cantos rodados descienden hacia mar abierto, y peñascos pulidos y rocas llenas de manchas se elevan sobre la nieve rugosa. Pero todo eso se desvanece en pocas semanas y pronto el invierno salvaje vuelve a someter la tierra con sus cadenas; mientras que en altamar el hielo hace estragos, chocando y rompiéndose, y crujiendo y encallando, hasta que se congela formando una capa de tres metros de espesor que se extiende entre la costa y mar adentro.

En invierno Kadlu seguía a las focas hasta los confines de esta tierra helada y las arponeaba según salían a respirar por los agujeros hechos en el hielo. Las focas necesitan vivir y cazar peces en mar abierto, y en lo más crudo del invierno el hielo era capaz de formar una capa ininterrumpida de más de ciento veinte kilómetros de largo desde la costa más cercana. En primavera él y su gente abandonaban los témpanos para refugiarse en tierra firme, donde plantaban sus tiendas hechas de pieles y ponían trampas para cazar aves marinas o arponeaban a las jóvenes focas que retozaban en las playas. Luego se dirigían hacia el sur, internándose en la isla de Baffin para seguir a los renos y acopiar su provisión anual de salmón en los cientos de riachuelos y lagos del interior; y terminaban volviendo al norte en septiembre

u octubre para cazar bueyes almizcleros e hibernar como era su costumbre. Para viajar recorrían en trineos de perros a razón de treinta y cuarenta y cinco kilómetros al día, o a veces seguían la costa en grandes umiaks o «barcos de mujer», donde los perros y los niños se echaban a los pies de los remeros y las mujeres entonaban canciones mientras se deslizaban de un promontorio a otro sobre las aguas frías y vidriosas. Todos los lujos de los tununirmuit venían del sur: madera flotante para los patines del trineo, hierro forjado para las puntas de los arpones, cuchillos de acero, hervidores de hojalata que eran mucho mejores para cocinar que los viejos utensilios de esteatita, pedernal y acero, e incluso cerillas, así como lazos y cintas de colores para el pelo de las mujeres, espejuelos baratos y tela roja para los bordes de las pellizas de piel de ciervo. Kadlu ofrecía el cuerno exquisito, cremoso y retorcido del narval y dientes de buey almizclero (son tan valiosos como perlas) a los inuit del sur y ellos, a su vez, comerciaban con los puestos de balleneros y las misiones de los estrechos de Exeter y Cumberland; y así la cadena iba creciendo, hasta que un hervidor adquirido por el cocinero de un barco en el bazar de Bendhi terminaba sus días sobre una lámpara de aceite de ballena en el lado más fresco del Círculo Ártico.

Al ser un buen cazador, Kadlu era rico en arpones de hierro, cuchillos para la nieve, dardos para cazar pájaros y todas las herramientas que hacen la vida más fácil en las regiones polares; y era el cabeza de su tribu, o, como ellos dicen, «el hombre que lo sabe todo en la práctica». Esto no le concedía ninguna autoridad, salvo aconsejar de vez en cuando a sus compañeros que cambiaran sus cotos de caza; pero Kotuko aprovechaba esta autoridad para tiranizar un poco, a la manera perezosa y lenta de los inuit, a los demás muchachos, cuando salían de noche a jugar a la pelota bajo la luz de la luna o a cantar juntos la canción infantil a la Aurora Boreal.

Pero a los catorce años un inuit se siente todo un hombre, y Kotuko estaba cansado de tender trampas a aves silvestres y pequeños zorros polares, y lo más cansado de todo era tener que ayudar a las mujeres a mascar pieles de foca y de ciervo (es el mejor método para ablandarlas) todo el día mientras los hombres andaban de caza. Quería ir al *quaggi*, la Casa de los Cánticos, donde los cazadores se congregaban para sus misterios y el *angekok*, el brujo, los amedrentaba después de apagar las lámparas provocándoles los ataques más deliciosos y podía oírse al Espíritu del Reno pateando el tejado; y cuando una lanza era arrojada a la negrura de la noche volvía cubierta de sangre caliente. Quería tirar sus grandes botas a la red con el aire cansado de un cabeza de familia y apostar con los cazadores cuando se pasaban al anochecer y jugaban

a una especie de ruleta casera con un cazo de hojalata y un clavo. Había cientos de cosas que quería hacer, pero los adultos se reían de él y decían: «Espera a haber tenido las piernas en la hebilla. Cazar no es *solo* capturar».

Ahora que su padre había bautizado un cachorro para él, el futuro parecía prometedor. Un inuit no gasta un buen perro en su hijo a menos que el muchacho sepa algo de guiar perros; y Kotuko estaba más que seguro de que lo sabía todo y más.

Si el cachorro no hubiera tenido una constitución de hierro, habría muerto de un exceso de opresión y manoseo. Kotuko le hizo un pequeño arnés de tiro y se dedicó a arrastrarlo por el suelo de la casa gritando: *Aua! Ja aua!* (¡Derecha!), *Choia-choi! Ja choiachoi!* (¡Izquierda!), *Ohaha!* (¡Para!). El cachorro odiaba todo esto, pero estar colgado así de una caña de pescar era una delicia comparado con la primera vez que se vio enganchado al trineo. Se quedó sentado en la nieve y empezó a jugar con el tiro de piel de foca que unía el arnés al *pitu*, la gran correa situada en la proa del trineo. Entonces el equipo arrancó y el cachorro vio de pronto cómo el pesado trineo de tres metros le pasaba por encima y le arrastraba por la nieve, mientras Kotuko lloraba literalmente de la risa. A ese primer día siguieron otros muchos bajo el cruel látigo que silba como el viento sobre el hielo, y todos sus compañeros le mordían porque no sabía hacer su trabajo, y el arnés le raspaba, y ya no le permitían dormir con Kotuko, sino que tenía que acostarse en el rincón más frío del corredor. Fue una época triste para el cachorro.

El niño aprendía tan rápidamente como el perro, aunque conducir un trineo de perros es un trabajo descorazonador. A los animales se los engancha al trineo —los más débiles cerca del conductor— con su propio tiro, que pasa por debajo de la pata delantera izquierda hasta la correa principal, donde se abrocha con una especie de botón y un nudo que puede deslizarse con un giro de muñeca, a fin de soltar a cada perro por separado. Esto es indispensable, pues los perros más jóvenes suelen enredarse en el tiro con las patas traseras, cortándose la piel hasta el hueso. Y todos sin excepción *insisten* en visitar a sus amigos mientras corren, saltando de un lado a otro de los tiros. Entonces se ponen a pelear, y el resultado es más confuso que un sedal mojado a la mañana siguiente. Muchos de estos trastornos se pueden evitar haciendo un uso científico del látigo. Todos los niños inuit se precian de ser diestros en su manejo; pero es fácil acertar una marca en el suelo y mucho más difícil inclinarse hacia delante y golpear debajo de los hombros a un perro que se hace el remolón mientras el trineo avanza a toda velocidad. Si adviertes a un perro por «hacer visitas» y le das con el látigo por error a otro, los dos se

enzarzarán en una pelea y detendrán a los demás. Así también, si viajas con un compañero y te pones a hablar, o si vas cantando solo, los perros hacen un alto, se dan la vuelta y se sientan a escucharte. A Kotuko lo atropellaron una o dos veces por olvidarse de bloquear el trineo una vez parado; y rompió muchos látigos y arruinó varias correas antes de poder hacerse cargo de un equipo de ocho perros y un trineo ligero. Entonces se sintió alguien importante y avanzaba echando humo por los llanos con ágil codo y corazón intrépido, surcando el hielo negro y liso más velozmente que una jauría a tumba abierta. Recorría quince kilómetros hasta los agujeros de las focas, y cuando estaba en los terrenos de caza desenganchaba un tiro del *pitu* y dejaba suelto al gran líder negro, que era el más listo del grupo. Tan pronto como el perro husmeaba un respiradero, Kotuko hacía retroceder el trineo, tomaba un par de astas de ciervo aserradas que sobresalían del respaldo como asas de cochecito, y las clavaba con fuerza en la nieve para que los perros no pudieran escaparse. Luego gateaba lentamente hasta el agujero y esperaba a que la foca saliera a la superficie a respirar. Entonces la atravesaba sin perder un segundo con un arpón atado a un sedal y la sacaba a rastras hasta el borde del hielo, donde el líder negro le ayudaba a empujar el cadáver hasta el trineo. En ese instante los perros enganchados al arnés aullaban y espumaban de nervios y Kotuko les cruzaba la cara con el látigo como un hierro al rojo vivo hasta que el cadáver se congelaba. Quedaba lo más difícil, que era volver a casa. El trineo y su carga tenían que tomar el camino de regreso sobre el hielo rugoso y los perros, en vez de tirar, se quedaban sentados y miraban la presa con hambre. Finalmente lograban llevar el viejo trineo hasta el pueblo, y lo hacían con la cabeza gacha y la cola erguida, alzando un concierto de aullidos que repicaba en el hielo, mientras Kotuko entonaba la *An-gutivaun tai-na tau-na-ne taina* (Canción del cazador que regresa) y un coro de voces lo saludaba de casa en casa bajo el cielo en penumbra, iluminado por las estrellas.

Cuando Kotuko el perro alcanzó la madurez también empezó a disfrutar. Fue escalando puestos en el equipo de manera constante, luchando uno por uno con sus compañeros hasta que una noche se enfrentó con el gran líder negro a cuenta de la comida (Kotuko el muchacho vio que era una pelea limpia) y lo relegó a segundo del tiro, como dicen ellos. Así que le fue asignada la correa extensa del perro guía y empezó a correr metro y medio por delante de los demás: era su deber imperativo impedir cualquier pelea, bien dentro del tiro o fuera de él, y llevaba un collar de alambre de cobre, muy grueso y pesado. En ocasiones especiales le daban comida casera y a veces le dejaban dormir en la banqueta con Kotuko. Era un buen perro

cazador de focas y era capaz de mantener a raya a un buey almizclero dando vueltas a su alrededor y mordiéndole los talones. Era capaz incluso —y esto en un perro de trineo es la muestra de coraje definitiva— de encararse con el sombrío lobo ártico, a quien todos los perros del norte, por regla general, temen más que a ningún otro habitante de las nieves. Él y su dueño —los demás perros no contaban como compañía a sus ojos— cazaban juntos, día tras día y noche tras noche, el muchacho envuelto en pieles y la bestia salvaje de pelo largo y rubio, ojos afilados y colmillos blancos. Las obligaciones de un inuit se resumen en conseguir comida y pieles para él y su familia. Las mujeres convierten las pieles en prendas de vestir y a veces, si se trata de caza menor, ayudan a poner trampas; pero son los hombres quienes deben aportar el grueso de la comida —y los inuit comen en enormes cantidades—. Si los suministros fallan, no hay nadie a quien comprar o a quien pedir prestado. Es una condena a muerte.

Un inuit no dedica un segundo a estas cuestiones si no se ve obligado a hacerlo. Kadlu, Kotuko, Amoraq y el niño que movía las piernas en la bolsa de pie de Amoraq y se pasaba el día mascando trozos de grasa de ballena vivían felices y en armonía como cualquier otra familia del mundo. La suya era una raza muy pacífica —un inuit no suele perder los estribos y casi nunca pega a un niño— y no sabían en rigor en qué consistía decir una mentira, mucho menos robar. Se conformaban con ganarse la vida a base de arponazos en el corazón amargo y desolador del frío, con esbozar sonrisas grasientas y contar extraños cuentos de hadas y de fantasmas por la noche y comer hasta hartarse y entonar durante largos días la interminable canción de mujer *Amna aya, aya amna, ah! Ah!* mientras remendaban la ropa y reparaban sus utensilios de caza a la luz de las lámparas.

Pero un invierno terrible todo les dio la espalda. Los tununirmiut volvieron de su temporada anual de pesca de salmón y plantaron sus casas en una zona de hielo reciente al norte de la isla de Bylot, listos para salir a cazar focas tan pronto el mar se congelara. Pero fue un otoño salvaje y tempranero. Las tormentas se sucedieron a lo largo de todo el mes de septiembre y terminaron rompiendo el suave hielo de los respiraderos de focas cuando solo tenía un metro o metro y medio de espesor, empujándolo tierra adentro y formando una gran barrera de hielo apelmazado y desigual y espinoso de treinta y dos kilómetros de anchura sobre la que era imposible arrastrar los trineos. El borde del témpano junto al que las focas solían pescar en invierno estaba quizá a treinta y dos kilómetros al otro lado de esta barrera, y fuera del alcance de los tununirmiut. Incluso así habrían podido subsistir tirando de sus

reservas de salmón congelado y aceite de ballena y del producto de las trampas, pero en diciembre uno de sus cazadores se encontró con una *tupik* (una tienda de pieles) con tres mujeres y una niña medio muerta; los hombres provenían del norte y habían naufragado al salir en busca del narval de cuerno largo en sus pequeños kayaks de caza. A Kadlu, por supuesto, no le quedó más remedio que distribuir a las mujeres entre las chozas del asentamiento invernal, pues negarle comida a un extraño era inconcebible para un inuit. Nunca se sabe cuándo puede llegar el turno de mendigarla. Amoraq tomó a la niña, que tendría unos catorce años, a su cargo como una especie de criada. Por el corte de su capucha puntiaguda y el dibujo en forma de diamante alargado de sus mallas blancas de piel de ciervo dedujeron que debía venir de la isla de Ellesmere. No había visto cazos de hojalata ni patines de trineo de madera en su vida; pero Kotuko el muchacho y Kotuko el perro le cogieron mucho cariño.

Entonces todos los zorros emigraron al sur y hasta el carcayú, ese ladronzuelo de cabeza roma que infesta la nieve con su gruñido, dejó de molestarse en visitar la serie de trampas vacías que Kotuko había dispuesto. La tribu perdió a dos de sus mejores cazadores, que quedaron gravemente lisiados tras enfrentarse a un buey almizclero, y esto agravó la carga de trabajo de los demás. Día tras día Kotuko zarpaba con un trineo de caza ligero y seis o siete de sus mejores perros, buscando hasta que los ojos le dolían una extensión de hielo claro donde una foca hubiera podido abrir un respiradero. Kotuko el perro rastreaba a lo largo y ancho de aquel territorio, y en la quietud mortal de los campos de hielo Kotuko el muchacho podía oír su gimoteo entusiasta, casi ahogado, cuando encontraba un agujero de respiración a casi cinco kilómetros con tanta claridad como si estuviera a su lado. Cuando el perro encontraba un hoyo el muchacho levantaba un pequeño murete de nieve para protegerse del viento lacerante y allí esperaba diez, doce, veinte horas a que la foca saliera a respirar, con los ojos pegados a la señal diminuta que había hecho encima del agujero para guiar el movimiento del arpón, una alfombrilla de piel de foca bajo los pies, y las piernas amarradas por la *tutareang* (la hebilla de la que le habían hablado los viejos cazadores). Esto impide que las piernas de un hombre empiecen a temblar o estremecerse mientras espera y espera y espera la aparición de la foca, que tiene un oído muy fino. Aunque no es nada emocionante, es fácil imaginar que esta espera sentado con la hebilla a una temperatura quizá de cuarenta grados bajo cero es la tarea más dura a la que debe enfrentarse jamás un inuit. Cuando lograba cazar una foca, Kotuko el perro se acercaba de un salto con el

tiro colgando de su cuerpo y ayudaba a colocar el cuerpo en el trineo, donde los perros, cansados y hambrientos, esperaban con expresión huraña bajo la salvaguarda del hielo roto.

Una foca no daba para mucho, pues todas y cada una de las bocas de la aldea tenían derecho a comer y se aprovechaba hasta el último hueso, pellejo y tendón. La comida de los perros se destinaba al consumo humano y Amoraq alimentaba al equipo con trozos de las tiendas de piel del verano que rastrillaba debajo de la banqueta; los perros aullaban sin descanso y seguían aullando de hambre al despertar. Uno advertía por las lámparas de esteatita en las cabañas que el hambre no estaba lejos. En los buenos tiempos, cuando había aceite de ballena en cantidad, la llama en las lámparas con forma de barca alcanzaba una altura de medio metro y era alegre, aceitosa y amarilla. Ahora medía apenas quince centímetros: Amoraq depositaba con cuidado un poco de musgo a modo de mecha, y entonces una llama brillaba a escondidas un momento y los ojos de toda la familia seguían el movimiento de su mano. El horror de la hambruna en las tierras heladas del norte está ligado no tanto a morir como a morir en la oscuridad. Todos los inuit temen la oscuridad que los hostiga sin cesar seis meses al año; y cuando las lámparas de las casas se consumen los pensamientos de sus habitantes empiezan a ser presa del sobresalto y la confusión.

Pero lo peor estaba todavía por venir.

Los perros malnutridos chascaban y gruñían en los corredores noche tras noche, fulminando con la mirada las frías estrellas y olfateando el viento cortante. Cuando dejaban de aullar el silencio volvía a ser tan palpable y tan espeso como la nieve apilada contra la puerta, y los hombres podían oír el latido de su sangre en los finos conductos de su oído y el ruido sordo de su propio corazón, que sonaba tan grave como los tambores de los brujos a través de la nieve. Una noche Kotuko el perro, que se había mostrado extrañamente huraño en su arnés, se incorporó y apretó la cabeza contra la rodilla de Kotuko. Kotuko le dio una palmada, pero el perro seguía empujando ciega y servilmente con la cabeza. Entonces Kadlu despertó, sujetó con fuerza la gran cabeza lobuna y se quedó mirando sus ojos vidriosos. El perro lloriqueaba y no dejaba de tiritar entre las rodillas de Kadlu. Se le erizó el pelo de la nuca y lanzó un gruñido como si hubiera un forastero a la puerta; luego ladró con alegría y dio vueltas en el suelo y mordisqueó la bota de Kotuko como un cachorro.

—¿Qué le pasa? —preguntó Kotuko, que empezaba a tener miedo.

—Está enfermo —respondió Kadlu—. Tiene la enfermedad de los perros.

Kotuko el perro levantó el hocico y comenzó a aullar una y otra vez.

—Nunca lo he visto así. ¿Qué va a hacer? —dijo Kotuko.

Kadlu encogió ligeramente un hombro y fue a buscar su arpón en forma de puñal al otro lado de la cabaña. El perro lo miró, volvió a lanzar un aullido y se escabulló por la galería mientras los demás perros se apartaban a izquierda y derecha para dejarle pasar. Cuando salió a la nieve ladró con furia, como si hubiera olfateado el rastro de un buey almizclero, y sin dejar de ladrar, brincar y retozar desapareció de la vista. No era un caso de hidrofobia, sino de simple y llana locura. El frío y el hambre y sobre todo la oscuridad le habían trastornado, y cuando la terrible enfermedad de los perros se declara en una jauría se extiende como un fuego sin control. Al día siguiente otro perro enfermó, y fue sacrificado sin más demora por Kotuko mientras mordía y se debatía con los tiros. Luego el gran perro negro, que había sido el líder en los viejos tiempos, empezó a ladrar por un rastro de reno imaginario, y cuando lo soltaron del *pitu* se arrojó a la garganta de un peñasco helado y huyó corriendo igual que su líder, con el arnés a la espalda. Después de aquello nadie se atrevió a sacar a los perros de nuevo. Los necesitaban para otra cosa y los perros lo sabían; y, aunque estaban atados y les daban de comer con la mano, sus ojos estaban llenos de miedo y desesperación. Para empeorar las cosas, las viejas empezaron a contar historias de fantasmas y a decir que se habían comunicado con los espíritus de los cazadores muertos aquel otoño, que profetizaban toda suerte de desastres.

Kotuko lamentó la pérdida de su perro más que ninguna otra cosa; pues, aunque un inuit puede comer copiosamente, también sabe pasar hambre. Pero el hambre, la oscuridad, el frío y la intemperie le hicieron flaquear y empezó a oír voces en su cabeza y a ver con el rabillo del ojo personas que no estaban. Una noche —se había quitado la hebilla después de pasarse diez horas al lado de un respiradero cegado, y se dirigía tambaleándose a la aldea, débil y mareado—, hizo un alto para descansar y se recostó contra un peñasco que resultó ser una piedra oscilante apoyada en un saliente de hielo. Su peso bastó para desequilibrar la piedra, que echó a rodar velozmente y obligó a Kotuko a apartarse de un salto para evitarla; luego se deslizó tras él por la ladera helada, silbando y chirriando.

Aquello fue el colmo para Kotuko. Lo habían educado en la creencia de que toda roca y peñasco tenía dueño (su *inua*), que solía ser algo así como una mujer de un ojo llamada *tornaq*, y que cuando una *tornaq* quería ayudar a un hombre rodaba hacia él en su casa de piedra y se ofrecía para ser su espíritu guardián. (En la época de deshielo, en verano, las rocas y los peñascos

asentados en el hielo rodaban y se deslizaban sobre la tierra, así que es fácil imaginar de dónde venía la idea de las piedras vivientes.) Kotuko oyó el latido de la sangre en sus sienes, como lo llevaba oyendo todo el día, y pensó que era la *tornaq* de la piedra que le hablaba. Antes de llegar a casa se convenció de que había tenido una larga conversación con ella y, como toda su gente lo creía más que posible, nadie le llevó la contraria.

—Me dijo: «Vengo saltando, vengo saltando desde mi lugar en la nieve» —exclamó Kotuko con los ojos hundidos, inclinándose hacia delante en la cabaña en penumbra—. Dijo: «Seré tu guía». Dijo: «Te guiaré hacia los buenos respiraderos». Mañana saldré y la *tornaq* me guiará.

Entonces se presentó el *angekok*, el brujo de la tribu, y Kotuko volvió a contar su historia por segunda vez. No había perdido un ápice de su fuerza.

—Sigue a los *tornait* (los espíritus de las piedras) y ellos volverán a traernos comida —dijo el *angekok*.

La muchacha del norte había pasado todo este tiempo acostada junto a la lámpara, comiendo muy poco y hablando aún menos; pero, cuando al día siguiente Amoraq y Kadlu improvisaron un pequeño trineo de mano para Kotuko y lo equiparon con sus utensilios de caza y toda la carne de foca congelada y el aceite de ballena que podían permitirse, ella tomó la cuerda de tiro y se puso con audacia al lado del muchacho.

—Tu casa es mi casa —dijo, mientras el pequeño trineo con patines de hueso crujía y traqueteaba en la infernal noche ártica.

—Mi casa es tu casa —dijo Kotuko—, pero me parece que los dos iremos juntos a Sedna.

Sedna es la Señora del Inframundo, y los inuit creen que todo aquel que muere debe pasar un año en su horrible país antes de ir a Quadliparmiut, el Lugar Feliz, donde nunca hiela y los renos orondos vienen trotando si los llamas.

La gente iba gritando por la aldea: «Los *tornait* han hablado con Kotuko. Le mostrarán dónde está el hielo abierto. ¡Volverá a traernos focas!». La fría y vacía oscuridad engulló pronto sus voces y Kotuko y la muchacha arrimaron los hombros mientras tiraban esforzadamente de la cuerda o dirigían el trineo sobre el hielo en dirección al mar polar. Kotuko insistía en que la *tornaq* de la piedra le había ordenado ir al norte, y al norte fueron bajo Tukyuqdjung el Reno, las estrellas que nosotros conocemos como la Osa Mayor.

Ningún europeo habría sido capaz de cubrir ocho kilómetros diarios sobre aquel basural de hielo y sus ventisqueros afilados; pero ellos sabían

perfectamente cómo dar el giro de muñeca que anima a un trineo a sortear una loma, el tirón que lo levanta limpiamente cuando se engancha en una grieta de hielo y los golpes de arpón que son necesarios para abrirse camino cuando todo parece perdido.

La muchacha no decía nada, pero tenía la cabeza gacha y la visera de piel de carcayú de su capuchón de armiño aleteaba contra su rostro oscuro y ancho. El cielo era de un negro intenso, aterciopelado, que se deshacía en bandas de rojo óxido en el horizonte, donde las grandes estrellas ardían como faroles. De vez en cuando una onda verdosa de la Aurora Boreal surcaba la oquedad celeste, ondeaba como una bandera y desaparecía; o un meteoro crepitaba de un lado a otro de la oscuridad, dejando una estela chispeante. Entonces veían extraños colores —rojo, cobre y azulado— salpicando y bailando sobre la superficie encrespada y fruncida del témpano, pero a la luz normal de las estrellas todo recobraba el color gris de la congelación. Los temporales de aquel otoño, como quizá recuerden, habían azotado y torturado la banquisa hasta convertirla en un gran terremoto de hielo. Había zanjas y barrancos y hoyos como graveras abiertos en la nieve; montículos y bloques desperdigados que el frío había adherido al suelo original del témpano; erupciones de hielo negro y viejo que alguna ventisca había empujado por debajo del témpano para luego hacerlo emerger; peñascos redondeados de hielo; bordes serrados de hielo que la nieve suspendida en el viento había tallado; y fosos de ochenta y noventa hectáreas que se abrían en mitad de la llanura. A cierta distancia estos montículos podían confundirse con focas o morsas, trineos volcados o cazadores, o hasta con el mismísimo Gran Espíritu del Oso Blanco de Diez Patas; pero, a pesar de estas formas fantásticas, todas a punto de despertar a la vida, no se oía nada, ni un sonido ni un eco por débil que fuera. Y por este silencio y esta desolación, donde luces repentinas ondeaban y volvían a apagarse, el trineo y los dos muchachos se arrastraban como figuras de pesadilla: la pesadilla del fin del mundo en el fin del mundo.

Cuando les vencía el cansancio, Kotuko construía lo que los cazadores llaman «media casa», una diminuta cabaña de nieve donde se acurrucaban junto al quemador portátil, tratando de descongelar la carne de foca. Después de dormir reanudaban la marcha en dirección norte: cuarenta y cinco kilómetros al día que equivalían a quince en línea recta. La muchacha se mostraba siempre muy callada, pero Kotuko murmuraba para sus adentros y prorrumpía en canciones que había aprendido en la escuela de canto —canciones de verano, canciones de renos y salmones— y que estaban totalmente fuera de lugar en aquellas circunstancias. Afirmaba oír el gruñido

de la *tornaq* y a menudo, al toparse con un montículo, subía corriendo a la cima mientras agitaba ferozmente los brazos y lanzaba gritos amenazadores. A decir verdad, Kotuko estaba a punto de perder la cabeza; pero la muchacha estaba segura de que su compañero contaba con la guía de su espíritu guardián y de que todo acabaría bien. No se sorprendió, pues, cuando al término del cuarto día de marcha Kotuko, con ojos llameantes, le dijo que su *tornaq* los seguía por la nieve en forma de perro de dos cabezas. La muchacha miró hacia donde señalaba y algo pareció escabullirse en un barranco. No era humano, desde luego, pero todo el mundo sabía que los *tornait* preferían adoptar la forma de un oso, una foca o algo parecido.

Podría haber sido el Gran Espíritu del Oso Blanco de Diez Patas o cualquier otra cosa, pues Kotuko y la muchacha estaban tan hambrientos que habían dejado de confiar en sus ojos. No habían atrapado nada ni avistado huellas de posibles presas desde el inicio de su expedición; las reservas de comida no les aguantarían otra semana y se aproximaba un nuevo temporal. Una tormenta polar puede durar diez días sin interrupción y si te sorprende fuera de casa es muerte segura. Kotuko levantó una casa de nieve capaz de albergar el trineo de mano (nunca te separes de tu provisión de carne), y mientras daba forma al bloque de hielo irregular con que debía cerrar el techo vio una Cosa que lo miraba desde un pequeño risco helado a unos ochocientos metros de distancia. Flotaba una bruma en el aire y la Cosa parecía medir trece metros de largo por tres de alto, con una cola de siete y una silueta que no dejaba de temblar y estremecerse. La muchacha también lo vio, pero en vez de lanzar un grito de miedo dijo con calma:

—Ese es Quiquern. Y ¿ahora qué?

—Lo haré hablar —dijo Kotuko, pero el cuchillo para la nieve le temblaba en la mano, porque, por mucho que un hombre crea tener amistad con espíritus extraños y desagradables, no suele gustarle que le tomen la palabra. Quiquern es el espectro de un perro gigante, desdentado y sin pelo, que al parecer vive en el lejano norte y vaga por la tierra justo antes de algún suceso. Este suceso puede ser agradable o desagradable, pero ni siquiera a los brujos les gusta hablar de Quiquern. Enloquece a los perros. Como el Espíritu del Oso, tiene varios pares de patas adicionales —seis u ocho— y esta Cosa que brincaba en la bruma tenía bastantes más patas de las necesarias. Kotuko y la muchacha corrieron a meterse en su refugio. Por supuesto, Quiquern podía hacerlo pedazos si así lo deseaba, pero sentir que había un muro de nieve de dos palmos entre ellos y la malvada oscuridad era reconfortante. El temporal dio comienzo con un viento chirriante que recordaba el ruido de un tren, y a

lo largo de tres días y tres noches no cejó ni remitió un segundo. Mantuvieron con vida el quemador de piedra entre las rodillas, dando pequeños mordiscos a la carne de foca tibia y viendo cómo el hollín negro cubría el techo setenta y dos largas horas. La muchacha volvió a revisar las provisiones del trineo; solo tenían comida para dos días, y Kotuko inspeccionó las cabezas de hierro y los cierres hechos de tendón de ciervo de su arpón, así como su lanza para cazar focas y su dardo para cazar pájaros. No había nada que hacer.

—Iremos a Sedna pronto… muy pronto —susurró la muchacha—. Dentro de tres días caeremos dormidos y será el momento de ir. ¿No hará nada tu *tornaq*? Llámala con una canción de *angekok*.

Él empezó a ulular con el timbre agudo de las canciones mágicas mientras el temporal remitía lentamente. En medio del cántico la muchacha se estremeció, posó su mano enguantada y luego la cabeza en el suelo helado del refugio. Kotuko siguió su ejemplo y los dos se arrodillaron sin dejar de mirarse a los ojos y escuchando con cada nervio de su cuerpo. El muchacho arrancó una fina esquirla de hueso de ballena del borde de una trampa para pájaros que guardaba en el trineo, la enderezó y la puso en un pequeño agujero en el hielo, donde la apuntaló con su mitón. El ajuste era casi tan delicado como el de la aguja de una brújula, y ahora en vez de escuchar se dedicaron a observar. La fina varilla temblaba un poco: no había en el mundo un temblor más leve; luego vibró de manera constante unos segundos, se detuvo y volvió a vibrar, esta vez en dirección a otro punto de la brújula.

—¡Demasiado pronto! —dijo Kotuko—. Ahí fuera se ha partido un gran témpano.

La joven señaló la varilla y negó con la cabeza.

—Es la gran rotura —dijo—. Escucha el hielo del fondo, está sonando.

Volvieron a arrodillarse y entonces oyeron la más curiosa serie de gruñidos y golpes amortiguados, al parecer bajo sus pies. A veces sonaba como si un cachorro con los ojos aún cerrados chillara sobre la lámpara; luego como si una piedra raspara el hielo negro; y por último, como golpes sordos de tambor; pero en todos los casos el ruido se prolongaba hasta apagarse, como si viajara por un pequeño cuerno muy lejos de allí.

—No iremos a Sedna acostados —dijo Kotuko—. Es la rotura. La *tornaq* nos ha engañado. Vamos a morir.

Todo esto puede sonar absurdo, pero los dos se enfrentaban a un peligro muy real. El temporal de tres días había empujado las aguas profundas de la bahía de Baffin hacia el sur; allí las había lanzado contra el borde de la extensa masa de hielo que se extiende hacia el oeste desde la isla de Bylot. A

su vez, la intensa corriente que fluye hacia el este desde el estrecho de Lancaster arrastraba kilómetros de lo que llaman bloques de hielo, esto es, masas de hielo a la deriva que no se han congelado hasta formar grandes extensiones heladas; y estos bloques no dejaban de bombardear el témpano a la vez que el oleaje y la marejada desatados por el temporal lo minaban, debilitándolo. Lo que Kotuko y la muchacha habían escuchado eran los débiles ecos de esa pelea a cuarenta y cinco o sesenta kilómetros de distancia, y el impacto hacía temblar la pequeña varilla delatora.

Como dicen los inuit, cuando el hielo despierta después de su largo sueño invernal no hay manera de saber qué ocurrirá, pues el hielo duro de los témpanos cambia de forma casi tan rápidamente como una nube. El temporal era sin duda una tormenta de primavera enviada a destiempo y todo era posible.

Con todo, en su fuero interno los dos estaban más contentos que antes. Si la banquisa se rompía, se acabarían el esperar y el sufrir. Espíritus, duendes y figuras de brujería se movían sobre el hielo martirizado y podía muy bien ocurrir que los dos jóvenes cayeran al país de Sedna con toda clase de Cosas salvajes antes de haberse recuperado de la emoción. Cuando pasó el temporal y salieron del refugio, el ruido no dejaba de crecer en el horizonte y el duro hielo gemía y zumbaba.

—Sigue esperando —dijo Kotuko.

En la cima de una loma estaba sentada, o agachada, la Cosa de ocho patas que habían visto hacía tres días; y su aullido era horrible.

—Sigámoslo —dijo la joven—. Puede que conozca un camino que no lleve a Sedna.

Pero estaba tan débil que al coger la cuerda de tiro se tambaleó. La Cosa se movía lenta y torpemente a lo largo de los riscos. Iba en dirección oeste, hacia la masa de tierra, y ellos la seguían perseguidos por el estruendo creciente del borde del témpano. El labio de la banquisa se agrietaba y rompía por todas partes a lo largo de cinco o seis kilómetros y grandes bandejas de hielo de tres metros de grosor, con superficies que iban de unos pocos metros cuadrados hasta casi veinte hectáreas, se hundían, volvían a emerger y chocaban unas con otras sin dejar de golpear la banquisa misma, que seguía intacta mientras el oleaje se mecía y agitaba y saltaba a borbotones. Estos arietes de hielo eran, por así decirlo, el primer ejército que el mar lanzaba contra la banquisa. Los choques y sacudidas incesantes de estos pasteles congelados casi ahogaban el ruido desgarrador de las láminas de hielo que el mar empujaba por debajo del témpano como naipes que alguien esconde a

toda prisa debajo del tapete. Allí donde el mar era poco profundo estas láminas se apilaban unas encima de otras hasta que la base tocaba el fondo de barro a quince metros de profundidad y el mar, descolorido, rompía contra el hielo embarrado de tal forma que la presión creciente volvía a empujarlo todo hacia delante. Además de la banquisa y los bloques de hielo, el temporal y las corrientes habían llegado a crear icebergs, genuinas montañas de hielo flotante desgajadas de la costa de Groenlandia o de la orilla norte de la bahía de Melville. Cabeceaban solemnes, con olas blancas que rompían a su alrededor, y avanzaban a toda vela por la banquisa como una flota de otro tiempo. Un iceberg con aspecto de comerse el mundo podía encallar en el agua, impotente, tambalearse y acabar revolcado en una mezcla jabonosa de espuma y barro y hielo pulverizado, mientras que otro mucho más bajo y pequeño podía arrollar la banquisa hasta desgarrarla, lanzando toneladas de hielo a ambos lados y cortando una brecha de ochocientos metros de longitud antes de pararse. Algunos caían como espadas, abriendo un canal de bordes angulosos, y otros se astillaban en una lluvia de bloques de varias toneladas cada uno que rodaban y rebotaban entre los montículos. Otros, por su parte, sacaban todo el cuerpo del agua al encallar, como contraídos de dolor, y se desplomaban sobre su costado mientras el mar les rastrillaba el dorso. Este movimiento constante del hielo, que se aplastaba y apiñaba y doblaba y se rompía y arqueaba cobrando toda clase de formas, abarcaba toda la orilla norte de la banquisa hasta donde alcanzaba la vista. Desde la posición de Kotuko y la joven la confusión no parecía más que una serie de ondulaciones inquietas y rastreras al pie del horizonte; pero se acercaba a ellos por momentos y a lo lejos, del lado de la tierra, pudieron oír un gran estruendo, como disparos de artillería pesada en la niebla. Era la señal de que la banquisa se había atorado, al encallar en los acantilados de acero de la isla de Bylot, que era el territorio que tenían al sur, a sus espaldas.

—Esto no había pasado nunca —dijo Kotuko, mirando a su alrededor con ojos atónitos—. No es el momento. ¿Cómo se explica que el hielo se rompa *ahora*?

—*¡Síguelo!* —gritó la joven señalando a la Cosa, que iba como distraída delante de ellos, a medias corriendo y a medias cojeando. La siguieron sin dejar de tirar del trineo de mano, perseguidos de cerca por el rugido creciente del hielo. Al cabo, el terreno que los rodeaba empezó a romperse y reventar por todas partes, y se abrieron grietas que chasqueaban como fauces de lobos. La Cosa, sin embargo, estaba sentada en un montículo de viejos bloques de hielo desperdigados de unos quince metros de alto que no se movía. Kotuko

dio un salto a la desesperada llevándose a la joven consigo y caminó a gatas hasta llegar a la base del montículo. El monólogo del hielo fue haciéndose cada vez más audible a su alrededor, pero el montículo seguía inmóvil y Kotuko, ante la mirada atenta de la joven, sacó el codo derecho hacia arriba, haciendo la seña inuit que indica la existencia de tierra firme en forma de isla. Y habían alcanzado tierra firme gracias a la Cosa de ocho patas que cojeaba delante de ellos: un islote con rebordes de granito y calas de arena muy cerca de la costa, tan cubierto y disfrazado y enfundado de nieve que nadie habría podido distinguirlo de la banquisa, pero que era sin duda terreno sólido, no hielo movedizo… Su frontera estaba delimitada por la sacudida constante de los bloques de hielo que encallaban y se astillaban en sus orillas, y un escollo amistoso se extendía hacia el norte y desviaba el avance de los bloques más pesados, como el arado al remover la marga. Estaba el peligro, por supuesto, de que una lámina de hielo denso y comprimido irrumpiera en la playa y terminara deslizándose hasta la cima del islote; pero no era una posibilidad que inquietara a los dos jóvenes, que levantaron su casa de nieve y comieron con el ruido de fondo del hielo, que martilleaba y derrapaba en la playa. La Cosa había desaparecido y Kotuko empezó a hablar animadamente de su poder sobre los espíritus mientras se acurrucaba alrededor de la lámpara. Seguía con su charla atolondrada cuando la joven, que estaba en cuclillas, echó a reír y a columpiarse sobre su sitio.

Detrás de ella, arrastrándose por el suelo para entrar en el refugio, asomaron dos cabezas, una rubia y otra negra, que pertenecían a los dos perros más tristes y abochornados de los que se tenga recuerdo. Los dos habían engordado, tenían buen aspecto y parecían haber recuperado la cordura, pero estaban emparejados del modo más extraordinario. Recordarán que cuando el líder negro se escapó aún llevaba puesto el arnés. Seguramente se encontró con Kotuko el perro y se lanzó a jugar o a pelear con él, pues el lazo del hombro se había enganchado en el alambre de cobre trenzado del collar de Kotuko y estaba sujeto de tal forma que ninguno era capaz de llegar al tiro y romperlo a mordiscos; el resultado era que los dos estaban unidos por el lateral del cuello. Eso mismo, junto con la libertad de cazar por su cuenta y riesgo, había contribuido a curarles de su locura. Se mostraban de lo más tranquilos.

La joven empujó a las dos criaturas avergonzadas hacia Kotuko, y llorando de risa exclamó:

—Aquí está Quiquern, que nos ha guiado a un lugar seguro. ¡Mira sus ocho patas y sus dos cabezas!

Kotuko los liberó y los dos, rubio y negro, saltaron a sus brazos a la vez, intentando explicarle cómo habían recobrado el juicio. Kotuko pasó la mano por encima de sus costillas, que estaban carnosas y bien revestidas.

—Han encontrado comida —dijo con una mueca—. No creo que bajemos a Sedna tan pronto. Mi *tornaq* me los ha enviado. Ya no están enfermos.

Tan pronto hubieron saludado a Kotuko, los dos perros, que se habían visto obligados a dormir y comer y cazar juntos durante semanas, se abalanzaron el uno contra el otro. Hubo una bonita pelea en la casa de nieve.

—Los perros desnutridos no riñen —dijo Kotuko—. Han dado con las focas. Vamos a dormir. Tendremos comida.

Cuando despertaron, las aguas abiertas rompían en la playa norte de la isla y todo el hielo desprendido había ido a parar a tierra. No hay ruido más encantador para un inuit que el murmullo de las primeras olas, pues significa que la primavera está en camino. Kotuko y la muchacha se cogieron de la mano y sonrieron, pues el bramido intenso y nítido del oleaje entre el hielo les trajo el recuerdo de la temporada del reno y el salmón y el olor de los arbustos al florecer. Incluso entonces, mientras miraban, el mar comenzó a deslizarse sobre los pasteles flotantes de hielo, tan intenso era el frío; pero en el horizonte se extendía un enorme resplandor rojizo que era la luz del sol a ras de tierra. Era más como oírlo bostezar en sueños que verlo levantarse, y el resplandor duró solo unos minutos, pero señalaba el cambio de año. Les parecía que nada podía alterar aquello.

Kotuko sorprendió a los perros disputándose una foca recién cazada que había llegado atraída por los bancos de peces que el temporal siempre alborota. Fue la primera de unas veinte o treinta focas que recalaron en la isla en el curso de la jornada, y hasta que el mar volvió a congelarse hubo cientos de cabezas negras y entusiastas disfrutando de las aguas poco profundas y retozando entre el hielo flotante.

Era una alegría volver a comer hígado de foca, llenar bien las lámparas de sebo y observar cómo las llamas alcanzaban el metro de altura. Sin embargo, tan pronto se abrió un nuevo mar de hielo, Kotuko y la joven cargaron el trineo de mano y obligaron a los perros a tirar como nunca en su vida, pues temían lo que hubiera podido pasar en la aldea. El tiempo era tan inclemente como siempre, pero es más fácil tirar de un trineo cargado de buena comida que cazar con hambre. Dejaron los cuerpos de veinticinco focas enterrados en el hielo de la playa, listos para el consumo, y se dieron prisa en volver con los suyos. Los perros les mostraron el camino tan pronto Kotuko les dijo lo que esperaba de ellos; y, aunque no se veía ningún hito en el terreno, al cabo de

dos días ya estaban ladrando y anunciando su llegada a la casa de Kadlu. Solo tres les respondieron; los otros habían servido de alimento y las casas estaban a oscuras. Pero cuando Kotuko gritó: *¡Ojo!* (¡carne hervida!), unas voces débiles le respondieron y, cuando pasó revista a todo el pueblo y pronunció claramente cada nombre, no hubo silencios.

Una hora después las lámparas llameaban en la casa de Kadlu, el agua de nieve se calentaba, las cacerolas empezaban a hervir a fuego lento y la nieve goteaba del techo mientras Amoraq cocinaba para todo el pueblo, y el bebé en su capucha mordisqueaba una rica tira de sebo con sabor a nuez y los cazadores se atiborraban lenta y metódicamente de carne de foca. Kotuko y la muchacha contaron su historia. Los dos perros estaban sentados en medio, y siempre que oían que los nombraban ladeaban una oreja y se mostraban de lo más avergonzados. Según los inuit, un perro que ha recuperado el juicio después de enloquecer está libre de recaídas.

—Así que la *tornaq* no nos olvidó —dijo Kotuko—. La tormenta estalló, el hielo se rompió y las focas entraron siguiendo a los peces asustados por el temporal. Ahora los nuevos respiraderos están a dos días de distancia. Que los buenos cazadores salgan mañana y traigan las focas que he arponeado; hay veinticinco enterradas en el hielo. Cuando nos las hayamos comido seguiremos a las focas sobre la banquisa.

—Y tú ¿qué harás? —dijo el brujo con el mismo tono de voz con que se dirigía a Kadlu, el más rico de los tununirmiut.

Kadlu miró a la joven del norte y dijo con calma:

—*Nosotros* haremos una casa.

Señaló el lado noroeste de la casa de Kadlu, pues ese es el lado donde vive siempre el hijo o la hija casada.

La muchacha mostró las palmas de sus manos mientras movía la cabeza con expresión de desaliento. Era una extranjera a la que habían recogido a punto de morir de hambre y no podía aportar nada al nuevo hogar.

Amoraq se levantó de un salto de la banqueta y comenzó a apilar cosas en el regazo de la joven: lámparas de piedra, raspadores de hierro para las pieles, hervidores de hojalata, pieles de ciervo bordadas con dientes de buey almizclero y agujas de apuntar como las que usan los marinos… la dote más exquisita que se ha dado nunca en esas regiones del Círculo Ártico, y la joven del norte inclinó la cabeza hasta casi tocar el suelo.

—Y ¡estos también! —dijo Kotuko riendo y haciendo señas a los perros, que arrimaron sus fríos hocicos al rostro de la joven.

—Ah… —dijo el *angekok*, carraspeando y haciéndose el importante, como si llevara un rato dándole vueltas—. En cuanto Kotuko salió del pueblo, me fui a la Casa de los Cánticos y entoné mi magia. Pasé las noches solitarias cantando e invoqué al Espíritu del Reno. Mi cantar hizo surgir el temporal que rompió el hielo y condujo a los dos perros hacia Kotuko cuando el hielo le hubiera podido romper los huesos. Mi cántico atrajo a las focas que seguían los bloques de hielo. Mi cuerpo yacía inmóvil en el *quaggi*, pero mi espíritu viajó por el hielo y guió a Kotuko y a los perros en todo lo que hicieron. Yo lo hice.

Todos estaban saciados y tenían sueño, así que nadie le contradijo; y el *angekok*, en virtud de su cargo, se sirvió otra porción de carne hervida y se tendió a dormir con los demás en el hogar cálido y bien iluminado que olía a sebo.

Sucede, pues, que Kotuko, que pintaba muy bien a la manera de los inuit, grabó dibujos de todas estas aventuras en una pieza larga y plana de marfil con un agujero en un extremo. Cuando él y la muchacha viajaron al norte, a la isla de Ellesmere, el año del Gran Invierno Cálido, dejó la historia gráfica en manos de Kadlu, que la extravió en los guijarros cuando su trineo de perros se averió un verano en la playa de Nettilling, en Nikosiring, y allí un inuit de los lagos la encontró a la primavera siguiente y se la vendió en Imigen a un hombre que trabajaba como intérprete en un ballenero del estrecho de Cumberland, quien a su vez se la vendió a Hans Olsen, que más tarde sería intendente a bordo de un gran barco de vapor que transportaba turistas al cabo Norte, en Noruega. Cuando la temporada turística concluía, el barco de vapor hacía el trayecto entre Londres y Australia, con parada en Ceilán, y allí Olsen vendió la pieza de marfil a un joyero cingalés a cambio de dos zafiros de imitación. La encontré entre la basura en una casa de Colombo, y la he traducido de principio a fin.

EL PERRO HERVEY

Mi amigo Attley, que es capaz de ofrecerte su cabeza si le dices que has perdido la tuya, había decidido repartir una camada de cachorros de seis meses, todos de Bettina, y media docena de mujeres seguían con arrobo el espectáculo en el césped de Mittleham.

Lo echamos a suertes. La señora Godfrey salió primera; su hija casada, segunda. Yo quedé tercero, pero renuncié a mi derecho, dado que yo ya tenía dueño, Malachi, el hermano carnal de Bettina, al que había traído conmigo en coche para que visitara a sus sobrinos y sobrinas; y que no habría dudado en acabar con todos ellos si se me hubiera ocurrido llevarme uno a casa. Milly, la hija menor de la señora Godfrey, recibió mi renuncia con grititos de alegría, y Attley se volvió hacia una joven morena, de piel cetrina y boca flácida, que había venido a jugar al tenis, y la invitó a participar en el reparto. Esta se puso un par de quevedos que le daban aspecto de camello, se arrodilló torpemente, pues tenía los muslos largos, respiró con fuerza y observó al último par.

—Creo que prefiero al de las manchas amarillas —dijo.

—¡Oh, no, este no, señorita Sichliffe! —gritó Attley—. Nació con asfixia o tuvo una insolación o algo. En la perrera lo llaman «el pirado». Además, es bizco.

—Tiene su atractivo —respondió ella. Ni Malachi ni yo habíamos visto nunca un perro estrábico.

—Es un caso de corea… el mal de San Vito —apostilló la señora Godfrey —. Tendrían que haberlo ahogado.

—Pero me gusta su aire disciplinado —insistió la joven.

—No hay póliza capaz de asegurarlo —dije—, pero quizá se le pueda enmendar.

La señorita Sichliffe se sonrojó; vi que la señora Godfrey intercambiaba una mirada con su hija casada, y supe que acababa de decir algo por lo que tendría que hacer penitencia.

—Sí —prosiguió la señorita Sichliffe con voz temblorosa—, no hay póliza que lo asegure, pero quizá yo pueda… enmendarlo. Venga conmigo,

señor.

La bestia contrahecha fue dando tumbos hacia ella con el ojo fijo en su propia nariz, hasta que cayó sobre sus patas. Por suerte, en ese momento Bettina apareció corriendo por el césped y le recordó a Malachi los tiempos de su niñez. Los vástagos de esa familia son más raros que un perro verde y riñen como marido y mujer. Tuve que separarlos con ayuda de la señora Godfrey hasta que se retiraron bajo los rododendros y ajustaron cuentas en silencio.

—¿No sabes quién era el padre de esa muchacha? —preguntó la señora Godfrey.

—No —respondí—. La detesto por méritos propios. Respira por la boca.

—Era un médico jubilado —explicó—. Recogía jóvenes con problemas de alcohol, los acogía en su casa cuando estaban en la fase de arrepentimiento y los ponía en el buen camino; cuando se curaban los aseguraba con una buena póliza y los ponía de nuevo en circulación… con sed acumulada. Por supuesto, todos le hicieron el vacío mientras vivía, pero dejó un montón de dinero a su hija.

—Totalmente legítimo… sumamente respetable —dije—. Pero ¡qué vida para la hija!

—¿No te parece? ¿Te das cuenta *ahora* de lo que acabas de decir?

—Perfectamente… Y, ahora que me has alegrado el día, ¿podemos volver con los demás?

Entramos en la casa y allí estaban todos, reunidos en comité para decidir los nombres.

—¿Qué nombre piensa darle al suyo? —oí que Milly le preguntaba a la señorita Sichliffe.

—Harvey —respondió—. Por la salsa Harvey, ya sabe. Va a estar en su salsa cuando lo en… —nos vio a la señora Godfrey y a mí franquear la cristalera—, cuando se recupere del todo.

Attley, hombre de buenas intenciones, quiso que me sintiera cómodo y me preguntó qué pensaba del nombre.

—Oh, espléndido —dije por decir—. La H con la A, la A con la R, la R con la…

—Pero ¡si eso es la *Canción de Bingo*[5]! —dijo alguien, y todos rieron.

La señorita Sichliffe, con las manos entrelazadas sobre sus largas rodillas, rezongó:

—Uno debería comprobar siempre sus citas.

No era una estocada amable, pero algo en la palabra «cita» hizo que la parte automática de mi entendimiento persiguiera la sombra de una palabra o de una frase que estaba fuera del alcance de la memoria como un gato se sienta a una distancia prudencial del salto de un perro. Cuando estaba a punto de volver a casa, la señorita Sichliffe se me acercó a la luz del atardecer, con el cachorro atado con una correa y sus grandes zapatos colgando del extremo de su raqueta de tenis.

—Discúlpeme —dijo con su voz gruesa de colegiala—. Siento lo que le he dicho de que comprobara sus citas. No le conozco lo bastante… y, de todos modos, no tendría que haberlo dicho.

—Pero tenía usted razón en lo de la *Canción de Bingo* —respondí—. Me tendría que haber acordado yo mismo al deletrearlo.

—Sí, por supuesto. Fue la forma de deletrearlo —dijo, y se fue con su andar encorvado y el cachorro tras ella. Una vez más mi cabeza empezó a preocuparse por algo que habría tenido sentido si hubiera logrado formularlo correctamente. Le conté mis dificultades a Malachi en el camino de vuelta, pero Bettina lo había mordido en cuatro lugares distintos y estaba ocupado.

Semanas más tarde, Attley vino a verme, y antes de que el coche se detuviera Malachi me hizo saber que Bettina iba en el asiento del copiloto. La saludó lanzándose a su cogote mientras ella bajaba del coche, y yo saludé a la señora Godfrey, a Attley y una gran cesta.

—Tienes que ayudarme —dijo Attley con gesto cansado.

Llevamos la cesta al jardín y de ella no tardó en salir la sombra tambaleante y angulosa de un terrier de manchas amarillas y pelo revuelto, con una oreja idiota, la otra delirante y dos bizqueras espantosas. Bettina y Malachi andaban ya enzarzados sobre el césped, pero al verlo se soltaron y huyeron en direcciones contrarias.

—¿Qué hace aquí este sabueso fétido? —pregunté.

—¿Harvey? Lo he traído para que lo cuides —dijo Attley—. Ha tenido el moquillo, pero yo salgo de viaje.

—Llévatelo contigo. No lo quiero. Tiene un trastorno mental.

—Escúchame —Attley hablaba casi a gritos—, ¿te parezco un memo?

—Siempre —dije.

—Bueno, pues si tú lo dices, y Ella lo dice, eso demuestra que debo marcharme de viaje.

—Will está equivocado, muy equivocado —le interrumpió la señora Godfrey—, pero tienes que quedarte con el cachorro.

—Amigo mío, querido, nunca le des nada a una mujer —resopló Attley.

Poco a poco logré sonsacarles lo ocurrido mientras estábamos en el jardín en calma (Bettina y Malachi seguían sin dar señales de vida) y Harvey me miraba fijamente con semblante desquiciado y ojos de sepia, primero uno y luego otro.

Al parecer, un mes después de que la señorita Sichliffe lo recogiera, Harvey había contraído el moquillo. La señorita Sichliffe lo había cuidado personalmente un tiempo, hasta que un día lo cogió en brazos, recorrió los tres kilómetros largos que la separaban de Mittleham y se echó a llorar —literalmente— a los pies de Attley, diciendo que Harvey era lo único que tenía o esperaba tener en el mundo y que Attley debía curarlo. Attley, que por su fortuna, posición y temperamento era el guardián de todos los perros desvalidos, lo había dejado todo para dedicarse a esta desagradable tarea, pero la señorita Sichliffe, afirmaba, se había instalado virtualmente en su casa desde entonces.

—Volvía a su casa por las noches, desde luego —estalló—, pero el resto del tiempo era una verdadera plaga. Dios sabe que no soy maniático, pero era un escándalo. ¡Hasta los sirvientes!… Tres o cuatro visitas al día, y notas entre medias, para saber cómo estaba el animal. ¡Qué demonios, no os riáis! Y queriéndome enviar flores y peces de colores. ¿Tengo cara de querer peces de colores? ¡Parad un minuto! —La señora Godfrey y yo nos agarrábamos del brazo para no caernos—. Y no es que… que yo tenga una personalidad tan seductora, ¿verdad?

Attley inspira más confianza, bondad y afecto que la mayoría de los hombres, pues es uno de esos raros ángeles, un soltero totalmente generoso y desprendido, feliz de verse mangoneado por sindicatos rivales de amigos entusiastas. Su situación parecía desesperada, y así se lo dije.

—No hay más remedio que la fuga inmediata —fue mi veredicto—. Cuidaré de tus dos coches mientras estés fuera, y tú puedes encargarte de que me envíen toda la fruta que produzca tu invernadero.

—Pero ¿por qué tengo que dejar que una dromedaria me eche de casa? —se lamentó.

—¡Parad! ¡Parad ya! —dijo la señora Godfrey entre sollozos—. Los dos estáis muy equivocados. Admito que tenéis razón, pero *sé* que estáis equivocados.

—Tres y cuatro veces al día —dijo Attley con expresión de espanto—. No soy un hombre vanidoso, pero… Mira, Ella, creo que no soy una persona suspicaz, pero si insistes en tomártelo a broma…

—¡Ay, cállate ya! —su voz era casi un chillido—. ¿No te das cuenta de que ninguno de tus amigos va a dejar que Mittleham se les escape de las manos? Estoy de acuerdo en que es bastante indecoroso que una muchacha adulta se pase todas las horas del día y de la noche en Mittleham…

—Te dije que volvía a su casa por las noches —gruñó Attley.

—Especialmente si vuelve a su casa por las noches. Pero ¡piensa en la vida que ha debido de tener, Will!

—Ahí no me meto; solo pido que me deje en paz.

—Tal vez quiera ponerte en el buen camino y contratar un buen seguro —sugerí.

—Y tú ¿sabes lo que eres? —La señora Godfrey se volvió hacia mí con la sonrisa que he temido desde hace veinticinco años—. Eres el amigo bueno, amable, sabio y leal. No sabes hasta qué punto puedes ser sabio y amable. Will te ha enviado a Harvey para que ese angelito cumpla la parte final de su convalecencia contigo. Tú eres un experto en perros, o de otro modo Will no se habría decidido. Se lo ha explicado por escrito. Estás demasiado lejos para que venga a visitarte todos los días. Tal vez se pase dos o tres veces por semana o te mande notas entretanto. Pero no pasa nada si lo hace, porque tú no eres el dueño de Mittleham. ¿Lo entiendes ahora?

Le dije que lo entendía perfectamente.

—Bueno, lo superarás muy pronto —replicó la señora Godfrey—. Eres el amigo sensato, responsable y leal que…

—También me miraba así al principio —dijo Attley con un escalofrío—, pero dejó de hacerlo al poco. Es solo que eres nuevo para él.

—Pero ¡maldito seas, es un demonio! —exclamé.

—Y, cuando esté curado del todo, se lo devolverás sin falta con todo tu afecto y ella te dará un bonito pez de colores —dijo la señora Godfrey poniéndose en pie—. Está decidido. Llama el coche, por favor. Nos vamos a Brighton a almorzar.

Se fueron antes de que pudiera reaccionar, así que le dije a Harvey el perro lo que pensaba de ellos y de su dueña. No se movió un ápice de donde estaba, sino que se me quedó mirando con una mirada fija, intensa y sesgada, un ojo y luego el otro. Malachi, que venía de despedir a su hermana, guardó una distancia prudencial y me aconsejó ahogar a la criatura y seguir alternando con caballeros. Pero Harvey el perro ni siquiera movió su muy movible oreja.

Y así fue mientras estuvo conmigo. Allí donde me sentaba, él se sentaba a mi lado y se me quedaba mirando; si echaba a andar, él andaba a mi lado, con

la cabeza rígidamente vuelta hacia mí, dedicada en exclusiva a contemplarme. Nunca ladraba, nunca se ofrecía a ser acariciado y apenas me dejaba dar un paso a solas. Y, para mi sorpresa, Malachi, que no soportaba la presencia de ningún intruso en nuestros dominios, se dejó excluir sin una queja de mi servicio y mi compañía por este pequeño demonio sombrío de ojos verdes. De hecho, parecía incluso que la situación le interesaba, pues salía a saludarnos cuando volvíamos de dar nuestros lúgubres paseos y nos miraba por turnos a Harvey y a mí con el mismo interés tembloroso que mostraba ante la entrada de una ratonera. Aparte de estas indagaciones, Malachi se retiró como solo sabe hacerlo un perro o una mujer.

La señorita Sichliffe pasó a visitarme poco después (por suerte, yo no estaba en casa) con una excusa elaborada que incluía la obligación de hacer algunas visitas en el vecindario. Me envió una nota de agradecimiento al día siguiente. Estaba leyéndola cuando Harvey y Malachi entraron y se acomodaron como de costumbre, Harvey a mi lado para observarme y Malachi medio arrebujado debajo del sofá para observarnos a los dos. Por curiosidad, decidí sostener la mirada de Harvey, luego llevé su cabeza dispareja hacia mi rodilla y por unos minutos me asomé directamente a su ojo. Y es que en el ojo de Malachi puedo ver en todo momento cuanto hay en él de perro normal y decente, salpicado en parte de esa medio alma esforzada que el amor y la compañía del hombre han añadido a su naturaleza. Pero en el caso de Harvey el ojo no salía de su perplejidad, como si fuera el de un hombre torturado. Solo si uno se asomaba a sus profundidades, podía vislumbrar el espíritu mismo del animal, obnubilado y encogido de miedo bajo una carga injusta.

Leggatt, mi chófer, entró a recibir instrucciones.

—¿Cómo ve a Harvey? ¿Le parece que hace progresos? —dije sin dejar de restregar el cuello jadeante del animal. El veterinario me había avisado del peligro de que el moquillo le dejara secuelas en la columna vertebral.

—Gustarme me gusta más bien poco —fue su respuesta—. Pero no me preocupa lo que haga mientras no tenga que estar a solas con él.

—¿Por qué? Si es más manso que un cordero —dije.

—Me da grima. Parece que le va a dar un ataque.

Pero Harvey, como yo le contaba a su dueña de vez en cuando, no dejaba de progresar, y cuando estuvo casi curado desarrolló la costumbre de jugar a solas. Era un juego macabro que consistía en espiar, seguir, llamar y perseguir a otro perro, y que interrumpía de pronto para volver a sus andares rígidos de siempre, con el aire de quien ha olvidado un asunto de vida o muerte al que

solo podía llegar mirándome fijamente. Un atardecer lo dejé haciéndose el gallito en el césped con un perro invisible y me fui a despachar algunas cartas. Supongo que estuve como una hora trabajando, pues iba a encender las luces cuando tuve la sensación de que había alguien en el cuarto a quien, como me avisaron los pelos de la nuca, no tenía el menor interés en hacer frente. Había un espejo en la pared. Al alzar la mirada vi a Harvey el perro reflejado junto a la sombra de la puerta cerrada. Se había puesto en pie sobre sus cuartos traseros, con la cabeza algo ladeada para evitar que el sofá se interpusiera en su línea de visión, y me estaba mirando. El rostro, con su ceño fruncido y sus labios perfilados, era el rostro de un perro, pero la mirada, por una fracción de segundo, era humana… total y espantosamente humana. Cuando la sangre volvió a correr por mis venas ya estaba de nuevo en el suelo, sobre sus cuatro patas, y se limitaba a estudiarme con su bizquera habitual. Al día siguiente se lo devolví a la señorita Sichliffe. Ni todas las riquezas de Asia, ni siquiera la aprobación de Ella Godfrey, me habrían persuadido de tenerlo conmigo un día más.

La casa de la señorita Sichliffe era, según descubrí, una mansión victoriana de excepcional villanía incluso para su época, rodeada por jardines de colores incompatibles, con vidrieras deslumbrantes y pintura fresca en la estructura de hierro. La mayor parte de las ventanas estaban cubiertas por persianas venecianas, pues era una mañana cegadora de otoño, y una voz cantaba al piano una canción casi olvidada de Jean Ingelow[6]:

Me pareció que los astros
parpadeantes brillaban,
y que las velas del viejo
velero se desplegaban…

El pie cayó sobre el pedal de resonancia y el lamento descontrolado se extendió sobre un lecho de tritomas consumidas en sus propias llamas.

Cuando dije que esta noche
saldré en busca de mi amor
al otro lado del mundo…

No sé nada de música, pero la voz era atrayente. Esperé hasta el final:

No estoy aquí, amor mío,

no tengo mi habitación
en el mar o en sus orillas,
pues vivo en tu corazón.

Una vida que no tenía otra cosa que hacer a las once de la mañana de un martes me parecía más bien pobre. Entonces la señorita Sichliffe salió de pronto de entre una cristalera abierta con paso desmañado y el ceño fruncido por la luz.

—¿Y bien? —dijo, pronunciando las dos sílabas como quien arroja una lanza, ayudándose de todo el peso de su cuerpo.

—Le devuelvo por fin a Harvey —respondí—. Aquí lo tiene.

Pero era a mí a quien miraba, no al perro que se había arrojado a sus pies. Parecía que fuera a sacarme el alma del pecho de un momento a otro.

—¿Qué… qué opina usted de él? ¿Qué le ha parecido? —dijo con voz entrecortada. Me quedé tan pasmado por un instante que no supe qué responder. El perro estaba subido a sus rodillas, y al inclinarse junto a él se le quebró la voz—. ¡Oh, Harvey, Harvey! ¡Viejo diablo inútil! —gritó, y el perro se encogió y achicó tan servilmente que daba pena verlo. Hice ademán de irme—. Pero, por favor, no se vaya. —Le dio un tirón al lateral del coche—. ¿No quiere algunas flores, orquídeas? Tenemos unas orquídeas espléndidas y —estrechó las manos— hay pececillos de colores japoneses, pero japoneses de verdad, con la cola partida en cuatro partes. Si no le gustan, quizá sus amigos o alguien… ¡oh, por favor!

Harvey se había recuperado y me di cuenta de que esta mujer que no conocía el decoro me estaba adulando como el perro la había adulado a ella.

—Desde luego —dije, aunque la vergüenza me impedía mirarla a los ojos—. Tengo que almorzar en Mittleham, pero…

—Hay tiempo de sobra —suplicó—. ¿Qué piensa usted de Harvey?

—Es un animal extraño —dije saliendo del coche—. No hace más que mirarme fijamente.

—Y ¿le mira todo el tiempo que está con usted?

—Siempre. Mire, ahora mismo lo está haciendo.

Nos habíamos parado. Harvey se había sentado en el suelo y nos miraba por turnos meneando la cabeza en zigzag.

—Se pasa el día haciendo eso —dije—. ¿Qué es lo que pasa, Harvey?

—Sí, ¿qué es lo que pasa, Harvey? —repitió ella.

La garganta del perro se contrajo y su cuerpo se puso rígido, estremeciéndose como si fuera a tener un ataque. Luego, con una mueca

visible de dolor, volvió a mirarnos sin pestañear.

—¿Así siempre? —murmuró ella.

—Siempre —respondí, y le conté un poco cómo había sido su vida conmigo. Asintió una o dos veces, y al final me condujo al interior de la casa.

Había puertas de pino rígido y diseño gótico; había repisas de chimenea con incrustaciones de mármol y guardafuegos de acero cortado; había espléndidos papeles pintados y un tropel de objetos, medallones y platos octogonales de la firma Wedgwood, y figurillas de madera de estilo tirolés pintadas en negro y oro que sostenían candelabros, así como toda clase de refinamientos que el arte hubiera alcanzado o la riqueza hubiera podido comprar entre 1851 y 1878. Y todo apestaba a barniz.

—¡Ahí tiene! —abrió una puerta acolchada y señaló un largo pasillo flanqueado por más puertas góticas—. Aquí es donde solíamos… enmendarlos. Ya sabe. La señora Godfrey le habló de nosotros en el jardín el día que recogí a Harvey. Yo —contuvo el aliento—, yo vivo sola en esta casa y tengo una renta muy generosa. Ven, Harvey.

Harvey se había aventurado en el pasillo de puntillas, tan rígido como siempre, y se había sentado delante de una de las puertas cerradas.

—Mire —dijo, y se plantó con firmeza delante de mí—, se lo digo porque… bueno, usted también ha enmendado a Harvey. Pero quiero que recuerde que mi nombre es Moira. Mi madre me llama Marjorie porque es más refinado; pero mi nombre verdadero es Moira y tengo treinta y cuatro años.

—Muy bien —dije—. Lo recordaré.

—Gracias. —Y luego, con un súbito descenso a la humildad de un niño avergonzado—: Le ruego que me disculpe si he dicho algo inapropiado. Ya ve… aquí tiene a Harvey, mirándonos de nuevo. Se me olvidaba… Si necesita orquídeas o peces de colores… o cualquier cosa que le sea útil, solo tiene que pedírmelo. Según el testamento, soy totalmente independiente, y somos una familia longeva, por desgracia. —Me miró, y su rostro temblaba como el cristal detrás de un lengua de fuego—. Puedo vivir perfectamente otros cincuenta años.

—Muchas gracias, señorita Sichliffe —respondí—. Si necesito algo, puede estar segura de que recurriré a usted. —Ella asintió—. Ahora tengo que irme a Mittleham —dije.

—El señor Attley le preguntará sobre este asunto. —Se echó a reír por primera vez—. Me temo que casi lo eché del condado del susto. No me di

cuenta, por supuesto. Pero diría que a estas alturas sabe de sobra que no tenía razón. Despídase de Harvey.

—Adiós, viejo —le dije—. Despídeme con la mirada, para reconocernos cuando volvamos a vernos.

El perro levantó los ojos, luego se me acercó lentamente y se detuvo con la cabeza gacha, temblando de los pies a la cabeza mientras le acariciaba; cuando me di la vuelta para irme, vi que volvía arrastrándose a los pies de su dueña.

Nada de todo esto me había preparado para el almuerzo desenfrenado y jovial que se celebraba en Mittleham, que, como de costumbre, parecía propiedad de todo el mundo menos de su dueño.

—Y ¿qué dijo la dromedaria cuando le devolviste a su noble bruto? —preguntó Attley.

—Los cumplidos habituales —respondí—. Ya sabes que desde hace un tiempo me hago pasar por un tipo simpático, amigo de los perros.

—No te envidio. Gracias a Dios, ya no volvió a arrojar su sombra en el umbral de casa desde que dejé a Harvey contigo. Supongo que ahora irá por el condado jurando que lo curaste. Así es como entienden las mujeres la gratitud. —Attley parecía bastante dolido, y la señora Godfrey se echó a reír.

—Eso demuestra que no te equivocabas con la señorita Sichliffe, Ella —dije—. No había puesto los ojos en nadie en particular.

—Siempre acierto en estos casos. Pero ¿no te ofreció al menos un pez de colores?

—Nada en absoluto —dije—. Ya sabes cómo son las solteronas cuando se trata de sus queridos perros.

Y, aunque durante años he tratado en vano de mentir a Ella Godfrey, me parece que en esta ocasión lo conseguí.

Cuando esa noche aparecí por el camino particular de casa, Leggatt observó a media voz:

—Me alegra saber que Svengali[7] está donde le corresponde. Ya era hora de que nuestro muchacho tuviera una oportunidad.

Y, en efecto, ahí estaba de nuevo Malachi en cuerpo y alma, pero también con ese extraño aire expectante que había heredado de Harvey.

Fue en el mes de enero cuando Attley me escribió para decirme que la señora Godfrey, que pasaba el invierno en Madeira con Milly, su hija soltera, había contraído algo parecido al tifus; que el hotel, deseoso de preservar su

reputación, las había desterrado a unas cabañas vecinas; que salía en su rescate con una enfermera y que yo debía quedarme en Inglaterra hasta nuevo aviso. Una semana después mandó un telegrama diciendo que Milly también había enfermado y que debía presentarme con dos enfermeras más y los obsequios pertinentes.

En menos de diecisiete horas logré subir a las enfermeras a bordo del barco de vapor que hacía el trayecto a Ciudad del Cabo, donde no tardaron en caer fulminadas por el mareo. Las semanas siguientes fueron para mí, como para las enfermas, un delirio sombrío atravesado por recuerdos fantásticos de oficiales portugueses que intentaban imponer un arancel a mi provisión de gelatina de pezuña de ternera; médicos volubles que insistían en que el tifus de verdad no había llegado a la isla; enfermeras a las que había que sacar de paseo, entretener y devolver a su puesto con cada nuevo cambio de turno; excursiones nocturnas por calles vidriosas y empedradas que olían a flores y aguas residuales, entre muros de los que Attley y yo conocíamos cada piedra y cada mancha; noches de vigilia en galerías de estuco observando la curva y el descenso de grandes estrellas o interpretando los augurios del amanecer; interludios enloquecidos jugando en el casino local, donde ganamos una fortuna nada reconfortante; las bocinas de los barcos de vapor al atracar o zarpar de los fondeaderos; la ayuda ofrecida por completos desconocidos a los que se tomaba del brazo o se apartaba del camino; la larga pesadilla que supuso recuperar un mediodía la cordura bajo un emparrado de viñas, donde Attley estaba sentado con una enfermera entre los brazos mientras las demás ensayaban un baile espasmódico, vivaz y silencioso que no habían aprendido, ciertamente, en el hospital de Middlesex. Al cabo, mientras la tensión crecía en forma de dolores y hormigueos que achacábamos a los efectos del vino local, surgió una visión de la señora Godfrey —su cabello gris convertido en cristal hilado— con ojos que se alzaban triunfantes sobre la sombra de la muerte en retirada, y a su lado Milly, que había crecido inmensamente y aferraba la vida contra su joven pecho, las dos tumbadas en sillas de mimbre y reclamando a voces algo de comer.

En esta hora risueña ingresó en nuestra vida un hombre de mediada edad pero con aire juvenil que atendía al nombre de Shend, de rostro impreciso y ojos despectivos. Decía haber jugado conmigo en el casino, lo que no era ninguna carta de recomendación, y recuerdo que en dos ocasiones me dio una cesta con champán y coñac para las enfermas, que un marinero con una gorra rematada por una borla roja llevó a mi cabaña a las tres de la madrugada. Resultó ser el hijo de un príncipe mercader de la industria química y el dueño

de un yate de vapor de cuatrocientas toneladas al que, gracias a su amable insistencia, acabamos trasladando nuestro campamento, personal y equipaje, con Milly llorando de alegría por haber escapado de la horrible cabaña. Allí pasamos semanas fondeados junto a Funchal, mientras Shend hacía verdaderos milagros mediante intermediarios —que no dejaban de cuidarnos y procurar nuestra comodidad— y se esforzaba en no molestar a sus huéspedes con preguntas sobre su estado. De hecho, a veces pasábamos días sin verle. Según decía, estaba aquejado de malaria. Acostumbrados a dar con las dos manos, sabía que Attley y la señora Godfrey podían recibir noblemente; pero no he conocido nunca a nadie que diera y aceptara el agradecimiento de los demás con tanta nobleza como Shend.

—Díganos por qué se ha mostrado usted tan increíblemente atento con esta banda de gitanos —le preguntó un día la señora Godfrey en cubierta.

Él levantó los ojos de un diagrama con el que pretendía explicarme la localización de unos bajíos en la boca del Támesis y respondió con su dulce sonrisa:

—Lo haré. Es porque me hace feliz, más que feliz, estar con ustedes. Me siento cómodo. Ya saben qué egoístas pueden ser los hombres. Si un hombre se siente cómodo estando con cierta gente, los matará de aburrimiento como un perro. Con ustedes tengo siempre la sensación de que van a pasarme cosas agradables.

—¿No ha tenido esa sensación antes? —preguntó Milly.

—Esto es lo más agradable que me ha pasado desde hace años —respondió—. Me siento como aquel personaje de la Biblia: «Bueno es estarnos aquí»[8]. No es algo que me pase habitualmente. —Y luego, como quien mendiga un favor—: ¿Me dejarán volver a casa con ustedes? ¿Es decir, en el mismo barco? Yo les llevaría en este yate y así no tendrían que hacer las maletas otra vez, pero me temo que mi barcaza es demasiado ligera para navegar por el golfo de Vizcaya en primavera.

Reservamos nuestros camarotes, y cuando llegó el día nos condujo al barco correo de Southampton con una pompa digna de unos plenipotenciarios y la precisión de la marina militar. Luego despidió a su yate y se convirtió en un pasajero discreto en el camarote que yo tenía delante, del lado de babor.

Nos topamos enseguida con el clima típico de las islas durante las primeras semanas de primavera, seguido por fuertes vientos del suroeste. La señora Godfrey, Milly y las enfermeras desaparecieron. Attley aguantó un poco más, pero se fue poniendo amarillo y siguió el mismo camino después de la comida, así que Shend y yo tuvimos la mesita toda para nosotros. Me

pareció un hombre aún más encantador en ausencia de mujeres. Me fascinaban su dulzura natural, su voz y su porte, y su familiaridad con las cuestiones prácticas de la navegación (tenía un título de capitán provisional) era una fuente constante de alegría. Pasamos muchas horas en el salón vacío y más aún en la sala de fumadores, y solo encarábamos las cubiertas resbaladizas para bajar a nuestros camarotes cuando no quedaba remedio.

Fue la noche del viernes, a punto ya de irme a la cama, cuando entró en mi camarote después de lavarse los dientes, cosa que hacía media docena de veces al día.

—¿Le importa si me quedo aquí con usted un rato? —preguntó con precipitación—. Estoy algo tenso. —Supongo que me mostré sorprendido—. Ya no tengo tantos problemas con el alcohol como antes… pero el whisky de la maleta me tiene inquieto. ¡Por el amor de Dios, no me deje solo esta noche! ¡Mire mis manos!

Las muñecas no dejaban de temblarle. Se sentó en un baúl que se había desplazado con el vaivén. El barco había reducido su velocidad y estábamos a merced del oleaje y de un mar turbulento que golpeaba las escotillas negras. ¡Prometía ser una noche de lo más agradable!

—Comprende lo que digo, ¿verdad? —parloteaba.

—Sí, por supuesto —dije quitándole importancia—. Pero ¿por qué no…?

—No, no, bajo ningún concepto quiero al médico. Luego se entera todo el barco. Además, no será intenso. Nunca lo habría imaginado, ¿verdad? El truco está en el enjuague bucal. Le daré la receta.

—Enviaré una nota al médico con la receta, ¿le parece? —sugerí.

—¡Claro! Me pongo sin reserva en sus manos. Ya me puse desde el principio. Fue verle y decirme… no le aburro, ¿verdad?… «Tú eres aquel hombre»[9] —repitió la frase mientras se rascaba las rodillas—. De todos modos, créame cuando le digo que todo ese asunto de la cordera pinta muy mal. Me da igual que el pastor haya sido poco de fiar. Borracho o sobrio, no es un juego.

Una sacudida del baúl lo arrojó al otro lado del camarote justo en el instante en que el sobrecargo se presentaba para atender mi llamada. Redacté la nota para el médico mientras Shend se esforzaba en ponerse en pie.

—¿Qué pasa? —exclamó—. Ah, ya sé, nos hemos parado para sondear las aguas a la altura de Ouessant. Ya era hora. Cuando vuelva será mejor que eche el cierre a los portillos, Matchem. Le librará de tener que despertarnos. El mar se va a poner más bravo cuando cambie la marea. Eso le convencerá

—me dijo al marcharse el sirviente— de que soy una persona de confianza. Usted… usted me hará callar si digo algo que no debo, ¿verdad?

—No pare de hablar —respondí— si eso le hace sentirse mejor.

—Eso es; ahí le ha dado. Usted siempre me hace sentir mejor. Puedo confiar en usted. No es un sondeo fácil, pero ya verá cómo aguanto. Acabaremos ganando… Puede que sea un pobre diablo inútil, pero no soy un matón… Se lo dije en el desayuno. Le dije: «Doctor, detesto la violencia pero, si vuelve a permitir que alguien insulte a esa muchacha como ha hecho Clements, le parto el pescuezo con mis propias manos». ¿Cree que hice bien?

—Desde luego —respondí.

—Entonces no hay más que hablar. Ese hombre era un asesino en potencia… estaba fuera de la ley, ¿comprende?, de la ley como era antes. La han cambiado desde entonces, pero a mí nunca me engañó. Y así se lo dije. Se lo dije entonces: «No sé qué precio le va a poner usted a mi cabeza, pero si vuelve a permitir que Clements la insulte, no vivirá para reclamar la indemnización».

—Y él ¿qué hizo? —pregunté siguiéndole la corriente, pues Matchem había entrado con el bromuro.

—Bah, se arrugó al instante. ¿Siguen con la plomada, Matchem?

—No tengo noticias —dijo el leal sirviente de la compañía Union Castle.

—Bien hecho. No hay que alarmar a los pasajeros. Es hora de echar el cierre, ¿no le parece?

Matchem cubrió los portillos, pues los vaivenes eran cada vez mayores. De la cubierta llegaba un ruido de fuertes pisadas y gritos como de gaviotas. Shend se me quedó mirando con expresión de marino experto.

—No es nada —me dijo para tranquilizarme.

—Para usted es fácil decirlo —dije, aprovechando la oportunidad que se me presentaba—. No tengo un título de capitán provisional. Solo soy un pasajero. Confieso que a mí me aterroriza.

Toda su actitud cambió de inmediato en respuesta a mi súplica.

—Mi querido amigo, es más simple que un arado. Necesitamos una profundidad de sesenta y cinco brazas. Todo lo que sea menos de sesenta brazas con un viento del suroeste significa que… Pero voy a mi camarote a buscar mi ejemplar de *Channel Pilot* y así le doy una idea global del asunto. Nada me hace más feliz que poder tranquilizarle en este trance.

Así que durante una hora, quizá —no probó otra gota—, con el *Channel Pilot* en la mano, me condujo alrededor de la isla de Ouessant y luego, a petición mía, en dirección norte hacia Southampton, faro a faro, ilustrando el

viaje con explicaciones y reminiscencias. Me declaré tranquilizado, al fin, y sugerí que nos retirásemos a dormir.

—Un segundo —dijo—. ¿Qué pensaría si le dijera —dejó el libro a un lado para echar un vistazo a mi bata, que oscilaba de manera incontrolada en la puerta— que llevo media hora viendo cosas? Lo cierto es que las veo por el rabillo del ojo, y ahora mismo estoy cortejando el peligro porque hay un perro ahí detrás de la esquina, diría que en dirección noreste, que me está mirando.

—¿Cómo es el perro? —pregunté.

—¡Ah, eso sí que es tranquilizador por su parte! La mayoría de las personas se pondrían a caminar por ese lado para enseñarme que no es real. Pero usted no es como ellas. Basta echarle un ojo para percibirlo… —Se puso rígido y señaló un punto en el aire—. ¡Maldita sea! El perro también lo ve todo con un… Pero ¡si le conoce! Vaya si le conoce a usted. ¿No lo reconoce usted a él?

—¿Cómo puedo saberlo si no es real? —insistí.

—Claro que puede. No me venga con esas. Lo vi desde el principio. No me falle usted o me derrumbaré como un castillo de naipes. Lo siento, viejo amigo, pero usted conoce a ese perro y lo demostraré. ¿Qué hace el perro? ¡Vamos! Usted lo sabe. —Todo su cuerpo sufrió una sacudida, y entonces me puso la mano en la rodilla y susurró con toda la intención del mundo—: Vamos a deletrearlo juntos. ¡Vamos! Empieza usted.

—B —dije, siguiéndole la corriente, quizá porque un perro puede estar brincando o babeando o birlando huesos o buscando entre la hierba o besuqueando a su dueño.

—I —añadió, y pude sentir el calor de su mano temblorosa.

—Z —dije sin pensar.

—Q.

—U —dije. Era la única letra posible, pero empecé a temblar yo también.

—E-a-n-d-o —terminó de carrerilla—. ¡Ahí tiene! Queda probado. Sabía que usted lo reconocería. No sabe cuánto me alivia. Entre nosotros, viejo… me ha visitado mucho últimamente y estoy un poco harto. Y un perro estrábico… ¡un perro que bizquea! Eso ya es demasiado, ¿no? ¿Qué? —Tragó saliva y fue a levantarse, y pensé que faltaba muy poco para que la ola del delirio lo arrastrara sin remedio.

—De ningún modo —dije como último recurso, con mi mano en el timbre de la campanilla—. Ya ve, acaba de probar que yo también lo conozco; así que los dos andamos metidos en esto.

—¡Demontre! ¡Qué buena idea! Por supuesto que lo estamos. Sabía que podía confiar en usted. Acabaremos con ellos. ¡Hola, cachorro…! Se ha ido. ¡No hay rastro de él! —Suspiró de alivio, y yo aproveché ese momento para salirme con la mía.

—¡Buena cosa! Supongo que en realidad vino para echarme un vistazo —dije—. Ahora bébase esto y acuéstese en la litera de abajo.

Obedeció, refunfuñando que no quería importunarme, y sin dejar de disculparse cayó profundamente dormido. Yo esperaba pasar la noche desvelado, pues había mucho en lo que pensar; pero tan pronto logré trepar a la litera superior el sueño me arrastró consigo como una ola venida del otro lado del mundo.

A la mañana siguiente hubo nuevas disculpas, que di por zanjadas en el curso del desayuno, antes de que nuestro grupo se reuniera.

—Supongo que después de esto… en fin, no le culpo. Aunque llevo una vida más bien solitaria. —Me miró desde el otro lado de la mesa con ojos perrunos.

—Shend —repliqué—, no llevo una catequesis. En cuanto desembarquemos, usted se viene conmigo en coche.

—Es usted muy amable… más de lo que cree.

—Eso es porque sigue usted con el susto en el cuerpo. Bien, no quiero meterme en sus asuntos…

—Pero si es lo que quiero —me interrumpió.

—Entonces ¿le importaría decirme el nombre de pila de la muchacha a la que insultó ese tal Clements?

—Moira —susurró; y justo entonces la señora Godfrey y Milly se sentaron a la mesa con sus sombreros de playa.

Desembarcamos a mediodía, pero el fiel Leggatt había conseguido colarse hasta el pie de la dársena, y sentado junto a él estaba Malachi con su collar de oro —o eso es lo que parece cuando Leggatt lo limpia—, tan elocuente como Demóstenes. Shend se acobardó un poco al verlo. Acomodamos a la señora Godfrey y a Milly en el coche de Attley —iban con él a Mittleham, por supuesto— y la carretera, que seguía el trazado de las vías del tren, nos acercó los olores y las luces de Inglaterra en primavera. Shend suspiró de felicidad.

—¿Sabe? —dijo—, si me hubiera rechazado a la hora del desayuno… habría bajado al camarote a cortarme las venas. Y ahora… esto es como un sueño… un buen sueño, ya sabe.

Los cinco almorzamos juntos en Romsey. Luego me fui a la parte delantera del jardín para hablar un poco con mi Malachi. En cierto momento

miré atrás y vi que Shend dormía profundamente, y así estuvo dos horas, mientras Leggatt perseguía al perro de Attley, un Daimler gordo, entre los setos moteados de verde. Se despertó cuando nos despedíamos en Mittleham, con la promesa de volver a vernos muy pronto.

—Y espero —dijo la señora Godfrey— que la vida le depare muchos momentos de felicidad.

—Muchos, un buen montón, y todos a la vez —chilló Milly, débil y larguirucha, agitando su pañuelo mojado.

—Solo me falta pasarme por una finca que hay aquí cerca para preguntar por un perro —dije—. Es solo un minuto y luego vamos a casa.

—En una época conocí bastante bien esta región —respondió Shend, y ya no volvió a abrir la boca hasta que Leggatt pasó a toda marcha por la caseta de entrada de los Sichliffe. Entonces oí que contenía la respiración.

La señorita Sichliffe llevaba un impermeable verde, un jersey naranja y un sombrero de cuero rosáceo y estaba arrodillada junto a un lecho de bulbos. Se puso en pie mientras el coche se detenía y respiró con fuerza. Shend salió del coche y se dirigió hacia ella. Se cogieron de la mano, se dieron la vuelta y echaron a andar hacia la casa. Entonces Harvey el perro salió brincando, vivaracho, de debajo de un banco. Malachi, feliz, se abalanzó sobre él como un enemigo y a la vez como un igual. Harvey, por su parte, liberado de cualquier carga que no fuera el deber obvio de defender su territorio, se encaró con Malachi sin reservas ni remordimientos, y con seis meses de desarrollo adicional en su favor.

—¡No los separe! —gritó Leggatt, bailando junto al tumulto—. Los dos se han estado reservando para la ocasión. Les vendrá muy bien.

—Leggatt —dije—, coja por favor la bolsa y la maleta del señor Shend y déjelas en el vestíbulo, justo al lado de la puerta. Es hora de volver a casa.

Así que disfruté yo solo del final de la pelea. Quedó en tablas, y se lamieron amistosamente las patas hasta que Harvey, con ojo implorante, se subió al asiento delantero; Malachi respaldó su ruego. Era un robo, pero me lo llevé, y nos pasamos el camino de vuelta hablando de ratas y conejos y huesos y baños y otras realidades básicas de la vida. Esa noche, después de cenar, se durmieron delante del fuego con el mentón caliente apoyado en los hoyuelos de mis tobillos —a cada mentón un tobillo— hasta que los eché de un puntapié y subieron conmigo al dormitorio.

Yo no estaba en Mittleham cuando la señorita Sichliffe pasó a anunciar su compromiso, pero me enteré cuando la señora Godfrey y Attley vinieron a

verme después de conducir a sesenta y cinco kilómetros por hora y la señora Godfrey me llamó de todo por haber manejado información reservada.

—Mientras no se tratara de mí, a mí me da lo mismo —dijo Attley.

—Estoy segura de que lo sabías desde el principio —repitió la señora Godfrey—. Si no, ¿por qué arrojaste literalmente a ese hombre en sus brazos?

—Para ver cómo estaba Harvey —respondí.

—Entonces ¿qué hace el animal aquí? —preguntó Attley, pues Malachi y Harvey el perro estaban inmersos en un concilio familiar con Bettina, que llevaba todas las de perder.

—Oh, Harvey parecía sentirse de más donde estaba —dije—. Y la señorita Sichliffe no ha venido a reclamarlo. Harías bien en rescatar a Bettina antes de que acaben con ella.

—Ya he oído demasiadas mentiras de ese perro —me dijo la señora Godfrey—. Si no nació entre mentiras, desde luego fue bautizado en ellas. ¿Sabes por qué lo llamó Harvey? Lo pensé uno de esos días espantosos que estuve enferma, cuando no puedes evitar pensar y todo te pasa por la cabeza. ¿Recuerdas la cita de Boswell? ¿Qué dijo el doctor Johnson de Hervey… con «e»[10]?

—Ah, así que es *eso*, ¿verdad? —solté con imprudencia—. Por eso me dijo que debía comprobar mis citas. Fue la ortografía lo que me confundió. Espera un momento, que ya me acuerdo. Johnson dijo: «Era un hombre disoluto» —empecé.

—«Pero muy amable conmigo» —siguió la señora Godfrey. Y entonces, los dos a la vez—: «Si llamas a un perro Hervey, lo querré».

—¿Así que andabas metido en esta historia? En todo caso, tuviste que sospechar desde el principio. Cuéntame —dijo.

—Ella —dije—. No encuentro ninguna explicación sensata o racional a este asunto. Todo fue… un ardid de mujer, y me asustó terriblemente.

—¿Por qué? —preguntó.

Todo esto sucedió hace seis años. He escrito este relato para contarle a ella lo que pasó… dondequiera que esté.

DINA EN EL CIELO

No sabía que estaba muerta
pero, cuando el dolor hubo pasado,
quedó esperando el paso de su dueño
sobre el suelo dorado

con orejas atentas y ojos
ansiosos, impaciente y resignada;
ignoraba que allá en el Paraíso
no tenían entrada

los de su especie. Altas gentes
con halos, arpas y alas la riñeron
o le hablaron de asuntos celestiales;
moverla no pudieron.

Estaba a un paso en la Escalera
que subía a la puerta de los Cielos…
Y mientras no le oyera, era su misión
esperar sin recelos.

Hablaba con la oreja gacha
enseñando los labios y algún diente,
y ¡la espada de Uriel contradecía,
pues la tenía enfrente!

De pronto, en un puente allá abajo
que un grupo de fantasmas traspasaba,
reconoció aquel paso entre los huéspedes
y supo que allí estaba.

Quedaron sin saber qué hacer,
mas ella no dudó. Más velozmente
que sus propios chillidos fue volando

que sus propios chillidos fue volando
sobre el mar transparente.

Sonrojando a los querubines
y patinando a la vez que corría
se refugió en el trono de san Pedro
esperando a su guía.

De entre la multitud entonces
un espíritu habló: «¿Ver si está puedo
quien salvara a un idiota de beber
y a un cobarde del miedo?

»¿Quien alumbrara a un alma oscura
cuando todo socorro era en vano?
¿Quien un canalla convirtiera en hombre
tomándole la mano?».

«Entra y mira —dijo san Pedro
y las puertas abrió de par en par—.
Si algo sé de mujeres y de hombres,
aquí está tu lugar.»

«No tiene labia ni virtudes
ni de obtener la gracia la esperanza;
mas sí la candidez de un corazón
que el pecado no alcanza.

»No destaca por su hermosura,
no la mueve la fe ni la armonía.
Es traviesa más bien y algo ladrona
y sobre todo es mía.»

«Entra y busca —dijo san Pedro—,
no dejes sin mirar ni un escondrijo,
pues si algo sé de hombres y mujeres,
es arduo tu acertijo.»

¡Salió del trono entonces Dina
y a sus brazos voló sin más retraso
y su rostro lamió de arriba abajo

y Pedro les dio paso!

LA MUJER DE SU VIDA

¡De las hijas oscuras la más bella
era Dina Doe!

Melodía negra

John Marden había destacado desde niño por su talento para improvisar o mejorar pequeños artilugios que ahorraban trabajo en casa y en las instalaciones de su padre. Así que cuando estalló la Gran Guerra, poco después de haber entrado como aprendiz en una empresa de herramientas en las Midlands, escogió el cuerpo de ingenieros, y al cabo del tiempo se vio destinado a un lugar llamado Messines, donde pasó muchos meses trabajando bajo tierra entre máquinas interesantes. Allí conoció a un tipo de Londres —un *cockney*— llamado Burnea, que era capaz de diagnosticar fallos en la maquinaria con el tacto… y con los ojos cerrados. Entre ellos y algunos compañeros más los Altos de Messines prosperaron.

Al terminar la guerra, los dos hombres unieron fuerzas con un capital de cuatro mil libras, una docena de jóvenes veteranos de Messines, el alquiler de algunas casetas en un barrio de Londres y una colección de tornos y estampadoras de segunda mano. Hicieron saber que estaban listos para hacer cualquier cosa para cualquiera.

El encargado de una mina en Sudáfrica preguntó por una variedad desmontable de trépano que no podía adquirir en el mercado libre por menos de cuatro chelines y siete peniques en total. Marden estudió los dibujos y redujo a la mitad las partes móviles; Burnea consiguió que una máquina asombrada llevara a cabo extrañas tareas, y para cuando terminó de juntar los pedazos se vieron entregando el producto final por un chelín y diez peniques. Una mina recién abierta en una cima de los Andes donde las llamas eran —de momento— más baratas que los camiones necesitaba lengüetas y pinzas metálicas para las albardas (se adjuntaba croquis). El primer modelo salió de

fábrica al mes. Quince días más tarde sirvieron el primer pedido con mejoras. Al cabo del primer año, una empresa de dragados del Orinoco que veía con inquietud cómo algunas gabarras no trataban el lodo aurífero como deberían, así como una compañía ilegal de una playa de Nueva Guinea donde los nativos trataban las cápsulas detonadoras con desdén, empezaron a recomendar a sus amigos los servicios de Burnea y Marden, pues eran capaces de comprender lo que uno quería con solo ver un esquema.

De modo que la empresa floreció. Los jóvenes veteranos trabajaban por turnos diez horas al día; la versátil pero desgastada maquinaria fue reemplazada por ingenios más robustos; y al cabo de tres años sus beneficios alcanzaron las cinco cifras. Entonces Burnea, que era quien sabía de números y finanzas, murió por complicaciones pulmonares, debidas al gas venenoso, y legó a Marden su participación en la empresa más un depósito a plazo fijo de treinta y seis mil libras en un banco, porque conocía al director de una de las sucursales de su época en las trincheras. Las instalaciones no tardaron en ampliarse y Marden empezó a trabajar catorce horas al día en vez de doce; y para ahorrar tiempo siguió la costumbre de Burnea de ingresar el dinero que no necesitaba en el mismo banco con la misma tasa de interés, más bien modesta. Sin embargo, para guardar las apariencias contrató a un asesor financiero, al que casi le dio un síncope cuando John le explicó el modelo inversor de la empresa; el asesor recomendó algunos cambios que Marden, demasiado metido en sus tareas, no se molestó en llevar a la práctica. Seis meses más tarde recibió tres grandes encargos que superaban con mucho todos sus sueños de avaricia. Llegado este punto, decidió dormir las pocas horas de sueño que lograba arrancar al trabajo en un catre en la vieja oficina de Burnea. Y llegado este punto, Jerry Floyd, sargento veterano de la unidad de zapadores en Messines que ganaba dieciocho libras a la semana con primas irregulares, llamó con fuerza a la puerta.

—¿Qué te pasa con tu trabajo, Jerry? —preguntó John.

—Que no es un trabajo… eso es lo que pasa. Las máquinas lo hacen todo por mí menos ponerse en huelga. Soy yo el que debo ponerme en huelga —dijo Jerry con tono de reproche.

—El trabajo es fácil. Aguanta —le aconsejó John.

—¿Aguantar para qué? ¿Para girar dos manivelas y levantar tres palancas? Búscate una muchacha que te lo haga. ¡Trabajo de repetición! ¡Estoy harto!

—Tómate un permiso de diez días, viejo idiota —dijo John; y eso fue lo que hizo Jerry, al que detuvieron por superar el límite de velocidad al cruzarse

con un grupo de gitanos furiosos en la feria de caballos de Brough.

John Marden se acostó en el catre de la oficina como de costumbre y —sin aviso— padeció una noche tan memorable que buscó el médico más cercano en el listín y fue a verlo. Como tenía dificultades para expresarse en todo lo que no tocara a su labor, explicó que era como si tuviera morriña… Se sentía marchito, hastiado… Era posible, explicó, que hubiera trabajado de más; pero no dijo una palabra del horror, la negrura, la falta de sentido de las cosas, el derrumbe final, la recuperación y el regreso del círculo infernal de aquella noche; ni de cómo acababa de despertar cierto miedo secreto que había conseguido mantener a raya desde la desmovilización.

—¿No puede tomarse un descanso? —preguntó el médico, a quien en realidad lo que le interesaban eran los cálculos renales.

—Nunca lo he probado.

—Entonces ¿no tiene ningún hobby… amigos?

—Aparte del trabajo, no.

—¿No hay nada… más importante en su vida?

La cara de John era respuesta suficiente.

—¡No, no! Pero ¿qué voy a hacer? ¿Qué haré? —preguntó con nerviosismo—. Nunca he estado así en mi vida…

—Le daré un sedante, pero debe darse usted un respiro y distraerse un poco. Sí, eso es. Distraer la cabeza.

John volvió a la planta y se esforzó por darle a su asesor un resumen del veredicto. El hombre se mostró más o menos compasivo, pero lo que quería que John entendiera (parecía hallarse al otro lado del mundo mientras hablaba) era que, por culpa de su ignorancia en cuestiones financieras, la empresa en su conjunto aparecía como propiedad personal suya. De modo que, si John moría, el impuesto de sucesión supondría un gravamen del treinta o cuarenta por ciento y el futuro de la empresa quedaría comprometido. No había que perder un minuto y convertir la compañía en un conjunto de sociedades. Había preparado un borrador del plan. Solo tenía que dedicarle un par de días de estudio. John miró los papeles, escuchó las explicaciones, observó el calendario en la pared y se oyó hablar a sí mismo como desde el fondo de un cráter oscuro y frío:

—No tiene importancia… medio millón o tres cuartos o… o… o nada. ¡Discúlpeme! Me vienen recuerdos de Messines y ahora mismo no sirvo para nada, ya ve usted.

Luego volvió a su lujoso piso, que el mismo asesor le había conseguido un año antes, y se dispuso a no hacer nada durante un mes más que pensar en

la noche que había pasado en la antigua oficina de Burnea y esperar —y padecer— otras semejantes. Fueron algunos colegas a visitarle por turnos; le dedicaban una sonrisa forzada, le decían que levantara el ánimo y volvían a sus asuntos. Le atendía su antiguo ayudante, el cabo Vincent Shingle, malversador sistemático, borracho intermitente y mentiroso indiscutible. En dos ocasiones —una bajo tierra, donde había entrado con un termo de café caliente y un tramo de la galería se le había venido encima; y la otra en Bailleul, cuando dejaron salir a los locos del manicomio local y un maníaco homicida se puso a perseguirlo con un fémur— Marden le había salvado la vida a Shingle. En dos ocasiones —una, al sacarlo del borde en ruinas de un cráter; y la otra, al sujetarlo literalmente por los pantalones cuando una ráfaga de gas lo hizo caer sobre la boca de un pozo— Shingle le había salvado la vida a Marden. De ahí que fuera con el resto de los veteranos de Messines a trabajar a la planta, de donde Jerry lo sacó a patadas al cabo del primer mes. Hecho lo cual, entró al servicio personal de John Marden, dedicándose al estudio de su correspondencia privada y otras posesiones más íntimas. Como le explicó a Probert, el portero del inmueble, la noche después de la visita al médico:

—La forma de salir adelante en la vida es procurar que tu jefe viva tranquilo. Él no lo sabe, pero yo llevo las cosas de casa mientras él gana dinero para mí en su oficina. Sí, ya sé que él no se lo gasta en mí. *Eso* lo tengo que hacer yo. Pero no me quejo del esfuerzo.

—Entonces ¿para qué ha ido a ver al médico? —preguntó Probert, que era un hombre amoral.

—Tiene lo que tenía Jerry Floyd. Está harto del trabajo repetitivo y de ganar dinero. Lo estaba viendo venir. Es lo mismo que solíamos tener en la guerra… pero al revés. Es inconfundible.

—¿Qué va a pasar entonces?

—¡Sabe Dios! Aquí estoy por si acaso. El médico le ha dicho que lo deje todo cuatro semanas… y de una vez. Si paras la maquinaria sin frenarla poco a poco, se levanta del suelo. Lo he visto con los surtidores y las bombas de aire.

Pero la maquinaria que se apaga o se detiene de repente no tiene recursos propios. El mecanismo humano, cuando está bajo tensión, halla consuelo en una copa o dos. John Marden se aburría tanto dando vueltas en coche sin propósito como haciendo ruido en un avión bajo las nubes; los teatros le hacían pensar con impotencia en nuevos artilugios para mejorar la puesta en escena o extraer los gemelos de su estuche; en las partidas de cartas y de golf

terminaba contando el valor total de su mano o los pasos que debía dar entre golpe y golpe; mientras que la bebida reblandecía el contorno de las cosas, si no de inmediato, sí después de una fase de trabajo repetitivo.

El efecto fue que un gran Miedo surgió entre los gélidos escaparates de las calles espeluznadas de Londres y mandó a John de vuelta a su piso. Pensó que debía ser un resfriado y se preparó para luchar contra él con tanta determinación que un anuncio, que había visto con el rabillo del ojo, se le apareció luego en forma de enorme buey rojiblanco bailando en una taza de té. Fue seguido días más tarde por un perrito incrustado en el rodapié de su cuarto: un monstruo oscuro y gordo con una lengüecilla rosada agazapado en la misma postura que un pequeño animal que había visto a menudo en la popular tienda de animales del señor Wilham en el West End, donde los perros vivían en cubículos con el suelo cubierto de virutas llamando la atención de los paseantes. Empezó como una mancha gradual que fue volviéndose más nítida conforme transcurrían los días. Era mejor que el cabestro en la taza de té, hasta que una mañana John Marden cobró conciencia de que, si Eso gateaba hasta el centro de su habitación, el Universo se desplomaría íntegramente sobre él. Mientras rompía a sudar, se secaba y volvía a sudar, se preguntó qué pasaría entonces y cómo se juzgaba a los suicidas. Después de un par de copas, decidió recurrir con una mezcla de astucia y de diplomacia a su asistente —como si no hubiera más expertos en el mundo—, a quien le contó la historia de un amigo que «veía cosas». El resultado fue tabulado esa tarde en el sótano, donde Shingle y Probert mataban el tiempo bebiendo su whisky.

—Bueno… ahora estamos llegando al objetivo A —dijo Shingle—. Ya me di cuenta la semana pasada de que estaba viendo cosas, porque se pasaba el día espiando la habitación con el rabillo del ojo. Por supuesto, dice que es algo que le ocurre a un amigo.

—Muy razonable —dijo Probert—. Todos tenemos un amigo así.

—Vamos con los datos —prosiguió Shingle—. Dos botellas es su ración semanal. Y sabemos que no toma cócteles. Así que la cosa se reduce a cuatro copas diarias. Con esa dosis no debería pasarte nada, no es lo normal.

—¿No habrá *también* alguna mujer? —sugirió Probert.

—¡No, por Dios! Mujeres no hay, eso lo sé. No. Es el perro de la depresión. Que por sí solo no tiene importancia. Pero si sale de la pared y entra en la casa, su pobre amigo va a saltar por los aires. Ese es el objetivo B.

—Ya… —dijo Probert—. Yo también lo conozco. ¿Qué pretendes?

—Lo que te estoy preguntando es si se pueden tener perros de verdad en los pisos. ¿Está permitido? —dijo Shingle.

Probert despachó el asunto con altivez.

—¡Eso queda entre nosotros! —dijo—. No pierdas una hora de sueño con ese asunto. Acabo de autorizar dos camadas de gatos esta primavera. ¿Qué plan tienes?

—Curar con un perro la mordedura de otro perro —respondió Shingle—. Quiero decir, la mordedura de su pobre amigo.

—¿Recuerdas si tiene algún arma? —dijo Probert—. *Ya sabes*.

—Solo su pistola, y ya veremos cómo hacernos con ella. Luego no te retractes de lo que dijiste de tener perros en el edificio.

Shingle salió a la calle con un atuendo sacado del vestuario de su amo y la papeleta de empeño de su revólver en el bolsillo.

El estado de John era menos apacible. Caminaba hasta el agotamiento y hasta que su entendimiento dejó de encogerse ante la mirada escrutadora de la gente que percibía su locura. Si caminaba dos horas y media sin interrupción por el parque, podía anestesiar sus pensamientos contando cada paso de tal modo que los números avanzaban por su cuenta incluso después de terminar el paseo. A las siete de la tarde volvió al piso y no despegó la vista de los pies mientras los números seguían bullendo en su cabeza, de once mil en adelante. Cuando alzó los ojos, la Cosa negra seguía incrustada en el rodapié. El tónico que el médico le había recetado estaba en una mesa. Sacó el corcho con los dientes y dio un buen trago hasta la primera marca. Le pareció oír unos ruiditos sordos. Se volvió y vio que la Cosa de la pared caminaba hacia él.

Entonces hubo dos John Marden: uno disuelto por el terror; el otro más remoto, casi distante, pero tan capaz como en el turno de trabajo subterráneo de Messines de tomar las riendas de la situación.

—Ha salido de la pared y está aquí —rugió el primero—. ¡Te estás volviendo loco seguro! Toma la pistola… ¡antes de montar un espectáculo!

—¡Llámalo, estúpido! ¡Llámalo! —ordenó el otro.

—Ven aquí, perrito, ven… Buen perro, así, ven… —susurró John.

Lentamente, con las orejas pegadas a la cabeza, la mancha oscura fue gateando por el parqué hasta la alfombra.

—¡Buuen perrito! ¡Ven conmigo, ven! —John tenía el puño cerrado y le pareció notar una ráfaga de fuego infernal capaz de arrojarlo por la ventana, pero el segundo John intervino para decir:

—¡Bien! ¡Todo bien! Un hocico frío es la señal de que es un perro sano. ¡Todo bien! ¡Está vivo!

—¡No, ha cobrado vida! —gritó el primero—. Y va a crecer como el buey en la taza de te. ¡Vamos, la pistola!

—No… no… ¡está vivo! ¡Muy vivo! —interrumpió el otro—. Te está lamiendo la mano y, aj, se ha hecho caca en la esquina, en el parqué con el suelo de roble pulido encima de la base de cemento y arcos de ladrillo. ¡Vamos, la pala… la pistola no! ¡Coge la pala, idiota!

Entonces John Marden repitió en voz alta:

—Sí, se ha hecho caca. Voy a coger la pala… la pala, sí… la pala de acero con el mango niquelado. ¡Ay, pequeña bestia peluda!

Rebuscó entre las herramientas e hizo lo que tenía que hacer. La cosita, casi tan plana como un sello de correos, fue gateando hacia él. Pedía perdón con un gemido. De hecho, la habían educado bien, pero las circunstancias la habían abrumado y quería disculparse… poniéndose boca arriba. John la acarició con la punta de los pies. Al ver que sus disculpas eran aceptadas, la cosita primero lamió y luego le mordió el zapato con alborozo.

—Es un perro, sin duda —dijo John. Con la voz medio rota alzó la voz—: ¡Aquí *hay* un perro! Quiero decir, tengo un perro aquí.

Mientras recuperaba la presencia de ánimo y se volvía hacia el timbre de la campanilla, Shingle entró desde el dormitorio, donde había estado plegando y ordenando el vestuario de noche, comentando algo de unas camisas mal lavadas que lo tenían preocupado.

—Pero hay un perro… —dijo John.

¡Ah, sí! Ahora que John lo mencionaba, habían traído un cachorro a eso de las cinco y cuarto de la tarde; enviado personalmente desde su tienda de perros por el señor Wilham, quien, habiendo observado el interés que el capitán Marden había mostrado por sus escaparates, se había tomado la libertad de enviarle para su aprobación —precio: quince guineas— a Dina, una pequeña terrier escocesa de cinco meses y medio negra como el azabache; con la carta del señor Wilham (en el mantel, donde el señor Wilham la había dejado al ver que el capitán Marden no estaba en casa) iba el pedigrí que confirmaba tales extremos. Shingle no tuvo prisa en explicarlo todo con claridad, hablando en un tono que ninguno de sus conocidos había oído jamás. Se interrumpía a menudo para hablar de las camisas mal lavadas, lo que a John, por algún motivo, le resultaba reconfortante. El cachorro dejó de arrastrarse.

—Wilham tenía razón sobre su linaje. ¡No tiene ni un pelo blanco! Y ¡mire los fruncidos que tiene en el pecho! —dijo Shingle con voluptuosidad.

Dina estaba sentada entre ellos con las orejas en posición de alerta, como un murciélago con las patas combadas.

—Pero no podemos tener perros en este edificio. Está prohibido, ¿no? —preguntó John.

—Ya lo arreglaré yo con el conserje. Probert nos vendrá bien para sacarla de paseo —meditó Shingle.

—Pero no entiendo nada de perros.

—Ya se cuidará ella solita. Es una hembra. ¿Lo ve, señor? Así que todo irá bien.

Shingle volvió con la ropa de noche.

John y Dina se quedaron mirándose mutuamente ante la chimenea encendida. Los pies de John al sentarse se cruzaron a la altura de los tobillos. Dina avanzó hacia la horquilla que allí se abría, metió el hocico en forma de proa hasta la garganta, dejó caer la barbilla buscando el ángulo idóneo, recogió sus patas traseras, soltó un gruñido y cayó dormida, cálida y viva. Cuando John se movía ella se lo reprochaba, y cuando Shingle entró diez minutos más tarde lo halló así inmovilizado.

—¡Chis! —dijo John.

Pero Dina estaba despierta y lo hizo notar.

—¡Ah! ¿Conque esas tenemos? —sonrió Shingle—. Veo que ya sabe quién es quién.

—¿Qué quieres decir? —preguntó John.

—Sabe cuál es mi sitio. Es suya. Y yo debo cuidarla. Y ya está. No es como si fuera una principiante.

—Sí, pero ¿qué debo hacer yo?

—Bueno, para empezar, tenga cuidado de no mezclarla con otros perros. Por su edad podría coger el moquillo. Tendrá que aprender a manejar la correa. Y luego está el asunto de su cesta y otros artículos de necesidad.

John Marden no prestaba atención porque en la esquina, cerca del rodapié, seguía Ese Otro que le había hecho compañía últimamente.

—Tiene pinta de ser una buena cazarratones —tartamudeó.

—Lo había olvidado. Ven aquí, señorita —dijo Shingle sin apartar la mirada de la línea de visión de John—. ¿Sabes lo que quiero decir si digo ratas?

Dina se levantó de inmediato y dio a entender que sí… de sobra.

—Eso es, entonces… ¡Ratas! ¡*Rrratas,* cariño! *¡Rrrastréalas!*

Ella a su vez siguió la pista que Shingle señalaba con la mano, se dirigió a la esquina indicada y dijo lo que habría dicho de haberse encontrado con

algún enemigo. Cuando volvió trotando, Ese Otro volvió a cobrar forma detrás de ella, pero John se sintió aliviado.

—¡Ahora toca la cena, señor! —dijo Shingle—. Es su primera noche en casa. No estaría bien decepcionarla, ¿verdad?

—Dale algo de comer, entonces —dijo John—. Voy a vestirme.

Cuando Shingle se fue él se puso en pie y, seguido con interés por Dina, se limitó a moverse, no por primera vez, por el borde de la habitación. Luego fue a vestirse. Dina se arrimó a la bañera y lo miró con siglos de sabiduría en su pequeña máscara solemne, hasta que los faldones ondeantes de la camisa de John rompieron el hechizo. Dio un brinco para hacerse con ellos y terminó dándose contra las pantorrillas. John la apartó de un puntapié. Ella fue a refugiarse bajo la porcelana y dijo lo que pensaba de él. Él se sentó y echó a reír. Ella rezongó hasta que él le lanzó un broche, y los dos se lo disputaron alrededor de la alfombrilla de corcho, y él consiguió rescatarlo por poco entre los dientes de ella. Los dos se sentaron a dar cuenta de su carne algo acalorados y despeinados. Ese Otro los observaba, pero sin insistir, aunque Dina se metió en su terreno un par de veces.

—He improvisado una correa provisional con Probert. Le daré el último paseo del día —anunció Shingle después de recoger los platos.

—No, no hace falta —dijo John—. Yo me encargaré.

El resultado fue una sesión extenuante en el Mall cuando Dina, para quien la noche y Londres eran una novedad, enredó a John en su correa dos veces y a un desconocido una tercera, y a punto estuvo de estrangularse cuando John la arrancó justo a tiempo de las ruedas de un coche. Esto la entristeció tanto que renunció a seguir paseando y hubo que llevarla a casa, lánguidamente cariñosa, en un taxi. Como dijo John, la aventura demostraba que no iba a tener miedo a los coches.

—No hay nada que asuste a esta jovencita, salvo quedarse sin mimos —respondió Shingle—. Creo que un collar verde le quedará mejor que uno rojo. Pero imagino que usted se encargará de comprar lo necesario, señor.

—Lo haré. Tú busca galletas para perros —dijo John.

—¡Galletas para cachorros! —exclamó Shingle, conmocionado, y mencionó la única marca existente—. Un cachorro es como un niño, todo estómago.

Ir a la cama fue un jaleo. Dina no tenía la menor intención de quedar excluida, y cuando John movió un pie, trató de morderlo a través de las sábanas hasta que fue admitida. A la mañana siguiente, Shingle, que entró con el agua del afeitado, la habría sacado de paseo antes del desayuno, pero John

decidió hacerse cargo; la perra se manchó de barro y hubo que lavarla y secarla a su regreso. Luego, por insistencia de Shingle, llegó la salida de la compra. John compró un collar verde para los domingos y otro rojo para los días de entre semana; dos correas a juego; una cesta de mimbre con un cojín de paño verde; dos cepillos, un peine y una rascadera; y también —Shingle le obligó a salir de nuevo— pastillas, alterante, tónico y antihelmíntico. Dina, que era una ingrata, mordisqueó el borde barnizado de la cesta, rasgó las entrañas del cojín, mordió los dedos inexpertos de Marden cuando intentó darle su primera pastilla y se negó en redondo a ser cepillada.

—¡Dios mío! —gritó Shingle, siempre astuto, que se limitaba a ayudar—. Madre solía decir que un niño era un fastidio. Ni unos gemelos podrían contigo, Dina. Y ahora supongo que querrás salir en coche a presumir un rato.

John había pensado dar un paseo por el Mall, pero Shingle hizo hincapié en los peligros del moquillo y aconsejó —dado que anunciaban lluvia— que fueran a Richmond Park en la limusina. Dina se mostró algo condescendiente al verla llegar, pero se subió de un salto al asiento delantero y dio permiso para arrancar. Cuando llegaron al parque manifestó tanto entusiasmo que olvidó su nombre y John no cesó de acosarla, gritando para que volviera a recordarlo. Shingle había preparado el almuerzo, por miedo —explicó— a esos hoteles donde las mujeres llevan pequineses infectados traídos directamente por amantes libertinos en transporte aéreo; y, después de dos horas largas dando saltos entre los helechos, John apreció la media botella de borgoña que venía con el lote. Cuando volvieron al coche, Dina abandonó su pose mundana. «No soy —resopló— sino un pequeño cachorro con un gran hocico. Déjame descansar en tu pecho y no se te ocurra dejar de quererme ni un minuto.» Así que también John se quedó dormido, y el chófer los dejó en casa a las cinco en punto de la tarde.

—¿El pub? —preguntó Probert por la comisura de la boca una vez que John hubo entrado en casa.

—De *ningún* modo —dijo Shingle—. Según nuestro taxista —a Shingle no le caía nada bien el chófer de John—, lo que le gusta son las mujeres y el jaleo. Dice que tendríamos que haberlo oído aullar persiguiéndola. En una semana estará dando vueltas por ahí en su Hispano-Suiza.

—Ese es tu problema. Pero ¿qué hay de mi comisión? No esperarás que autorice la presencia de perros sin una compensación… ¡Venga! Que es dinero fácil para ti.

John seguía adormilado cuando tomó el ascensor y terminó de dormir la siesta en casa. Cuando despertó, Ese Otro seguía en su esquina, pero Shingle

había encontrado dos pelotas de tenis con las que Dina jugaba al frontón a lo largo del rodapié… empujando una con el hocico, golpeando la otra con sus patas, justo a través de la silueta de Ese Otro.

—Eso demuestra que ha sido educada a prueba de gatitos —dijo Shingle—. Voy a subir a la gata del conserje para estar seguro.

Pero la gata del conserje no había sido educada a prueba de cachorros y saltó a la mesa, para estar segura. Dina la siguió. Durante diez minutos todas las manos estuvieron ocupadas limpiando los cristales rotos de sifón, vaso y decantador, no fuera a hacerse cortes en las patas. Los restos fueron recogidos por un aspirador palpitante, que según Dina era hostil.

Cuando ella y John y Ese Otro de la esquina se sentaron a descansar después de la cena, Dina descubrió el don de la conversación. En los intervalos entre cotilleos se levantaba a buscar y husmear las dos pelotas por todo el cuarto, luego regresaba a los pies de John, descansaba la barbilla en ellos y retomaba la charla donde la habían dejado con un lloriqueo elocuente.

—¿Crees que quiere algo? —le preguntó a Shingle.

—Nada, solo estar siempre en sus pensamientos. ¿Te apetece un hueso, Dina?

La lengüecita rosa asomó por la comisura de la boca, hubo un gruñido y un estornudo, y la perra dio una pirueta de alegría delante del sirviente.

—Baja conmigo, entonces —dijo.

—¡Súbelo aquí! —dijo John, sin hacer caso del respeto que Shingle sentía por las alfombras afganas. La escena fue más bien desagradable, hasta que Dina comprendió que no podía haber huesos sin periódicos desplegados para la ocasión.

Todo esto fue el preludio de un mes de revelaciones, en el que Dina mostró todo lo que era y más, ya que desarrolló sentidos y estados de ánimo solo para John. Era por turnos, y según el lugar, arrogante, estúpida, coqueta, atrevida, celosa, exigente, abyecta, graciosa y, en apariencia, fría como un témpano, pero adorable en cualquiera de sus manifestaciones. Y había que atender sus deseos siempre antes del aperitivo. Shingle era indispensable para su comodidad y ocupaba la periferia de sus favores, pero John era todo su Universo. Y por ella, después de cuatro semanas, se encontró John haciendo lo que no había hecho nunca desde Messines. Se puso a cantar tonadillas sentimentales —Dina le hacía los coros en los agudos, que siempre le salían mal— tales como:

Oh, dime en qué lugar

podré hallar una rosa
para mi niña hermosa,
mi niña junto al mar…
Oh, dime a qué lugar
se dirige mi niña,
que dejaré mi viña
para surcar el mar…

Al oír esto se ponía a hacer cabriolas con una oreja levantada y la otra ligeramente gacha. Y luego:

Mi amor me besó en la boca,
¿cómo dejar que se vaya?
La seguiré por el norte,
la seguiré por el sur,
porque ¡me guía mi amor!

—¡Auuu! ¡Auuu! —gemía Dina a todo pulmón.

Entonces, después de un paseo por Green Park, la desgracia cayó sobre ellos y Shingle sentenció: «Se lo dije». Dina dejó de comer, se quedaba con la mirada perdida y temblaba; el hocico se le taponó, las ojeras se le volvieron pegajosas y empezó a estornudar.

—Vaya —dijo Shingle, frotándose la barbilla al verla—. Cuanto mejor es la raza, más fuerte es la congestión. Ay, maldita sea mi estampa. Va a ser un trabajo de veinticuatro horas sin descanso, me parece. ¿Vale la pena buscar un veterinario en el listín? No, Dios, no. Esto es el moquillo. Conozco un especialista canino…

Se dirigió al teléfono sin pedir permiso.

El especialista canino se mostró debidamente impresionado por John y su riqueza, y más en la práctica por Shingle. Estableció reglas claras para el cuidado de la perra y para su dieta que los dos anotaron por duplicado y distribuyeron a lo largo de las horas del día en turnos bien delimitados.

—Hasta ahora todo ha ido de maravilla —le confió Shingle a Probert, cuya mujer cocinaba para el apetito desganado de Dina—. Lo ha sacado de su abulia. Pero si algo le pasara a ella *ahora*, volveríamos a estar en Messines.

—¿Lo paso mal ahí, entonces?

—Una vez, que yo sepa. Antes de ir bajo tierra le oí rezar pidiendo clemencia porque su hora no había llegado. La situación le superó. Sí, puede

pasar, puede, como madre decía cuando éramos jóvenes.

—Entonces depende de ti que no pase nada esta vez.

—¡Así parece! Pero ella es celosa y no lo deja en paz, como un maestro de escuela. ¡Pobre perrilla! Sabe cómo llamar la atención, hacerse la especial y llorar como una Magdalena. Pero le ha curado la manía de espiar las esquinas y él ha empezado a maldecirme como en los viejos tiempos.

John, en efecto, se mostraba insoportablemente irritable conforme crecía el malestar de Dina. Empezó a dormir mal entre turnos y luego demasiado, y se mostraba tan quejoso que Shingle le sugirió tomar baños turcos para recuperar el tono vital. Pero Dina se fue poniendo cada vez peor, hasta que hubo una guardia doble que Shingle describió a Probert como un «fenómeno curioso»:

—Le oí decir el padrenuestro en el baño cuando dejó la guardia y ella seguía viva.

Justo entonces hubo una mejoría, seguida de una recaída y la posibilidad, como se debatía seriamente, de una neumonía. Eso también acabó pasando, pero la dejó en un estado de debilidad lloriqueante hasta que un buen día decidió volver a la vida golpeando la cola en forma de cimitarra, como si estuviera batiendo un huevo. Durante su convalecencia había descubierto que su sola preocupación era amar a John Marden sin reservas; seguir cada uno de sus pasos cuando se movía; quedarse quieta y adorarlo cuando se paraba; caer rendida a sus pies cuando se sentaba; defenderlo ruidosamente de sus enemigos, como gatos y visitantes; confiar en él, quererlo y endiosarlo, acariciarlo y arrimarse a él sin descanso; y, si eso no era posible, montar guardia sobre sus pertenencias. Shingle lo soportaba francamente bien.

—¡Te conozco, sí! —le espetó una mañana mientras ella lo retaba a coger el pijama de John de la cama—. Solo te caería bien si fuera una galleta de pienso. Y, sin embargo, yo también te cuidé y logré que salieras adelante, perrita de mil demonios.

Por un tiempo prefirió los coches a sus propias patas y sus deseos fueron satisfechos, especialmente en el Hispano-Suiza, que con John al volante —no hay que beber si se conduce— le resultaba muy cómodo. Se ponía junto a su codo izquierdo con el hocico tocando la manga hasta que la aguja alcanzaba los ochenta kilómetros por hora: entonces se soltaba y empezaba a cantar en voz alta. Vio así una gran parte de Inglaterra en verano, pero por algún motivo nunca volvió del todo a su viejo ser, a pesar de las pequeñas dosis de café negro y jerez que le daba Shingle.

John también sintió el tirón de los días cálidos y ligeros y tomó la decisión de volver media semana a la fábrica, donde intentó averiguar sinceramente lo que su secretario entendía por planes de reorganización. Eran palabras y sonaban como tales, pero no le decían nada. Luego pasó una noche como aquella primera después de la visita de Jerry Floyd y trató de lidiar con ella del mismo modo, pero se descubrió vertiginosamente borracho casi antes de empezar.

—No aguantó nada —le contó Shingle a Probert con una risilla—. Era como un muchacho con su primer pitillo. Y la cabeza de una muchachita por la mañana. Lo que confirma el éxito de mi tratamiento. Pero un hombre debe pensar en sus propios intereses de vez en cuando. Es hora de tomarme unos días libres.

—Tú y tus vacaciones… ¿Es que tu amo no tiene voluntad propia?

—Aún no. Sigue sin trabajar. Dile a tu señora que se vaya dando prisa con nuestros remedios médicos.

Se refería al caldo de buey de Dina, y muy bueno que era. Pero, si se mezcla con unos pocos granos de otra cosa, los perritos ni lo tocan.

—Ha vuelto a perder el apetito —le dijo Shingle desesperado a John, cuyos intentos de persuasión eran vanos.

—Lo que tú quieres es un cambio —le dijo Shingle a Dina con voz no del todo inaudible—. No es justo que un perro pase el verano en la ciudad. No es que tenga nada contra el piso.

—¿Qué andas murmurando? —dijo John. Shingle hablaba con la espalda vuelta hacia él.

—Decía que no tengo nada contra el piso, señor. Un hombre puede hacer el zángano donde quiera…

—¿El zángano? ¡Pago ochocientas libras al año por esta casa!

—Pero con los perros es distinto, señor, eso es todo lo que quería decir. Los muebles no son un premio para ellos.

—Se queda conmigo —cortó John, mientras Dina intentaba explicar que el caldo había sido una estafa.

—Por supuesto que se queda… hasta que la palme. —Shingle recogió el cuenco con aire funeral…

—No, no lo he conseguido a la primera —le dijo a Probert—. Si hubieras estado viendo perros por las esquinas hasta hace muy poco, no querrías cultivar la compañía de la gente de buenas a primeras. Te lo pensarías un poco antes y buscarías una trinchera cubierta. Eso es lo que haremos.

Dos días más tarde, dejó caer que tenía una hermana en el campo, casada con el dueño de una granja de vacas, que hospedaba inquilinos. Si alguien dudaba de los méritos del negocio, el Hispano-Suiza podía ir a la granja en dos horas y comprobarlo en persona. Así se hizo, y se dio la orden de que la caravana partiera al día siguiente y de que no perdiera un segundo en contribuir al restablecimiento de Dina.

La perrita aterrizó en un mundo de campos llenos de bueyes rojiblancos que la hicieron (lo mismo que a John) acobardarse un poco y de conejos siempre al borde de ser atropellados. Había también un gato llamado Ginger, obviamente acostumbrado a los perros, y un viejo y polvoriento pastor escocés, Jock, a quien puso en vereda después de cinco minutos abyectos.

—Le irá bien —declaró Shingle—. Lo peor que puede pasarle con Jock es que pille pulgas. ¡Da igual! He traído insecticida de sobra.

Dina dejó tranquilo a Jock. Ginger, que lo sabía todo de ratas y conejos, era más de su gusto, y las dos damas salían juntas a trabajar por la orilla del arroyo en las mañanas soleadas, o al granero si llovía, acompañadas por John y un cayado distinguido. Su primera intentona se saldó con una mordedura en el hocico, pero no dijo nada esa vez ni cuando extendió el cadáver desenterrado en el cuarto de John… y entonces le dieron yodo.

Las tardes se reservaban para caminatas que arrancaban con una cazadora imponente delante de su señor, erguida sobre sus patas traseras cada tres saltos para otear las hierbas altas de septiembre, y concluían con un cachorro rezagado que no paraba de hablar hasta que John la levantaba, se la echaba al cuello con un par de pequeñas patas en cada mano y cargaba con ella mientras le lamía con sueño la mejilla derecha.

Por la noche organizaban grandes juegos. Dina había inventado una forma de «balompié» con su pelota de tenis. John la hacía rodar y ella la devolvía con su hocico, recta como una flecha, hasta que John se confiaba o eso creía ella. Entonces el ángulo y la zancada variaban y John tenía que gatear hasta el otro extremo de la habitación para recuperar y devolver la pelota, a ser posible lejos de su alcance. O bien ella se escondía (haciendo trampas como una niña) hasta que él lanzaba la pelota a un rincón y ella salía rauda a atraparla, se le escapaba, la sujetaba contra el rodapié y maldecía. Quedaban, por último, la pelea por el centro de la cama, los asaltos feroces y ladradores, los besos en la nariz, el gruñido de derrota afectuosa y el blando carrillo extendido sobre su hombro.

Con todos estos deberes y preocupaciones, las jornadas de John avanzaban como láminas bajo una estampadora. Un domingo, sin embargo,

pilló un ligero resfriado. Shingle, que había salido a tomar algo con un amigo, no se había molestado en reponer la provisión de whisky y solo quedaba un cuarto de botella. John la racionó a base de añadirle agua caliente, azúcar y tres aspirinas, y dio permiso a Dina para que jugara con Ginger mientras él se quedaba en casa bien abrigado.

A eso de las siete estaba sudando cómodamente y cayó dormido en el sofá. Se despertó a las ocho para tomar una colación fría. Dina no entró con ella y la hermana de Shingle, que tenía una noción vaga del tiempo, dijo que la había visto «justo ahora» cazando ratones con Ginger en el lavadero. Así que no registró la casa hasta pasadas las nueve ni acabó su búsqueda en los graneros, iluminando cada rincón con su linterna, hasta más tarde. Fue entonces cuando volvió corriendo a la cocina y contó su historia.

—Se ha quedado atrapada en una trampa para conejeras —dijo la vaquera —. Ha debido de salir a cazar con Ginger y está en una conejera. A Ginger no hay forma de atraparla. Pero los perros no son como los gatos. Eso es. Está atrapada.

—Y ¿dónde, diría usted?

—Allá arriba, donde el bosque… lo mismo le pasó a Jock de joven. Pero se puso a ladrar y lo sacamos de ahí.

Al oír su nombre, el viejo rufián alzó la cabeza a la altura de las rodillas de su dueña.

—Ella me respondería desde cualquier sitio —dijo John.

—Entonces lo mejor es que salga a buscarla. Iría con usted, pero esta noche me toca lavarme los pies. Y llévese el perro con usted. Le diré a Shingle que se quede esperándole. No ha vuelto a casa aún.

La hermana de Shingle le dio una pala para conejos que estaba en el lavadero y John salió fuera con tres aspirinas y algo de whisky en sus entrañas. Podía elegir entre todos los bosques y campos que se extendían bajo las estrellas. Sintió el hocico de Jock en su mano y le pidió ayuda desesperadamente.

—¡Es Dina! ¡Ve a buscarla, muchacho! ¡Es Dina! ¡Busca!

Jock se mostraba despreocupado, pero fue deslizándose hacia el arroyo y husmeando entre la hierba húmeda mientras John, sin dejar de llamar a Dina, lo seguía hacia una hilera de árboles que tapizaba un costado del valle. Los tocones le hacían tropezar y John se cayó varias veces, pero Jock esperaba. Por último, se internaron largo rato en un bosque adulto; el haz de su linterna hacía que las ramas y hojas caídas parecieran rollos de alambre semienterrado entre las líneas de tropas enemigas. Oyó el reloj de una iglesia dando las once

mientras recuperaba fuerzas en lo alto de un repecho y se extrañó vagamente de que un chapitel siguiera en pie. Luego recordó que estaba en Inglaterra y aguzó el oído para asegurarse de que no había respuesta a sus llamadas. El pastor escocés siguió husmeando el terreno y avanzó unos pasos, obviamente interesado. John creyó oír una respuesta, al fin, se precipitó hacia delante sin encender la linterna, tropezó y cayó rodando por una ladera inclinada, jadeante y maltrecho, hacia una oscuridad más densa que la del bosque. Jock le siguió con un gimoteo. Volvió a llamar. Oyó el sollozo ahogado de Dina… Entonces encendió la linterna y descubrió un pequeño promontorio de arenisca surcado por las raíces de los árboles. Siguió la línea del promontorio hacia el ruido, hasta que la luz le mostró un cañón en miniatura por el que se internó. Unos metros más adelante la grieta se convirtió en un túnel, pero —había bajado la voz— ya no cabía duda de que al fondo de aquel túnel, en alguna parte, estaba Dina. Siguió avanzando hasta que el techo, cada vez más bajo, le obligó a ponerse a gatas y finalmente a echarse sobre su vientre. Dina seguía lloriqueando. Volvió a retorcerse para avanzar y sus hombros se fueron rozando con las paredes del agujero descendente. Entonces todos los terrores olvidados o apenas reprimidos de sus dos años de trabajo subterráneo volvieron a él con el peso imaginado de la tierra que tenía sobre su cabeza.

Un puñado de arena se desprendió del techo y se coló entre su cuello y el cuello del abrigo. No tenía más que retirarse un par de centímetros para aliviar la presión y ensanchar el cuello de botella del túnel con su pala; pero estaba inmóvil, petrificado por un terror superior a cualquier otro, aunque Dina pedía auxilio un poco más adelante. El alivio llegó en forma de espasmo y de un tirón que lo hizo retroceder dos metros como una gamba. Luego se dio cuenta de que tenía que pasar de nuevo por el mismo sitio y empezó a temblar febrilmente.

Finalmente logró controlar las sacudidas de su mano y tomar la pala. Con medio brazo extendido, la hundió delante de él en el túnel y procedió a rebajar con cautela sus paredes, rastrillando la arena con las manos y pasándola por debajo de su cuerpo como era costumbre en su antiguo trabajo, hasta que a la luz de la linterna le pareció que podía avanzar un poco sin quedar bloqueado de nuevo. Por alguna merced especial, la sección siguiente del túnel volvía a ensancharse. Siguió avanzando, volvió a iluminar el fondo y allí estaba Dina, la cabeza arrimada al lado derecho del agujero, quietos y verdes los ojos rodeados de blanco.

Se obligó a avanzar sobre un último foso de terror y la tocó. No había ningún alambre, pero sí una raíz resistente con forma de pulgar que sobresalía

de la pared de arenisca y que se había enganchado en su collar, que a su vez estaba levantado y vuelto del revés. El resultado era que Dina estaba fatalmente inmovilizada por el cuello. Los dedos de John temblaban, así que al principio no pudo seguir las vueltas y revueltas de la correa. Cerró los ojos, se dejó guiar por el tacto, como había hecho con los cables y alambres en lo más profundo de Messines, agarró a Dina y salió al aire libre a trompicones.

Echado sobre la tierra, tuvo las arcadas más intensas de su vida. Cuando se sintió más o menos recuperado, vio a Dina sentada al lado de Jock, preguntándose por qué su Amante, Rey y Dios montaba tanto jaleo.

Se puso de nuevo en pie, salió a gatas del foso de arena que había sido madriguera de conejos, guarida de tejón y despensa de zorros durante generaciones y tomó el camino de vuelta, zigzagueando con las rodillas flojas, vacío como un tambor, lleno de cortes, heridas y magulladuras, de manchas de sangre y tierra y desechos varios que se le habían quedado pegados a la piel al secarse el sudor, incapaz de medir las distancias con los ojos. Nada en su pasado laboral le había puesto tan a prueba. Pero llevaba a Dina consigo y fue ella quien anunció su llegada a la granja aún iluminada a la una de la mañana.

Shingle abrió la puerta y sin decir palabra lo acompañó al lavadero, donde la caldera de cobre estaba encendida. Empezó a dar explicaciones, pero fue introducido en una bañera de agua muy caliente con una toalla que le cubría la barbilla y un vaso con algún tipo de licor en los labios. Luego subió con ayuda las escaleras y se metió en la cama caldeada con ladrillos, y allí el mundo y Dina —que le lamía la nariz— desaparecieron de su conciencia toda esa noche y buena parte de la mañana siguiente. Pero la hermana de Shingle se sobrecogió al ver su ropa rasgada y sucia en el suelo del lavadero.

—Parece que hubiera pasado una noche en las trincheras, ¿verdad? —comentó su hermano—. Ha sudado la gota gorda. Tres horas de búsqueda, Margaret, y con rachas de lluvia. Tiene que haber sido como Messines hasta que la encontró.

—Y ¡lo ha hecho por su perra! ¡Qué no habría hecho por su mujer! —dijo ella.

—Sí. Es típico de ti fijarte en eso. Yo estoy pensando en él.

—Ay, mira toda esa sangre. Debe de tener muchos cortes.

—Lo examiné con detalle esta mañana. Ni siquiera el yodo logró despertarlo. ¿Tienes la bandeja lista?

Shingle subió la bandeja y el saludo impenitente de Dina despertó a su dueño.

—No se había metido en una trampa. Es demasiado inteligente para dejarse coger —fueron las primeras palabras de John—. El collar se le había enganchado en un viejo escondite. Jock me guió y yo la saqué. Pero me caí bastantes veces. La oscuridad era total, casi como en los viejos tiempos.

Añadió algunos detalles entre bocados y Dina entre bocados los corroboró.

—Así que ya ves, no es culpa suya —concluyó John.

—Eso es lo que dicen todos —exclamó Shingle en un momento de descuido.

—¿Sí? Eso demuestra que conocen a Ginger. Dina, no debes volver a jugar con Ginger nunca más, ¿me oyes?

Ella se dio cuenta de que era un reproche y se achicó bajo la mano que la acariciaba.

—Ah, y ahora que lo pienso, Shingle. —John se sentó sobre la cama y estiró el cuerpo—. Ya es hora de que volvamos al trabajo. Tal vez hayas notado que andaba algo bajo de forma últimamente.

—Bueno, con todo el lío de Dina y eso… un poco, señor —asintió Shingle.

—Bien, debes saber que ya he terminado. Empezamos de nuevo.

—Me alegra oírlo. ¿Le lleno la bañera?

—No. Con el baño de ayer me basta. Prepárame algo para ir a la ciudad mientras me afeito. Supongo que la ropa de mi excursión de ayer ha quedado para los restos, ¿no es así?

—No da ni para vestir a un espantapájaros.

—No me sorprende. Mira, Shingle, me pasé media hora bajo tierra hasta que pude llegar a ella. Y yo pensaba que ni por todo el oro del mundo volvería a pasar por algo parecido. Pero lo hice. Maldita sea, ¡lo hice! ¿No es así, Dina? «Oh, dime en qué lugar podré hallar una rosa.» ¡Sal de la cama y tráeme las zapatillas, jovencita! «Para mi niña hermosa, mi niña junto al mar.» ¡No, déjalas en el suelo, no juegues con ellas!

Empezó a afilar su navaja, lo que para Dina siempre era un misterio.

—Shingle, este es el gobierno más infame que hemos tenido la desgracia de parir. ¡Fíjate! Si muero mañana, se quedan con un tercio del capital en concepto de impuesto de sucesión, con un interés del cuatro por ciento sobre el dinero que resta. Esto significa que un tercio del capital activo, que no es moco de pavo, desaparece bajo nuestros pies para que los malditos políticos puedan seguir comprando más votos. Y tengo que malgastar mi tiempo y mi cabeza, que significa crear más empleo —por cierto, esta navaja es una

verdadera desolladora—, tengo que abandonar el trabajo que me da dinero y gastar Dios sabe cuántos días reorganizando la sociedad en varias compañías para que no acaben con el negocio si me muero. Es la pérdida de tiempo lo que me fastidia. ¡Y ese tiempo también hay que recuperarlo, Dina!

El roce de la cuchilla en la barbilla la hacía golpear el suelo con la cola. Cuando terminó de vestirse, Dina salió a confraternizar con Jock y Ginger cerca del granero, donde Shingle la recogió más tarde con órdenes de subir cuanto antes al Hispano-Suiza y volver al trabajo. Dina hizo su paseo reglamentario, una pata por delante de la otra y media lengua fuera.

—¡Así es, Dina, así está bien! ¡Eres una perra! ¡Eres tan perra como cualquiera, pero eres útil! Por eso no eres como otras. Ahora ven y despídete de tus amigos.

La llevó a la cocina para que se despidiera del vaquero y de su mujer. La mujer la miró con frialdad mientras ella coqueteaba con el hombre.

—Un día de estos se llevará su merecido —dijo mientras el coche se alejaba.

—¿Por qué? Es una perrita tan buena como cualquiera. Fue culpa de Ginger —dijo el vaquero.

—No estoy pensando en ella —respondió—. Estoy pensando en que ha prendido un fuego al que otra se arrimará más adelante. Sí, puede pasar, puede, como madre decía cuando éramos jóvenes.

PATONES

Viví lo que vivieron tantos otros
y he logrado borrarlo de mi mente;
mas no puedo olvidar, aunque quisiera,
a Patones siguiéndome los pasos.

Día tras día y todo el santo día
—allá donde el camino me llevara–
Patones exclamaba: «¡Voy contigo!»,
y mis pasos seguía siempre al trote.

Ahora debo tomar otra vereda
—que nunca encontraré—, pues busco un sitio
que no guarde recuerdo del sonido
de Patones siguiéndome los pasos.

«SU SIERVO, ESTE PERRO»

Por favor, ¿puedo entrar? Soy Botas. Hijo de Zapatones Kildonan, campeón gran reserva, perro excelente, distinguido en varios certámenes; y nada de hacer monerías ni bonitos juegos de salón, dice Amo, aunque puedo sentarme y poner las patas por encima del hocico. Se llama hacer «súplica». ¡Miren! Lo hago sin que nadie me lo pida. *Pero* no lo cuenten por ahí… Esto se llama Piso-en-Ciudad. Vivo aquí con Dios propio. Mi historia:

I

Está paseo-por-Parque-con-correa. Y está sin-correa-cuando-llegamos-a-la-hierba. Hay otro perro como yo, sin correa. Digo: «¿Te llamas?». Dice: «Zapatillas». Dice: «¿Te llamas?». Digo: «Botas». Dice: «Soy muy buen perro. Tengo Dios propio que se llama Señorita». Digo: «Soy perro excelente. Tengo Dios propio que se llama Amo». Está el Rodearnos-de-puntillas. Está Reñir. Está Pelea en toda regla. Amo dice: «¡Perdón! ¡Lo siento enormemente! Yo tengo la culpa». Señorita de Zapatillas dice: «¡Perdón! Yo también tengo la culpa». Amo dice: «Qué bien que los dos tengamos la culpa. Bonito perrillo, Zapatillas». Señorita dice: «¿Usted cree?». Entonces hice «súplica». Señorita de Zapatillas dice: «Gracioso perrillo, Botas». Hay paseo-con-correa, de nuevo, y largos paseos con Zapatillas detrás de Dioses propios… Zapatillas no es mal perro. Es muy como yo. «Hacen buena pareja», dice Amo…

Hay más paseos en parque. Están Zapatillas y su Señorita en ese sitio, también. Dioses propios caminan juntos, como con-correa. Nosotros vamos detrás. Cansados. Bostezando. Dioses propios no miran… Han puesto lazos blancos en nuestros collares. No nos gustan. Nos los quitamos. No saben bien…

II

II

Ahora vivimos en Casa-de-Campo, cerca de Parque, con muchos buenos olores. Estamos todos aquí. ¡Miren, por favor! Cuento patas. Estoy yo y Dios propio: Amo. Está Zapatillas y Dios propio de Zapatillas: Señorita. Estas son todas mis patas. Está Adar. Está Cocinillas. Está James-con-perrera-que-se-mueve. Está Harry-con-pala. Estas son las patas de Zapatillas. No puedo contar más, pero hay doncellas, y Manitas, y Cartero, y telegramas, y ha-venido-el-Carnicero y gente. Y está la Gata de cocina que sube corriendo pared. *¡Mala! ¡Mala! ¡Mala!*

Por la mañana Adar desata y cepilla. Está el ir rápidamente arriba, no hacer caso a Cocinillas y pedir a Dioses que vayan a desayuno. Está el-tumbarse-bajo-la-mesa-a-cada-lado-y-reclinar-cabeza-en-pies de Dioses. A veces hay cosas-que-se-dan-bajo-la-mesa. Pero «mendigar *jamás*».

Después del desayuno, está el perseguir a Gata de cocina por todo el jardín hasta el muro. Ella trepa. Nosotros nos sentamos y cantamos. Está el esperar a Dioses para paseos. Si no se ponen nada-en-la-cabeza, entonces solo por el jardín y «¡fuera los dos de los parterres!». Si hace malo, es alfombrillas al lado de la chimenea o «¿quién dijo que podíais sentaros en sillas, muchachos?». Es estar-siempre-con Dioses propios: Amo y Señorita. Somos perros excelentes… Está perro alto y extraño, que aparece entre laureles y mira. Nos lo encontramos al lado de cubo de basura de nosotros. Dijimos: «¡Ven a jugar!». Pero se fue. Tiene las piernas torcidas. Y orejas onduladas. Pero ¡más grande que yo!

III

Agosto de 1923

¡Siéntense, por favor! Se lo contaré por partes, partes cortas y partes largas, cada parte a su hora. Les contaré cosas buenas y cosas terribles.

Origen de los tiempos. Hubo paseo con Dioses propios y «cesta-con-cosas-para-comer-cuando-nos-sentamos… gorrones». Fue paseo largo. Comimos mucho. Después, hubo conejos que no se quedaban quietos. Cazamos. Oímos una canción triste en el bosque. Fuimos a ver. Estaba perro alto y extraño cantándole a agujero en terraplén. Dijo: «Llevo aquí muchísimo tiempo, y no sé dónde es aquí». Dijimos: «¡Sigue colas!». Le llevamos hasta Dioses propios. Señorita dijo: «¡Oh, pobrecito grandullón!». Amo dijo:

«¿Cómo diantres ha llegado el cachorro de Kent hasta aquí?». Perro alto se puso mucho panza arriba y dijo poco. Hubo «dale lo que queda». Besó manos. Volvimos todos a casa por los campos. Dijo que estaba jugando con ropa tendida, que ondeaba como colas. Dijo que viejo perrillo de dientes negros vino y dijo que lo convertiría-en-sabueso si iba con él. Así que fue con él y encontró olor hermoso. Perro viejo le dijo que pusiera su agudo-hocico-en-tierra y descifrara. Fue por muchos sitios descifrando con perro viejo. Había un campo lleno de ovejas y olor hermoso desapareció. Perro viejo se enfadó y le dijo que se adelantara. Pero llegaron gentes hablando en voz alta. Corrió hacia el bosque. Perro viejo le dijo que si se quedaba ahí el tiempo suficiente se convertiría-en-sabueso, y que le iría bien tener que buscar el camino de vuelta, porque tendría que hacerlo muchas veces en la vida si era así de tonto. Perro viejo se fue y perro alto quedó esperando más olor hermoso, y llegó la noche, y no sabía dónde estaba su casa, y se puso a cantar lo que oímos. Nos daba mucha pena. Es perro bastante reciente. Dice que se llama «Maldito cachorro». Después de rato largo hubo olores que él reconoció. Así que atravesó seto y volvió corriendo a su casa. Dijo que le esperaba un-buen-rapapolvo.

En otra ocasión. Gata de cocina está sentada en Muro. Cantamos. Dice: «Dioses propios se van». Zapatillas dice: «Vuelven a la hora de las galletas». Gata de cocina dice: «Esta vez se van para no volver *jamás*». Zapatillas dice: «Eso no es verdad, chivata». Gata de cocina dice: «Sube a lo más alto de casa y mira lo que hace Adar con perrera-que-se-cierra».

Vamos a lo más alto de casa. Ahí están Adar y perrera-que-se-cierra. La llena con cosas de los pies y las cabezas y los medios de Dioses. Bajamos. No comprendemos…

Gata de cocina se sienta en Muro y dice: «Ahora ya habéis visto que Dioses propios se van. Esperad a que pongan perreras-que-se-cierran encima de perrera-que-se-mueve y Dioses entren en ella. Entonces sabréis». Zapatillas dice: «¿Cómo sabes que eso es lo que va a pasar, soplona?». Gata de cocina dice: «Porque soy gata. Vosotros sois perros. Cuando habéis hecho algo, preguntáis a Dioses propios si es bofetada o palmadita. Os arrastráis por el suelo. Decís: “Por favor, seré bueno”. ¿Qué haréis cuando Dioses propios se vayan para no volver?». Zapatillas dijo: «¡Ya verás qué mordisco te doy cuando te pille!». Gata de cocina dijo: «Cuando te crezcan las patas».

Bajó corriendo de Muro y fue a cocina. Fuimos tras ella. Ahí estaban Cocinillas y escoba. Gata de cocina se sentó en ventana y dijo: «Mirad a este Cocinillas. A veces es Cocinillas el gordo, otras es Cocinillas el delgado. Pero

es siempre mi Cocinillas. No soy el gato de Cocinillas. Pero vosotros debéis tener siempre a Dioses propios con vosotros. Si no, os ponéis malos. ¿Qué haréis cuando Dioses propios se vayan?». No estábamos cómodos. Entramos en casa. Pedimos a Dioses propios que no se fueran para no volver. No comprendieron…

IV

Poco después. ¡Dioses propios *se han ido* en perrera-que-se-mueve, con perreras-que-se-cierran detrás! Perrera volvió a la hora de las galletas, pero sin Dioses. Buscamos por toda la casa. Gata de cocina dijo: «¿Veis?». Buscamos por todas partes. No había nada… Han venido gentes llamadas carpinteros. Están haciendo una casa pequeña dentro de casa grande. Está Cartero hablando con Adar. Está ha-venido-el-Carnicero hablando con Cocinillas. Están todos hablando. Todos dicen: «Pobrecillos». Y se van.

Un poco después. Esta noche, Plato Brillante brilló sobre nuestras perreras y nos hizo cantar. Cantamos: «¿Cuándo volverán Dioses propios?». Adar salió a mirar desde arriba y dijo: «Parad o bajo a por vosotros». Callamos, pero Plato Brillante siguió brillando: «Seremos buenos cuando los Dioses vuelvan». Adar bajó. Hubo Gran Rapapolvo. Somos pobres perritos. Vivimos fuera. Nadie nos cuida.

V

Otras veces. Me he encontrado con perro alto y extraño con grandes patas. No se llama «Maldito cachorro». Se llama Saqueador-hijo-de-Regan. No tiene Dios propio porque-irá-haciendo-varias-rondas-hasta-convertirse-en-sabueso. Vive al otro lado de parque, en Paseo, con gentes horribles llamadas Señor-Kent. He ido a Paseo. Había buenos olores y cachorros de cerdo, y un cubo lleno de cosas viejas. Saqueador dijo: «¡Come con ganas!». Es buen perro. Comí mucho. Saqueador metió la cabeza por el asa del cubo. No se lo quitaba de la cabeza. Caminó de espaldas, cantando. Cantaba: «Tengo miedo». Llegaron gentes corriendo. Yo me fui. Fui a lugar oscuro llamado Vaquería. Había mantequillas y natas. Llegó gente. Salí por una ventana pequeña. Eché dos veces la comida antes de correr a toda prisa. Fui a perrera propia y me quedé tumbado. Las gentes llamadas Señor-Kent llegaron después. Le dijo a Adar: «Ese demonio negro es un maldito ladrón». Adar dijo: «¡Tonterías!

Está durmiendo». Zapatillas vino y dijo: «Ven a jugar a polis y cacos». Dije: «Ve a Paseo a jugar con Saqueador». Zapatillas fue. La gente pensó que Zapatillas era yo. Zapatillas volvió a casa por patas. Soy perro excelente… pero ¡Amo no ha vuelto aún!

VI

Después de esa vez. Soy perro malo. Perro muy malo. Soy «¡Vete de aquí, sucio, maldito bribón!». Encontré cosa muy mala en la carretera. ¡Me gustó! ¡Me revolqué en ella! ¡Fue estupendo! Volví a casa. Allí estaban Cocinillas y Adar. Allí estaba «Ni se te ocurra acercarte». Allí estaba James-con-perrera-que-se-mueve. Allí estaba «Ven conmigo, maldita mofeta». Agarró y lavó con jabón, y agua pegajosa que salía de perrera-que-se-mueve me frotó todo el pelo. Hubo que atar. Olía mi propio mal olor. Gata de cocina se acercó. Dije: «¡Vete! ¡Soy perro sucio y malo! ¡Perro apestoso de verdad!». Gata de cocina dijo: «No eres tú en realidad. Eres malo porque Dioses propios no vuelven. Eres como gentes que no pueden ser buenas si Dioses propios no les dan palmaditas».

VII

Otras veces, hace poco. Ahora soy gran amigo de Saqueador. Zapatillas y yo fuimos a Paseo a cazar gallinas. Era señora gallina furiosa con cachorros. Picoteó a Zapatillas dos veces con su nariz, debajo del ojo. Nos fuimos por un lado. Allí estaba señora cerda con sus cachorros. Nos fuimos por otro lado. Allí estaba Gentes-Señor-Kent con palo-de-castigo. Nos fuimos por otros lados, rápido. Encontramos una cabeza de pez en un montón de cosas viejas estupendas. Allí estaba Saqueador. Fuimos todos a jugar. Había cachorros de vaca en campo. Corrieron detrás de nosotros. Nos metimos bajo la verja y hablamos. Salieron corriendo. Corrimos detrás hasta que se pararon. Se giraron. Volvimos a salir corriendo. Corrieron detrás. Jugamos mucho rato. Fue divertido. Gentes-Señor-Kent y más gentes llegaron llamándonos cosas terribles. Dijimos a Saqueador: «Nos vamos a casa». Saqueador dijo: «Yo también». Cruzó campo. Volvimos a casa a través de pequeñas zanjas. Jugamos a pelear por un palo en el césped.

Llegaron los vaqueros y le dijeron a Adar: «Ese par de diablillos han estado haciendo sudar a los terneros». Adar dijo: «¡Deberíais avergonzaros!

¡Miradlos! ¡Más buenos que el pan!». Esperamos que gentes se fueran. Pedimos azúcar. Adar dio. Saqueador apareció entre laureles… todo encogido. Dijo: «Me han dado un buen rapapolvo. ¿Qué os dieron a vosotros?». Dijimos: «Azúcar». Él dijo: «Sois perros excelentes. Tengo hambre». Dije: «Te daré mi hueso enterrado en los parterres. Come con ganas». Él cavó. Nosotros ayudamos. James-con-la-pala apareció. Saqueador huyó entre laureles como Gata de cocina. Nos dieron un buen rapapolvo y nos ataron por cavar en parterres… Cuando somos malos, hay azúcar. Cuando somos buenos, hay palos. Las cosas no van como tendrían que ir.

VIII

Harry-con-la-pala ha traído una rata… ¡Miren, por favor! ¡Por favor, miren bien! ¡Soy perro de verrrdad! He matado a una rata. ¡He acabado con una rata! Me mordió el hocico. La mordí de nuevo. La mordí hasta que murió. ¡La sacudí hasta matarla! Harry dijo: «¡Bueeen chico! ¡Matarratas de nacimiento!». ¡Soy perro-estupendísimo! Gata de cocina se sentó en el muro y dijo: «Esa rata no es tuya de verdad. La mataste para complacer a un Dios». Cuando mis patas hayan crecido, mataré a Gata de cocina como a una rata. *¡Mala! ¡Mala! ¡Mala!*

IX

Poco tiempo después. Fui a Paseo a contarle a mi amigo Saqueador lo de mi rata, y a buscar más cosas que matar. Saqueador dijo: «Hay ovejas para mí, y hay gallinas para mí, pero no hay toro para mí. Ven a parque y juega con toro-en-patio». Pasamos por debajo de la verja de toro en su patio. Saqueador dijo: «Está demasiado gordo para correr. ¡Di!». Dije. Toro dijo. Saqueador dijo. Zapatillas dijo. Me metí debajo del abrevadero y dije cosas terribles. Toro resopló por nariz. Salí cruzando la verja y volví a meterme por otro agujero. Saqueador dijo desde el otro lado del patio. Toro se volvió. Echó humo. Estaba demasiado gordo. Fue divertido. Oímos a Señor-Kent diciendo en voz alta. Volvimos a casa a través de parque. Saqueador dice que soy buen perro deportivo, aunque tengo las patas pequeñas.

X

Malos tiempos se acaban. ¡Siéntense! ¡Siéntense ahora mismo! ¡Lo cuento, lo cuento! Ha habido baños y collares de domingo. Gentes carpinteras se han ido y han dejado nueva casa pequeña dentro de casa grande. Hay perrera-que-se-mece muy pequeña dentro de la casa pequeña. Adar enseñó. Fuimos a casa de James. Se había ido con perrera-que-se-mueve. Fuimos a verja principal. ¡Oímos! ¡Vimos! ¡Dioses propios, nuestros Dioses muy propios, Amo, Señorita, volvieron! Dijimos. Bailamos. Nos revolcamos. Echamos a correr. Fuimos a tomar el té, cabezas-en-los-pies de Dioses propios. Hubo tostadas con mantequilla bajo mesa, y dos terrones cada uno…

Oímos nuevas gentes hablando en casa grande. Una de las gentes dijo: «¡Angh, angh!», como cachorro de gato muy pequeño. Otras gentes decían: «¡Chiqui, chiqui!». Pedimos a Dioses propios que enseñaran. Fuimos arriba a casa pequeña. Adar estaba dando taza-de-té a nuevas gentes, más gruesas que Adar, que se llamaban «niñera». Dentro de la perrera-que-se-mece se oía muy poco. Decía: «Gue-gué». Nos asomamos. Adar agarraba los collares. Era gente *muy* pequeña. Abría su propia boca. Pero no había dientes. Movía pata. Besé. Zapatillas besó. Nueva gruesa, que era la niñera, dijo: «¡Bueno, señora, nunca lo hubiera pensado!». Los dos Dioses propios se sentaron al lado de gente diminuta y dijeron y dijeron y besaron pata. Gente diminuta decía muy alto. Nueva gruesa dio galleta en una botella. Golpeamos el suelo con la cola, pero «No para vosotros glotones». Bajamos a perseguir a Gata de cocina. Se subió a manzano. Dijimos: «Dioses propios han vuelto con nueva gente diminuta en perrera diminuta». Gata de cocina dijo: «Eso no es gente. Esa es la pequeña misma de Dioses propios. Ahora no sois más que dos sucios chuchos. Si decís demasiado alto a mí o a Cocinillas, despertaréis a Diminuto, y habrá buenos rapapolvos. Si rascáis, Nueva gruesa dirá: “¡Pulgas! ¡Pulgas!”, y habrá más rapapolvos. Si volvéis mojados, le daréis estornudos a Diminuto. Así que os llevarán fuera y rascaréis puertas que-se-cierran-en-la-cara. Viviréis con patios y escobas y pasadizos fríos y todos los lugares desiertos». Zapatillas dijo: «Vamos a nuestra perrera a tumbarnos». Y fuimos.

Oímos a Dioses propios caminar por jardín. Dijeron: «Qué agradable estar en casa de nuevo, pero ¿dónde están nuestros muchachos?». Zapatillas dijo: «No te muevas o nos llevarán a los lugares desiertos». Nos quedamos quietos. Señorita llamó: «¿Dónde está Zapatillas?». Amo llamó: «¡Botas, rufián! ¡Hola, Botas!». Nos quedamos quietos. Dioses propios entraron en patio y encontraron. Dijeron: «¡Ah, así que *ahí* estáis! ¿Pensabais que nos

olvidaríamos de vosotros? Venid a pasear». Fuimos. Dijimos en bajo. Nos revolcamos delante de pies, pidiendo no ser llevados a lugares desiertos. Hice «súplica» pues no me sentía cómodo. Señorita dijo: «¿Quién se hubiera imaginado que se lo tomarían así, los pobres?». Amo lanzó muchos palos. Yo recogía y devolvía. Zapatillas fue dentro con Señorita. Salió rápido. Dijo: «¡Date prisa! Están bañando a Diminuto». Fui como conejos. Diminuto estaba sin cosas en cabeza o pies o medio. Niñera, es decir Gruesa, lavó y frotó y cubrió de cosas todas-partes. Besé pies traseros. Zapatillas también. Ambos Dioses dijeron: «¡Mira, le hace cosquillas! Se ríe. Sabe que con ellos no pasa nada». Entonces dijeron y dijeron y se besaron y lo besaron, y fue adiós, como en perrera-de-arriba, y luego cena, y cabezas-en-pies bajo mesa, y muchas-cosas-debajo. Una era riñón y dos eran queso. ¡Somos perros de lo más excelente!

XI

Marzo de 1924

Muchas más veces después de esas veces. Los dos Dioses se van muchos fines de semana en perrera-que-se-mueve. Pero no tenemos miedo. Volverán. Zapatillas fue a hablar con Diminuto y Niñera. Fui a ver a mi gran amigo Saqueador en Paseo, porque lo veo muy a menudo. Había nuevo perro, viejo, pequeño y blanco, delante de granero. Solo había un ojo. Estaba horriblemente mordido por todas partes. Tenía dientes negros. Caminaba despacio. Dijo: «¡Soy Caza Terrier jubilado! ¡Cuidado conmigo, perrito faldero!». Tenía miedo porque era viejo y malcarado. Levanté patas. Le conté de mí y de Zapatillas y de Saqueador. Dijo: «Conozco a ese cachorro. Le enseñé a convertirse-en-un-sabueso. Soy más rápido y astuto que Royal, su abuelo». Dije: «¿Es buen cazador? Es mi amigo. ¿Se convertirá-en-un-sabueso?». Caza Terrier dijo: «Eso depende». Se rascó el cuello lleno de mordeduras y me miró con su ojo. No me sentí cómodo. Fui a granero. Saqueador estaba en el suelo del granero con dos gentes. Uno era todo blanco, salvo las puntas negras, y se llamaba Moore. Uno era largo, hombre de verdad y agradable, y se llamaba Mi-señor. Hombre Moore levantó la cabeza de Saqueador y le abrió la boca. Hombre de verdad miró. Moore dijo: «Mire, mi señor. Tiene la boca malformada». Hombre de verdad dijo: «¡Una pena! Es hijo de Romeo y Regan». Hombre Moore dijo: «Sí, y es la perra más inteligente y con peor carácter que conozco». Hombre de verdad dio galleta a

Saqueador. Saqueador se puso de pie sobre sus patas: perro *muy* excelente. Moore dijo: «Los hombros de Romeo, las patas de Regan. Es una pena, mi señor». Hombre de verdad dijo: «Y la fortaleza de Royal. Una lástima, ya veo. Le daré la orden oportuna mañana».

Se fueron. Saqueador dijo: «Ahora me harán convertirme-en-sabueso. Me enviarán a perreras y me prepararán para entrenar-en-septiembre». Salió detrás. Caza Terrier vino y enseñó dientes negros. Dije: «¿Qué significa "boca malformada"?». Él dijo: «Que una parte de la boca es más grande que otra, idiota». Entonces Moore vino y subió a Caza Terrier al cuello, lo mismo que hace Cocinillas con Gata de cocina. Caza Terrier dijo: «A mi edad no camines nunca si puedes ir cabalgando». Se fueron. Yo también. *Pero* no me sentía cómodo.

Cuando volví a casa, Niñera y Adar y Cocinillas estaban en fregadero, todos diciendo en alto cosas sobre Zapatillas y Gata de cocina y Diminuto. Zapatillas estaba sentado en lavadero… sangrando. Adar abrió grifo de agua sobre su cabeza. Zapatillas dio salto y echó a correr. Nos escondimos en zapatero. Zapatillas dijo: «Subí a ver a Diminuto. Estaba durmiendo. Me tumbé debajo de la cama de Niñera. Ella bajó a tomar té. Gata de cocina vino y saltó a la perrera-que-se-mece, al lado de Diminuto. Dije: "¡Sal de ahí!". Ella dijo: "Dormiré aquí. Está calentito". Dije muy alto. Gata de cocina saltó al suelo. Fue a la puerta pero la mordí. Ella golpeó. Yo sacudí. Caímos por la escalera hasta Niñera. Gata de cocina me cruzó la cara. La solté porque no veía. Gata de cocina dijo, y Cocinillas la cogió en brazos. Dije, y Adar me cogió en brazos y me puso en lavabo y echó agua en ojo ensangrentado. Entonces todos dijeron. Pero soy un perro-que-está-bastante-bien y hoy *no* es día de baño para mí. Dije: "¡Zapatillas, tú sí que eres perro excelente! Tengo miedo de Gata de cocina". Zapatillas dijo: "Yo también. Pero esa vez yo era perro nuevo-en-mi-interior. ¡Yo era gran sabueso feroz y enorme! Ahora soy Zapatillas"».

Le conté sobre Saqueador y Moore y Hombre de verdad y Caza Terrier y boca malformada. Zapatillas dijo: «No puedo ver adónde irá a parar todo. La cosa huele mal. Pero debo cuidar de mi Diminuto. Eres tú quien debe seguir ese rastro».

XII

La vez siguiente después de no-cómodo. Gata de cocina se ha ido y no ha vuelto. La cocina no es buen sitio para estar. He ido a Paseo a ver a mi amigo

Saqueador. Estaba atado. Cantaba tristemente. Contaba cosas terribles. Dijo: «Esta noche, cuando estaba dormido, me convertí-en-sabueso, un sabueso excelente. Soñé que cazaba con otro sabueso… un sabueso blanco y amarillo. Cazamos zorros enormes por guaridas oscuras. Luego caí en un estanque. Tenía una cosa muy pesada atada al cuello. Me fui abajo y abajo en el estanque hasta que todo estaba negro. Tenía miedo y me desdormí. Ahora no me siento cómodo». Dije: «¿Por qué estás atado?». Dijo: «Señor-Kent me tiene atado esperando a Moore». Dije: «No entiendo bien. Preguntaré a Caza Terrier».

Así que volví a parque. Estaba incómodo en mi piel por culpa de mi verdadero amigo Saqueador. Había erizo en zanja. Se enrolló. Dije en alto. Caza Terrier apareció entre matorrales y lo empujó a un charco. El erizo se desenrolló. Caza Terrier mató. Dije: «Eres perro asombroso, sabio, fuerte, perro excelente». Dijo: «¿Qué andas buscando, tirillas?». Dije: «Dime, ¿qué significa que una parte de la boca es más grande que otra?». Dijo: «Es la razón por la que matan a cachorros de sabueso, porque no pueden comer rápido mi morder fuerte. Es como tener *tu* hocico». Dije: «Puedo comer y morder fuerte. Soy hijo de Zapatones Kildonan, campeón gran reserva, perro excelente». Caza Terrier dijo: «Conozco a tu pandilla. Cazan pulgas. ¿Qué pulga te pica?». Dije: «Saqueador está incómodo, y yo estoy incómodo por mi amigo Saqueador». Dijo: «No eres tan faldero como pareces. Cuéntame qué le pasa a ese cachorro». Así que hablé de Saqueador cazando en sueños y cayendo al estanque, lo que me contó cuando estaba atado. Caza Terrier dijo: «¿Cazó en sueños con una perra blanca y amarilla con una cicatriz en la mejilla izquierda?». Dije: «Dijo que había cazado con otro sabueso blanco y amarillo, pero nada de perra o de mejilla. ¿Cómo lo sabías?». Caza Terrier dijo: «*Conozco* esa noche. No sé si Saqueador saldrá a tiempo de esta».

Entonces vimos a Moore en Caballo alto en parque. Caza Terrier dijo: «Va a recibir instrucciones del Amo sobre Saqueador. ¡Corre!». Corrí más que Caza Terrier, que se puso muy grosero. Llegamos a Casa grande en parque. Había jardín y puerta a un lado. Moore entró. Caza Terrier se quedó a cuidar de Caballo, que era su Alto amigo. Vi dentro a Hombre de verdad, que había sido amable con Saqueador en Paseo. Así que entré. Hombre de verdad dijo: «¿Qué es esto, Moore? ¿Otro Caza Terrier?». Moore dijo: «No, mi señor. Es ese diablillo negro del vecino, que se pasa el día por aquí y metiendo a Saqueador en líos». Hombre de verdad dijo: «Parece que esta mañana estamos condenados a hablar de Saqueador». Moore dijo: «Así es… y lo mismo esta última noche, mi señor». Hombre de verdad dijo: «Sí, ya la

oí». Moore dijo: «¿Qué quiere que haga con Saqueador, señor?». Hombre de verdad estaba sentado mirando-sin-ver, igual que Amo con su pipa. Yo estaba incómodo. Así que me senté sobre trasero, y puse patas encima de hocico, e hice gran «súplica». Es lo único que puedo hacer. Hombre de verdad miró y dijo: «¿Qué? ¿Tú también estás en el ajo, fenómeno?». Caza Terrier dijo desde fuera: «¡Nada de hacer monerías o juegos de salón! ¡Déjalo y ven conmigo!». Así que salí y ayudé a cuidar a Caballo alto.

Después de ratos, Moore salió, recogió a Caza Terrier, lo puso en la silla y se fue con prisa. Caza Terrier dijo groserías sobre mis patas cortas. Cuando llegamos a Paseo, Moore dijo en alto a Señor-Kent: «Todo bien». Señor-Kent dijo: «Me alegro. ¿Cómo ha sido?». Moore dijo: «Regan lo salvó. Se pasó la noche aullando de forma inhumana, y, cuando el señor pasó a verla por la mañana, ella se le echó encima pidiendo clemencia, haciéndose la mimosa y rodando por el suelo. ¡*Ella* lo sabía! Él no dijo nada entonces, pero me lo acaba de confirmar ahora: “Saqueador será enviado a la perrera con la nueva camada, y esperemos que su defecto no sea demasiado hereditario”».

Señor-Kent desató. Saqueador rodó por el suelo y dijo y dijo y jugó conmigo. Jugamos a que yo era Zorro-en-su-casa-entre-rocas alrededor de las casas-de-las-señoras-cerdas. Me metí debajo de gallinero. Las señoras gallinas dijeron de todo. Caza Terrier dijo que, si me tuviera con él dos temporadas, me haría ganarme el sustento. Pero no me gustaría. Me asusta que me pongan-en-estanques hasta hundirme porque tengo una parte de la boca más grande que la otra. Pero ahora estoy cómodo en mi piel. He comido hierba y he vomitado. Soy perro feliz.

XIII

Principios de abril de 1924

Momentos estupendos. Somos perros excelentes. Fue Día-de-campana, cuando Amo viene cubierto-de-negro y camina despacio con caja brillante encima y «No juguéis con el paraguas». Eso es lo que pasa *siempre* en Día-de-campana. Niñera puso a Diminuto en perrera-que-se-empuja y salimos de paseo-por-el-parque. Fuimos con, y corrimos, y dijimos mucho. Pasamos junto a Paseo siguiendo la cerca de parque. Saqueador oyó. Dijo: «Iré. Mi collar me queda grande». Se soltó del collar y se reunió con. Diminuto dijo en alto y bonito y agitó la pata. Saqueador se asomó a la perrera-que-se-empuja y

besó a Diminuto en la cara. Niñera espantó y limpió con pañuelo. Saqueador dijo: «*¿Por qué* soy “bestia babosa”? A Diminuto no le ha importado».

Fuimos todos caminando por parque junto a perrera-que-se-empuja. Hubo ruido detrás de matorrales. Toro-con-el-que-jugamos-en-patio salió y hundió patas en tierra y agitó rabo. Niñera dijo: «Ay, ¿qué voy a hacer, qué haré? Me tiemblan las piernas». Sacó a Diminuto de perrera-que-se-empuja y corrió hasta cerca. Toro fue detrás andando deprisa. Corrimos a ponernos delante de él. Zapatillas y yo dijimos de todo. Saqueador saltó sobre su nariz y echó a correr. Toro se giró. Saqueador se puso detrás de perrera-que-se-empuja. Toro apartó perrera-que-se-empuja de un golpe e inclinó la cabeza. Saqueador saltó sobre su cara y Zapatillas le mordió por detrás. Yo también. Toro se volvió. Saqueador corrió un poco delante de él. Toro le siguió hasta maleza. Saqueador dijo: «¡Muerde antes de que se ponga a cubierto!». Así que mordimos corriendo de un lado a otro. Entonces Saqueador mordió y retrocedió saltando-con-ladridos ante nariz. Fue divertido. Toro empezó a sangrar. Zapatillas y yo dijimos cosas terribles. Toro se fue corriendo hacia parque y paró. Dijimos desde tres sitios por lo que no podía escoger cuál. Fue muy divertido.

Llegaron gentes desde las cercas alrededor de Paseo. Estaba Niñera patas arriba en el suelo, moviendo los pies. Estaban Diminuto y Dioses propios abrazándolo con fuerza. Estaba la Gente-Señor-Kent. Toro dijo, pero en bajo, como un cachorro de vaca. Señor-Kent vino y puso palo en la nariz de Toro y se lo llevó tirando de él. Todas las gentes en la cerca nos dijeron en voz muy alta. Teníamos miedo por haber-hecho-sudar-a-aquellos-terneros. Fuimos a casa por nuestro lado. Saqueador acompañó, porque se había soltado del collar y le esperaba buen rapapolvo. Abrí cubo de basura con mi hocico… porque puedo. Había gachas y colas de arenque y las afueras de los quesos. Estuvo muy bien. Entonces Saqueador erizó los pelos de la espalda y dijo: «Si me dan buen rapapolvo, morderé a Señor-Kent». Fuimos con él a ver.

Había muchas gentes ahí, todas cubiertas de negro-de-Día-de-campana. Vimos a Moore. Vimos a Señor-Kent. Un lado de sus negros tenía sangre. Resopló. Dijo: «Saqueador le ha hecho un bonito traje. ¡Mire cómo tengo la ropa de domingo!». Moore dijo: «Eso demuestra que tiene la boca estupendamente». Señor-Kent dijo: «¡Valiente demostración! ¿Qué pasa con mi toro?». Moore dijo: «Usa el fondo de compensación de las gallinas. Pues si alguna vez un toro se portó como un gallina, ha sido esta mañana con Saqueador». Señor-Kent dijo de todo.

Saqueador anduvo despacio por el granero y se quedó rígido. Los pelos de su espalda estaban erizados como los de señores cerdos. Señor-Kent empezó a decir cosas terribles. Moore dijo: «Apártese. Tiene el carácter de su madre y se puede torcer muy rápido». Entonces Moore dijo cositas agradables y dio palmadas. Saqueador puso su cabeza en pies de Moore y todos los pelos de su espalda se calmaron y fue pelo normal de nuevo. Moore lo llevó a perrera y llenó abrevadero y puso paja en cama. Saqueador se enroscó como cachorro pequeño y besó manos. Moore dijo: «Déjelo estar hasta que tenga ganas de salir. Si no, alguien más que su toro saldrá herido».

Zapatillas y yo salimos corriendo. Teníamos miedo. Estábamos muy sucios. Mis bonitos faldones rizados estaban llenos de cortezas y hojas pegajosas y nuestros vientres estaba manchados con sangre de toro. Así que fuimos a ver a nuestro Adar, pero Dioses propios y Diminuto y Niñera gruesa vinieron, y dijeron y dijeron y dieron palmaditas, todos salvo Cocinillas, porque Gata de cocina no ha vuelto. Hubo cosas-bajo-la-mesa maravillosas para cenar. Una fue hígado. Una fue trocitos de queso y una fue sardinas. Después fue azúcar del café. Fuimos a ver a Diminuto durmiendo. Está bastante bien. Somos perros *de lo más* excelente. Dioses propios no dejan de decirlo. ¡Son divertidos!

Justo después de esa vez. Ya no hay más Saqueador en Paseo. He ido a verle. Moore vino con Caballo alto y látigo y se lo llevó. Saqueador se mostró perro muy orgulloso por dentro (dijo), pero por fuera cachorro asustado. Dijo que yo era su verdadero amigo a pesar de mis patas pequeñas. Dijo que vendrá de nuevo cuando se-haya-convertido-en-un-sabueso y que yo siempre seré su Verdadero amiguito. Miró atrás al irse, pero Moore sonó el látigo. Saqueador cantó muy triste. Lo oía por el camino cuando ya no podía verlo. Soy perro triste, pero soy siempre amigo de mi amigo Saqueador. Zapatillas vino a verme en Hoyos de Conejo. Nos embarramos la barriga porque somos bajitos. Así que fuimos a nuestro Adar para limpiarnos.

Gata de cocina estaba en el muro otra vez. Zapatillas dijo: «Ni caso». Pasamos-por-debajo muy callados. Dijo: «Soy Gata de cocina y he vuelto, tontos cachorros». No dijimos ni miramos. Fuimos a Adar. Zapatillas me dijo: «Ahora cazamos toros en parques, no digas nunca a Gata de cocina, ¡nunca!». Dije: «¡Buena idea! Tú sí que eres perro listo». Cocinillas recogió y dijo: «¡Mi bonita, mi linda gatita!». Gata de cocina dijo: «¡Soy gata, no perro, déjame en paz!». Cocinillas siguió con sus mimos. Luego la ató a cesta de cocina y dijo: «Ahora que has aprendido tu lección y sabes que no puedes subir a la guardería, te quedarás aquí conmigo. Es hora de comportarse». Gata

de cocina escupió. Cocinillas agarró escoba por si cazábamos pero pasamos por delante muy callados. Es el fin de Gata de cocina. Somos perros excelentes. Cazamos ratas. Ella no caza ratas de verdad. Ella es *¡mala! ¡mala! ¡mala!*

XIV

Últimos de abril de 1925

Tiempos maravillosos. Aquí estoy yo: Botas. Tengo tres años. Soy perro responsable (Zapatillas también), dice Amo. Somos responsables de Diminuto. Puede salir de la perrera-que-se-empuja. Camina como cachorro entre Zapatillas y yo. Agarra orejas y narices. Cuando se sienta, tira de orejas y narices. Dice: «¡Bobó!». Ese soy yo. Dice: «¡Zazá!». Ese es Zapatillas. Nos ha mordido las dos colas para reforzar sus dientes porque no tiene hueso por la noche. Y *nosotros* no dijimos. Ha entrado en nuestras dos perreras y ha querido comerse nuestras galletas. Niñera lo descubrió. Hubo rapapolvo diminuto. Y *él* no dijo. Es el Diminuto mejor que existe.

Tuvo baños y un collar nuevo y un cepillado adicional. No era Día-de-campana. Fue después del último-paseo-de-la-temporada. Caminó por césped. Fuimos con él, a cada lado. Se agarró. Había cuernos en parque. Sentí hormigueo en todos mis pelos. Pero no dije. (Demasiado viejo para hacer-el-ridículo, a *mi* edad, dice Amo.) Había sabuesos y chaquetas rojas acercándose por hierba. Estaba Moore, pero de rojo. Estaba Señor-Kent. Pero parecía un matarratas, dijo Caza Terrier. Estaba Hombre de verdad, que había sido amable con Saqueador en granero a pesar de boca malformada. Había más chaquetas rojas, pero no amigos. Moore llevó a todos los sabuesos a cancela junto a césped. Se sentaron tranquilos. Estaban embarrados de lo lindo y con semillas en pieles y colas y con sangre en orejas. Caza Terrier estaba sentado en su cesta en Caballo alto. Cuando Moore lo bajó a suelo dijo cosas terribles a sabuesos. No respondieron. Hombre de verdad dijo a Amo y Señorita: «Venimos a darle una cola de zorro al pequeñuelo».

A Diminuto le gustó porque hacía cosquillas, pero Niñera gruesa lo limpió rápido con pañuelo. Amo y Señorita dijeron: «¿Cómo se portó Saqueador?». Hombre de verdad dijo: «Como siempre. Fue el líder de principio a fin. Quiere hablar con vosotros». Saqueador estaba junto a cancela y asomó el hocico. Diminuto extendió mano y Saqueador besó. Entonces Moore dijo: «¡Pasa, muchacho!». Saqueador pasó de un salto y dijo a Diminuto muy alto,

dos veces, como en Día-de-campana, y jugó a cachorros con mucho cuidado y dejó que Diminuto agarrara orejas. Sus orejas eran todas redondas.

Me habló. Levanté patas, porque era tan grande y espantoso y fuerte. Dijo: «¡Déjalo, tonto! ¿Recuerdas que me perdí? ¿Recuerdas cubo y cabezas de pez? ¿Recuerdas toro? ¿Recuerdas cachorros de vaca y señoras cerdas y Señor-Kent y tantos rapapolvos allá en Paseo? Tú eres verdadero perro deportista, si no fuera por tus patas pequeñas, y siempre serás amigo verdadero de Saqueador». Se echó sobre mí y me agarró las patas y jugó a morderme en el cuello. Jugué a morderle yo también, ¡en las mejillas mismas! ¡*Todos* los sabuesos lo vieron! Luego me puse a andar de puntillas, *muy* orgulloso.

Entonces Caza Terrier se contoneó bajo cancela sin permiso. Hombre de verdad dijo a Señorita: «Está jubilado, pero le rompería el corazón no unirse a los demás. No puede hacer daño a sus perros, pobrecito». Caza Terrier dio vueltas de puntillas a mi alrededor y me mostró dientes negros. Levanté patas, porque era viejo y espantoso por saber cosas incómodas. Dijo: «Te perdono por esta vez, tirillas, porque te enteraste de Saqueador cazando en sueños en guaridas oscuras. ¡Se libró por los pelos! Ahora debo irme y cuidar de la nueva quinta. ¡No hay un solo sabueso rápido entre ellos!».

Se fue y mordió a una vieja perra blanca y amarilla con mordeduras oscuras en mejillas. Dijo y arrugó terriblemente el hocico, pero no atacó. Se sentó y miró a Saqueador a través de cancela y le dijo, como en Día-de-campana, pero más alto. Hombre de verdad dijo: «La vieja Regan quiere su té. Me temo que debemos irnos». Se fueron. Hubo cuernos y caballos y chaquetas rojas, y sabuesos saltando y Moore diciendo nombres en voz alta, y Saqueador saltó la cancela muy lindamente. Se fueron todos, todos, todos. Volví a ser perrito muy pequeño.

Entonces Diminuto dijo: «¡Bobó!, ¡Zazá!». Agarró cuellos por collares. Dijo a Dioses propios: «¡Mira! ¡Mira! Son *’buesos*, *’buesos*. Tomad té, *’buesos*…».

Disculpen, nada más por ahora de mí-y-Zapatillas. ¡Hago «súplica»!

EL GRAN JUEGO DE LA CAZA

¡Por favor! ¡Puerta! ¡Abran puerta…! Me presento: soy Botas, el que les contó todas esas cosas sobre mi verdadero amigo Saqueador y Gente-Señor-Kent y Gata de cocina y Amo-Señorita y Diminuto, cuando era casi cachorro. Ahora soy perro responsable, a punto de cumplir ocho años. Todo lo que dicen gentes lo sé. De nada sirve disimular o hacer como que no estoy. *¡Lo sé!* (Zapatillas también.)

Zapatillas es responsable de Diminuto, que tiene siete años y medio, porque Diminuto pertenece a Señorita. Y Zapatillas también. Yo ayudo. Es Diminuto excelente. Se ha sentado en Caballo alto, que se llama Magistrado, en frente de ese Hombre blanco que fue amable con Saqueador en Paseo, como les conté, que se llama Cazador-Perrera-Moore. Ha aprendido a poner bien las manos y encajar golpe y caer sin hacerse daño, y todas esas cosas. Ahora tiene poni propio que se llama Taffy-era-galés. Cabalga con Moore y Magistrado por-todo-el-Parque. Vamos con ellos. *Y él* viene a vernos cuando está en Perreras. Amo-Señorita dice que no debe cazar-de-verdad-aún. Eso no le gusta y dice. Voy a partida de caza con James en perrera-que-se-mueve para ver a los nuevos terrier de caza. Hablo con amigo Saqueador desde asiento de copiloto. Es mejor-sabueso-que-he-conocido-nunca, dice Moore. Camina justo al lado de pata delantera de Magistrado. Es lugar *de lo más* responsable. Estuvo a punto de estrangular a Advenedizo por intentar quitársela, dice Moore.

Ahora les contaré cosas y más cosas como si fueran ratas corriendo.

Lo primero fue aquel lío muy malo con Diminuto en vieja guardería antes del desayuno. Había collar muy ajustado. La nueva niñera, que se llama Insti, lastimó bajo cuello. Diminuto dijo algo de vieja perra huesuda. Insti dijo y dijo y pegó a Diminuto. Nosotros también pegamos… uno a cada lado de su vestido. *No* mordimos. Se rompió él solo. Señorita vino rápido. Insti dijo todo-de-todo. Bajamos rápido. Señorita llamó a Amo y Amo dijo: «¡Venid aquí, malditos deshollinadores!». Hubo buen rapapolvo con fusta propia. Pero nosotros no mordimos a Insti. Hubo reprimenda también para Diminuto. Lo

mandaron a esquina hasta «Pido perdón». Fuimos a sentarnos con él como hacemos siempre en vieja guardería. Señorita dijo: «No voy a permitir que dos chuchos de mala fama corrompan la educación de mi hijo». Hubo orden de no acercarse a Diminuto en todo el día. Y no recibimos nada debajo de mesa en desayuno. Así que fuimos a cubo de basura, que puedo abrir con mi hocico. La casa era lugar incómodo porque Insti le dijo de nosotros a Adar. Nuestra Adar dijo: «Quizá tendría que haberla avisado, pero ahora ha aprendido la lección. Por supuesto, Zapatillas nunca le perdonará que haya tocado al señorito Digby y, en cuanto a Botas, puede guardarle rencor durante meses»… Después de cubo de basura dije a Zapatillas: «Vamos de ronda». Él dijo: «Nuestro-Amo-Dios siempre quiere que le ayudes a ir de ronda después del desayuno». Dije: «No quiero a Dios propio. No mordí a Perra-Insti. Ven conmigo». Zapatillas dijo: «Han puesto jabón en dientes de mi Diminuto por decir palabrotas. Está encerrado en vieja guardería. Me quedaré en casa. Quizá me salude desde ventana». Así que me dirigí a Paseo, donde está Gente-Señor-Kent. Fui amable con las dos Pequeñas con volantes de Señor-Kent, que conozco desde que llegaron. Hubo pan y mantequilla y azúcar. Hubo: «Es hora de ir a la escuela, queridas». Fui con ellas para cuidar. Había muchos más pequeños que iban a escuela y los conocía a todos. Fui a recoger palos para ellos. Hubo dos trozos de pan de jengibre y dos dulces. Luego volví a Paseo porque tenía hambre. Había dos cabezas de gallina fuera de jaula de hurones. Estaban buenas. Estaba señora gallina en granero poniendo huevos. Estaban buenos. Estaba perro-pastor-Ben, que tenían atado porque esa mañana le habían dado medicina. Se había dejado su hueso en sitio muy lejano. Lo confisqué y llevé a Camporratones donde Borde del bosque asoma detrás de Paseo. Cacé cuatro ratones saltando entre hierba. Había restos de conejo muy viejo tirado en hierba. Pero pellejo malo. Así que descomí lo que tenía dentro y fui al bosque a beber en Sendero medio. Y dormí. Cuando desdormí, me encontré con ese viejo zorro que Saqueador llama Flecos, porque tiene cola muy fina. Es muy viejo pero también muy sabio, dice Saqueador. Había trampa de acero muy cerca. Estaba mordiendo-su-pata. Dijo: «Si me descubren así, estoy perdido». Dije: «Hoy no hay partida de caza». Dijo: «Todos los días son partida de caza para perro-mestizo-Ben». Dije: «Ben está atado. Ha tomado medicina». Flecos dijo: «Entonces todavía tengo una oportunidad». Mordió su pata, igual que yo con las espinas. Se arrancó dos uñas y lamió y lamió. Dijo: «Me lo tengo bien merecido por idiota, a mi edad». Dijo que había dos viejas-amables-simpáticas, muy lejos, al otro lado de la vía del tren, en los Cotswold (porque Flecos *no* mata en

casa), que se llevaban gallinas en perrera-que-se-mueve para sacrificarlas y habían puesto trampa bajo el suelo de gallinero con gallinas que podía ver. Intentó escarbar. La trampa se cerró y dos uñas quedaron atrapadas. Volvió a casa de noche arrastrando trampa, seis kilómetros. Dijo que pasarían muchos ratos antes de poder cazar, por culpa de sus patas. Le dije: «Hay hueso grande y cuatro ratones en Camporratones, y un poco de conejo viejo». Dijo: «¡Me basta! Dile a Saqueador que estoy más cojo que un árbol. Me he quedado sin dos uñas. Me pasaré resto de temporada a cubierto. Luego me iré a mi-casa-entre-las-rocas-en-Gales, si logro seguir con vida».

Regresé a Paseo, porque volvía a tener hambre. Ben me dijo de todo sobre su hueso. Yo respondí. Bailé. Una Pequeña con volantes de Señor-Kent vino y dijo: «Ahí está Botas jugando a gusto con Ben. ¿Me lo puedo llevar a casa, por si se pierde?». Fui muy amable. Pero primero hubo té en cocina-de-Kent con Pequeñas con volantes: pan y jugo de jamón. Entonces llevé con cuidado a Pequeña con volantes a nuestra puerta de atrás. Adar dijo: «¿Botas, perderse? *Nunca*, querida»… Dioses propios tomaban té. Pero no Diminuto. Zapatillas estaba sentado en la puerta haciendo resoplidos tristes que a Dioses propios no gustan. (Yo le ayudé.) Amo dijo: «Maldita sea, ahora resulta que este sindicato de granujas es el que gobierna la casa. ¡Que baje Digby!». Diminuto bajó a tomar té. Le dimos mimos. Hubo pastel y dos terrones y galletas de jengibre. Señorita dijo: «¿Crees que Botas se pasó el día buscando a Diminuto?». Amo dijo: «Si algo conozco a Botas, diría que no». Dioses propios empezaron a hablar como Amo-Señorita. Fuimos a ayudar a Diminuto en perrera-de-arriba. Jugué a oler ratas y buscar ratoneras en Vieja guardería. Me dediqué a correr y gruñir y espantar. A Insti no le gustó por culpa de sus pies. Pero ni siquiera pellizqué a Insti… soy como Flecos, que no ha matado en Paseo. (Tampoco Zapatillas.) Fue tontería por mi parte… a mi edad. Insti contó a Señorita lo de ratoneras. Señorita contó a Amo. Amo dijo a James que buscara y quitara ratoneras. James dijo que Vieja guardería estaba bien sellada como botella. Adar dijo después en el lavadero: «Botas, ven conmigo». Fui con ella. No estaba cómodo. Adar dijo: «Ahora encuentra esas ratoneras que tanto te gustan». Fingí que miraba y olía mucho. Pero era jugar a ratoneras. Levanté patas. Adar dijo: «¡Me lo imaginaba, maldito diablillo!». Me tomó por cuello y frotó hocico contra esquina, como si fuera cachorro aprendiendo a comportarse. Me enfadé mucho. Me fui bajo cama. Me sacó por la cola. Dijo: «¡Granuja malvado! Pero te quiero igual»… Y me besó como cuando era pequeño cachorro. Estaba muy avergonzado. Pero ni siquiera pellizqué a Insti.

Ahora contaré nuevas cosas. ¡*Por favor,* siéntense!

Había muchos paseos siempre con Diminuto y Moore en Parque. Diminuto quería cazar-de-verdad de todas todas, pero Amo-Señorita decían que-todavía-no. Moore no dijo nada salvo a James en partida de caza cuando Diminuto intentó espolear a Taffy con alfiler. Moore lo vio. Le dijo a James: «Apuesto por el aspirante». Dije a Saqueador todas esas cosas que Flecos me había contado de sus patas lastimadas. Saqueador dijo: «Dile a Flecos que lo siento mucho por él. Me ha dado más de lo que yo merecía durante cinco temporadas, y ya tiene su edad. Espero que esté-a-cubierto hasta que-pueda-marcharse, porque el negocio es el negocio». La vez siguiente que estuve en Sendero medio le dije a Flecos lo que Saqueador había dicho. Flecos dijo que sus patas no estaban tan lastimadas y que si fuera comienzos de primavera podría seguir vivo… de algún modo.

Poco después hubo partida de caza en Perreras. Amo-Señorita dijeron que Diminuto podría empezar a cazar-de-verdad en época de crianza, en septiembre. Diminuto fue muy bueno y estuvo contando a Amo-Señorita y a Zapatillas cómo saldría de caza, hasta hora de acostarse. Conté a mi amigo Saqueador todas estas cosas cuando hablé en alto con él en siguiente partida, delante de todos los sabuesos. Dijo: «Le enseñaré a Diminuto un par de cosas cuando se presente. Le pone muchas ganas».

Poco después Plato Brillante creció con fuerza y obligó-a-cantar. Adar asomó desde arriba y dijo: «¡Silencio!». Jugamos a sonar-cadenas junto a nuestras perreras. Adar dijo: «¡Parad ya!». Vino y soltó, como hace siempre cuando hacemos bastante. Fuimos de paseo por jardines y huerto como siempre hacemos cuando lo hace. Fue divertido. Entonces oímos «Sabueso perdido» como muy lejos, pero no canción como debe ser. Dijimos: «¿Quién es? Ven aquí». Dijo: «No sé dónde está “aquí”. No veo». Dije: «Ese es Saqueador. ¡Vamos corriendo!». Corrimos como conejos por huerto. Ahí estaba Saqueador. *Pero* caminaba de lado, cabeza-torcida… muy feo. Dije en alto. Él no sabía. Dijo: «Me voy rápido a Perreras». Pero daba vueltas y vueltas. Dijo: «¡Cuidado, perrera-que-se-mueve!». Zapatillas dijo: «Hay extraño perro enfermo dentro de Saqueador». Saqueador dijo: «¿Dónde está mi sitio en la banqueta?». Pero se tropezaba con árboles y andaba torcido. Tuvimos miedo. Nos pusimos a cada lado. Fuimos a nuestras perreras. Él cayó entre nosotros. Lamimos su cabeza porque tenía sangre. Después de ratos dijo: «¿Qué es esto?». Dijimos: «Esto es Botas y Zapatillas». Intentó marcharse a Perreras. No se podía levantar. Quedamos a su lado y lamimos y lamimos hasta que Adar corrió cortinas de cocina para desayuno. Dijimos.

Vino rápido. (Cocinillas también.) Hubo huevo-con-brandy, cuanto antes. Amo-Señorita y Diminuto llegaron justo después. James fue en perrera-que-se-mueve a sacar-a-gente-veterinario-de-la-cama tirando-del-pelo-si-es-necesario. Moore y Magistrado llegaron también a toda prisa, porque Saqueador no había pasado noche en Perreras y Advenedizo había peleado con Egoísta el sitio de Saqueador en la banqueta y hubo gran alboroto en Perreras. Moore dijo en voz baja a Saqueador, pero Saqueador no respondió. Moore y Amo lo tendieron en banqueta de los tiestos en cobertizo después de que Harry-con-pala pasara escoba y encendiera pequeña estufa. Diminuto fue enviado a desayuno pero dijo en alto. Gente-veterinario hizo cosas terribles en cabeza de Saqueador. Hubo que acostarlo después. Moore apartó paja como en Perreras. Saqueador golpeó suelo con cola dos veces, suave. Nos dejaron tumbarnos. Lamimos y lamimos su cabeza. Veterinario dijo que había perdido un ojo para siempre y que podía perder el otro. Dijo que fue algún coche con motor. Y ¡que Saqueador era perro enfermo!

Todos estos ratos Diminuto vino a sentarse con, menos cuando Insti lo llevaba o eran paseos a caballo en Parque. Yo también, excepto cuando Amo quería que ayudara recorriendo granjas. Una vez vi a Flecos en Borde del bosque. Le hablé de Saqueador. Dijo: «Lo supe la misma noche. Fue la perrera-que-se-mueve de las viejas-amables-simpáticas de los Cotswold, que llevan gallinas para matarlas. Dile a Saqueador que lo siento mucho, porque los ojos son peores que las patas. Dile que venga a verme algún día cuando estén puestas las hojas y hablaremos de viejas persecuciones. Estamos acabados, pero no hay rencor». Y dijo: «Lamer es lo mejor para los cortes. ¡Mira mis patas!». Y dijo que había vuelto a matar gallinas de las viejas-amables-simpáticas, que enviaban gallinas a morir en Cotswold y Heythrop. Dijo que había gallitos de competición, pero que era difícil llenar la barriga las noches de helada. Dije: «Hay buen cubo de basura en nuestra casa. Puedo levantar tapa con hocico. No diremos nada». Flecos me dijo: «Si tus piernas fueran tan buenas como tu corazón, no duraría ni tres campos delante de ti. Me avergüenza andar buscando en los cubos a mi edad. Pero iré. Dile a Saqueador que no me delate si me sorprende». Así que fue a nuestro cubo sin hacer ruido.

Ratos después Saqueador volvió a ser Sabueso no enfermo. Dijo que tenía espina en la pata después de una carrera. Se había echado sobre hierba para quitarla con la boca junto a cerca de viejas-amables-simpáticas donde Flecos mataba gallinas. Las señoras llevaban gallinas a morir, muchas-y-en-cantidad, en perrera-que-se-mueve. Patinaron con la perrera sobre hierba porque

hablaban. Cayó a zanja del golpe y se convirtió en extraño perro ciego. Le hablé de Flecos y el cubo de basura. Dijo: «Me parece bien. Dile que venga. Hablaremos de viejas persecuciones, porque los dos estamos retirados».

Ratos después Saqueador se bajó de banqueta y comió hierba. Me dijo: «Iré a mis Perreras y hablaré con todos. Venid con, porque no veo más que de cerca, y muy poco». Zapatillas dijo: «Es hora-de-cabalgar para mi Diminuto. Esperaré». Así que fui con Saqueador. Me puse en lado malo por si tropezaba. Fuimos despacio por medio de Parque, que conocía por el olfato. Perreras estaban cerradas. Moore y Magistrado venían para llevarse de paseo a Diminuto. También estaba Hombre de verdad con nuevo-de-cuatro-años. Me senté fuera, porque no me gustan nuevos Caza Terriers. Saqueador levantó hocico y dijo mucho tiempo a las puertas de Perreras. Hubo ruido espantoso en Perreras, todos a la vez, una vez, y luego silencio. Hombre de verdad dijo a Moore: «No pensé que algo así fuera a ocurrir». Moore dijo: «Lo vi una vez cuando era mozo de cuadra en casa del marqués, mi señor». Hombre de verdad dijo: «¡Déjelo entrar y acabemos con esto de una vez, por Dios!». Dejaron entrar a Saqueador. Fue a ventana buscando la banqueta de dormir de los sabuesos. Se levantó despacio en alféizar y miró con su ojo bueno. No dijo nada. De nuevo hubo ruido espantoso, todos a la vez, y luego silencio. Entonces *dijo* mucho tiempo, como cuando era Sabueso perdido. Entonces volvió a mirar y hubo de nuevo grito espantoso dentro. Bajó al suelo. Salió. Dije: «¿Qué pasa?». Dijo: «Advenedizo ha tomado mi sitio en la banqueta. Iré a pasear con Diminuto». Hombre de verdad dijo a Moore: «¡Vamos!». Pero las cinchas de Magistrado estaban flojas y Moore las apretó con mucho cuidado. Hombre de verdad sonó la nariz con rabia y dijo: «Vaya dos viejos tontos que estamos hechos». Volvimos con Diminuto. Hombre de verdad contó a Diminuto que Saqueador nunca volvería a Perreras y lo regaló como propio para siempre. Amo-Señorita pusieron vieja perrera del labrador junto a jardines-de-verduras con banqueta para-el-día-y-para-la-noche, pero sin cerrarla, para que pudiera entrar y salir a-su-gusto. (También puedo abrirla con mi hocico.)

Después hubo muchos paseos a caballo en Parque, porque Magistrado tenía piernas gruesas[11] y necesitaba suave-ejercicio-de-verano. Diminuto decía todo el tiempo de cazar-de-verdad, como siempre. Moore dijo; si Saqueador pudiera hablar, le enseñaría más que Amo-o-yo. Le contó todo de cacerías-de-verdad y Saqueador, y Romeo y Regan, y Real y Raquel, y Ruperto y Ristori, que eran los padres y madres de Saqueador; y de Zorros y Rastros y de mandar sabuesos y de tantas cosas interesantes. Diminuto

encontró pequeña trompeta roja en Vieja guardería y tocó como si fuera Cuerno-en-hermosa-mañana-de-caza. Moore enseñó cómo dar voces. Saqueador enseñó a Zapatillas y a mí cómo responder a Cuerno como jauría de caza.

Una vez, cuando las hojas estaban puestas, Plato Brillante creció con fuerza y obligó-a-cantar. Jugamos a sonar-cadenas hasta que Adar soltó, como hace siempre. Fuimos a ver a Saqueador, como hacemos siempre entonces. Vimos a Flecos bajo grosellas silvestres y a favor del viento junto a vieja perrera del labrador, como hace siempre cuando viene a hablar. Hubo mucho digo-esto-y-digo-aquello sobre viejas persecuciones con Saqueador y Flecos. No dijeron lo mismo. Zapatillas dijo: «Mejor no remover las cosas». Saqueador dijo: «Mejor remover las cosas que no remover nada». Zapatillas dijo: «Tengo una idea. Montad una persecución los dos solos. Una persecución para mi Diminuto». Saqueador dijo: «Ya le llegará la hora con la nueva camada en época de crianza, en septiembre. Será entonces cuando aprenda». Zapatillas dijo: «Pero enseñadle persecución vuestra de ahora. Porque nadie gana en astucia a ti y a Flecos, cada cual en lo suyo». Flecos dijo: «Suena a tontería de conejo. Dile que cierre el pico». Zapatillas dijo: «Montad una cacería de broma para mi Diminuto por los caminos de Borde del bosque. Ese Taffy está muy gordo. No puede saltar, pero puede colarse en cualquier sitio. Montad una cacería de broma por los caminos del bosque». Dije: «Y por Parque, y con muchos controles para que pueda estar con Saqueador si tropieza». Saqueador dijo: «No tropezaré. Conozco cada palmo de Parque con mi olfato. No tropezaré». Flecos dijo: «Estoy cojo. Estoy gordo. Me iré a Brecknock dentro de nada». Saqueador dijo: «Has pasado demasiado tiempo entre cubos de basura. Te vendrá bien correr al aire libre antes de irte. Nos vendrá bien a los dos». Flecos dijo: «Estás bajo la influencia de Plato Brillante». Pero meneó la cola. Saqueador dijo: «¿Qué pasa con los rastros en esta época del año?». Zapatillas dijo: «Id mejor de un sitio a otro, como en carrera, y olvidad los rastros». Saqueador dijo: «Pero debo enseñarle a Diminuto cómo trabajan los sabuesos de verdad. Tiene que ver un-poco-de-todo». Flecos dijo: «Mis pezuñas me dicen que cuando Plato Brillante se ponga esta mañana empezará a llover, y eso borrará el rastro». Saqueador dijo: «Es cosa tuya, tú debes saberlo. Ahora preocúpate de correr más rápido para Diminuto». No acabaron ahí preocupaciones. Hubo que fijar recorrido para la cacería de broma de Diminuto. Iba a través de Parque desde los senderos de Borde del bosque junto al Pabellón de ganado y Arroyoescaso hasta Bosque del estornino, y decía adiós a los queridos amigos de Perreras

para terminar en Tierra de Hacer junto al Muro de piedra en la carretera del condado, ya que, como dijo Flecos, allí estaba la puerta trasera que llevaba a la comarca de Berkeley y a Gales. Zapatillas y yo ayudamos mucho. Luego empezó a llover, como dijeron las pezuñas de Flecos.

Por la mañana dejó de llover. Moore vino con Magistrado —que tenía las piernas gruesas y una venda apestosa— para hacer ejercicio-suave. Diminuto se llevó trompeta consigo y su látigo, como siempre. Saqueador iba al lado de Taffy. Yo también. Fuimos por Camporratones hasta Sendero medio para ir despacio, dijo Moore. En Sendero medio estaba Flecos esperando, como dijo que haría. Moore dijo: «Maldita sea su *impirtinencia*… ¡Mirad!». Saqueador empezó a ladrar y echó a correr camino arriba. Yo también. Diminuto puso la mano detrás de oído y dio voces como es debido. Flecos se escurrió cojeando un poco, pero muy rápido. Magistrado se columpiaba como caballito de Vieja guardería. Moore dijo: «¿Qué haces, viejo tonto? ¡Vuelva, señorito Digby!». Diminuto dijo: «¡Debo seguir a Saqueador! ¡Adelante!». Echamos a correr por Sendero medio… mucha distancia. Flecos giró a derecha para refugiarse en Roble del guardabosque y así colarse en Parque por Huecos del seto de hayas y Tresrobles, como dijo que haría. Era escondite tupido. Fuimos poco a poco porque hacía calor. Me quedé junto a Saqueador porque no veía. Flecos dijo desde su escondrijo: «No andas mal de piernas, desde luego». Saqueador dijo: «¡Perdón si fui muy rápido! Conozco Sendero medio por el olfato. No hemos empezado mal». Moore dijo en alto: «Vuelva, señorito Digby. Ya no lo volverá a ver. Lo menos está a varios condados de distancia a estas alturas». Diminuto dijo: «¡No llames a mis sabuesos!». Taffy tropezó en un hormiguero que había en helechos. Diminuto se echó hacia delante y golpeó la cara en cabeza de Taffy. Su nariz sangraba mucho. La limpió con la mano. Moore dijo: «Y ahora ¿qué le diré a su madre?». Zapatillas dijo: «Saqueador, baja hasta el Camino de poniente, donde ese Taffy pueda ver sus estúpidas patas». Saqueador dijo y bajó hacia el Camino de poniente sobre césped propiamente dicho, pasando por Huecos del seto de hayas y Tresrobles hasta llegar a Parque. Taffy pasó meneando el trasero. Magistrado fue detrás. Era como un buey. Moore estaba cubierto de hojas. Empezó a decir palabrotas a Magistrado. Flecos salió de detrás de Tresrobles como dijo que haría y se dirigió a Arroyoescaso. Diminuto tocó la trompeta. Moore: «¿No va a terminar de cruzar el Parque? ¿O sí? ¡Demonios si entiendo algo de todo esto!». Flecos siguió Arroyoescaso hasta Cañada del parque. Cruzó el arroyo dos veces, como dijo que haría, y fue de Cañada del parque a Soto del Alerce.

Saqueador fue siguiendo rastro y avanzó despacio por Arroyoescaso para enseñar a Diminuto cómo-debía-hacer-su-trabajo. Moore dijo: «¡Fíjese, señorito Digby! Es usted muy joven, pero no verá nada más hermoso en su vida». Era un rastro muy intenso. Zapatillas y yo respondimos en alto. Saqueador también. Cuando llegamos a Soto del Alerce, donde Flecos se volvió bruscamente como dijo que haría, Saqueador dijo: «¡Callad, tontos! Aquí es donde perdemos el rastro». Levantó la cabeza, volvió con Taffy y Diminuto, se sentó y se rascó la oreja. (Zapatillas y yo también.) Diminuto dijo: «¿Los mando de nuevo?». Moore dijo: «No se puede tener todo, señorito Digby. Son sus sabuesos, no los míos». Diminuto se metió el dedo en boca y se mordió, como hace cuando no sabe. Moore no dijo nada. No dijimos nada. Después de ratos (no dijimos) Diminuto tocó la trompeta y nos mandó al otro lado de Arroyoescaso en dirección a Cañada del parque. Saqueador dijo: «¡Nuestro Diminuto no es ningún tonto!». Retrocedimos difícil. Zapatillas dijo: «¿Puedo ladrar ahora para mi Diminuto? El rastro es tan fuerte que tumbaría a un cerdo». Así que pudimos ladrar. (Yo también.) Saqueador confirmó. Flecos salió de Cañada del parque como dijo que haría. Fuimos brincando hacia Pabellón de ganado en Parque, donde una vez cazamos a Toro gordo. Era césped bien firme que Saqueador conocía bien por olfato. Fue carrera feroz. Llevé a Zapatillas al Pabellón. Flecos pasó por debajo de la verja. Saqueador dijo: «¿Crees que puedo saltar por encima de las vallas del ganado? Me parece que han quitado la barra de arriba»… Dije: «Está puesta. ¡Ve por debajo!». Estaba muy avergonzado, pero pasó por debajo. Terminamos sentados en cobertizo de los terneros, donde el abrevadero, para beber. Teníamos sed. Después de ratos, Moore dijo a Diminuto fuera: «¿Qué le hizo retroceder en Soto del Alerce, señor?». Diminuto dijo: «Si fuera un zorro y estuviera cojo y quisieran empujarme fuera de mi bosque, intentaría volver». Moore dijo: «¡Alabado sea el Señor! ¡Tiene usted el don! Yo solo he ayudado a que aparezca». Flecos dijo a Saqueador: «Es hora de que deje la comarca. ¿Hubo algún problema con mi vuelta? ¿Alguno de vosotros pequeñuelos le distéis a vuestro cachorro alguna pista?». Zapatillas dijo: «Intenté ayudar a mi Diminuto apartándome un poco. Pero estaba enfadado y me puso en mi sitio. Ese retroceso fue todo cosa suya». Entonces Flecos le dijo a Saqueador: «¿Por qué estuviste tan callado en Arroyoescaso? A los jóvenes les gusta que haya música, ya lo sabes». Saqueador dijo: «¡Perdón! Ese era un defecto de mi madre al rastrear. Siempre prefería su trabajo a la compañía. Igual que yo». Flecos dijo: «Sigamos, pues. La próxima parada es

Bosque del estornino. Me internaré en la Zanja de drenaje despacio y me colaré en Hoyo del Pato. Habrá un-poco-de-todo para vuestro Diminuto».

Flecos apareció detrás del Pabellón de ganado, como dijo que haría. Hubo carrera corta hasta la Vieja zanja. Se metió dentro. La zanja estaba cubierta… de zarzas. Fuimos con cuidado. Diminuto dijo en alto, porque no podía ver. Moore dijo: «Se están dejando la piel a tiras ahí dentro por usted, señorito Digby. No los apremie. ¡No los apremie!». Saqueador dijo a Flecos: «Enseña la patita de vez en cuando. Las jóvenes camadas tienen sed de sangre, ya lo sabes». Así que Flecos salió dos-tres-veces del borde de zanja. Y Diminuto aulló de contento y estaba feliz como cachorro. Al final de zanja Flecos dijo: «Cruzad en silencio Hoyo del Pato y haced como que saltáis obstáculos». Así hicimos. Cruzamos a saltos Bosque del estornino. Saqueador empezó a brincar de lado, porque veía un poco mejor. Yo estaba preocupado por mi amigo Saqueador. No sabía dónde caería… igual que yo con el cortacésped y el faisán. Pero solo eran cardos. Dijo: «¡Perdón! Me olvidé que soy perro ciego».

Todos nos sentamos. Era sitio apestoso de pájaros, huevos y plumas… todo palos. Saqueador dijo a Flecos: «Moore nunca suelta a sabuesos aquí. No nos gusta, y el rastro no miente». Flecos: «Pero Moore sí, y los zorros no podemos ponernos quisquillosos». Moore y Diminuto acercaron sus caballos. Quedamos quietos. Moore dijo: «¡No puede estar aquí, señorito Digby! Los zorros no se meten donde se meten los estorninos. Los sabuesos no buscarán en el Bosque del estornino». Diminuto dijo: «Pero tú mismo dijiste que cazar es que ocurra siempre lo que no puede ocurrir». Moore dijo: «Sí, pero se ha ido a encontrar refugio al otro lado del parque. Vamos a casa y lávese la cara antes de que nadie lo vea». Diminuto dijo: «Y ¿perder mi zorro?». Moore dijo: «Entonces llámelos y mándelos más adelante». Diminuto no dijo nada. Sacó la trompeta de su silla y la sostuvo delante de Moore. Moore no la cogió. Se le puso roja la cara. Dijo: «Le pido disculpas humildemente, señorito Digby. Bien que me disculpo». Zapatillas dijo: «No entiendo lo que pasa». Saqueador dijo: «Le está dando su cuerno a Moore porque Moore sabe perfectamente cómo dar con este zorro». Flecos dijo a Saqueador: «Lo mejor será que hables un poco o Moore me perderá, lo mismo que la temporada pasada». Saqueador habló. Diminuto dijo: «¡Está aquí! Saqueador no puede mentir. Tú mismo lo has dicho. Ve a favor del viento, ¡rápido!». Moore fue. Espoleó a Magistrado. Zapatillas dijo: «¿Por qué Moore no cogió la trompeta de mi Diminuto?». Saqueador dijo: «A Moore le da vergüenza cazar con los sabuesos de otros, lo mismo que aquel hombre de cara alargada a quien el

Amo le dio el cuerno, porque era el perrero de Bathsheba Spooner». Flecos dijo a Zapatillas: «¡Ven conmigo! Aquí hay otro-poco-de-todo para tu Diminuto». Fueron donde el bosque apestaba más fuerte. Un cachorro grande salió corriendo entre obstáculos hacia Diminuto. Zapatillas iba detrás. A Diminuto no le gustó. Dijo: «¡Un zorro fresco! ¡Un cachorro! ¡Vuelve con Saqueador, perrillo faldero!». Y castigó a Zapatillas con un golpe de látigo. Y acertó. Zapatillas volvió a toda prisa. Dijo que Flecos le había ordenado espantar-a-ese-joven-y-ver-cómo-Diminuto-reaccionaba. Moore llegó rodeando la zona cubierta. Diminuto dijo: «He insultado a Zapatillas. ¡Le he dado con el látigo a mi propio Zapatillas!». Moore dijo: «¡No se lo tome tan a pecho! Puede insultar a cualquiera que le cubra el flanco menos a su padre y su madre de usted y el Amo y yo». Flecos dijo: «Creo que iré a Fan Dringarth esta misma noche. La temporada que viene las cosas se van a poner difíciles en esta comarca para los enfermos». Saqueador dijo: «¡Ten corazón! Quédate y hazme compañía». Flecos dijo: «Lo haría, pero solo tengo una cola. Ahora la siguiente parada es Tierra de Hacer junto al Muro de piedra en la carretera del condado, donde desaparezco para irme al Bosque del Diácono». Saqueador dijo: «Tierra de Hacer es un embrollo de tubos y cañerías. No puedes-salir-de-ahí hasta la noche». Flecos dijo: «Los tubos rompen con la helada y luego los tejones los limpian. Pero primero diremos adiós a nuestros amables amigos de Perreras. Habrá control en Nuevos Abetos. Vosotros, pequeñuelos, os descolgáis ahí y vais con calma hacia Loma del Abeto, hasta que volvamos de Largo Declive. Y entonces os unís a nosotros para un final trepidante».

Zapatillas dijo: «Ese Taffy no puede galopar para mantenerse en calor». Saqueador dijo: «Pero a Magistrado le hacen falta tres-patas-nuevas. Luego cuidaremos de ellos. Ahora hay que actuar como jauría de verdad. ¡A correr todos juntos!».

Flecos asomó bajo narices mismas de Taffy. Lancé grito de lo más lindo, y Adar me habría premiado por él. Después no fui tan rápido como Saqueador. Era terreno en declive y césped firme, que Saqueador conocía bien por olfato. Hubo buen control en Nuevos Abetos, como dijo Flecos. Zapatillas y yo nos descolgamos. En cierto momento Flecos apareció en Largo Declive con Saqueador pisándole la cola. Era persecución de verdad. Zapatillas y yo fuimos hacia Loma del Abeto y quedamos mirando. Taffy y Diminuto se volvieron más pequeños cada vez en Largo Declive. Moore y Magistrado también. Flecos y Saqueador eran más pequeños aún y estaban mucho más lejos, junto a Patio de Perreras de Verano. Oímos a Saqueador

ladrar y era lindo. Los ruidos habituales en Perreras de Verano eran terribles… como perros normales que no pueden cazar cuando quieren. Yo era perro feliz, porque no me gustan Advenedizo ni Egoísta. Ni tampoco los nuevos Caza Terrier. (Tampoco a Zapatillas.) Bailamos y cantamos.

Después de muchos ratos, Flecos subió desde Largo Declive hasta Loma del Abeto, cojeando al arrastrar la cola. Dijo: «¡Soy Zorro hundido! ¡Saqueador es Sabueso perdido! ¡Taffy está frito! ¡Magistrado está a punto de estallar! Venid conmigo, pequeños, y que-el-diablo-nos-acompañe».

Corrimos como conejos. Fue carrera tremenda. Me puse delante de Saqueador algunos ratos. Llegamos a Tierra de Hacer pidiendo sangre. Flecos cayó a tierra delante de los colmillos de Saqueador, que eran como trampas para ratas. Estuvimos ladrando hasta meternos en oscuridad. Nos sentamos con lengua fuera. Saqueador dijo: «¡Menudo final!». Flecos dijo: «No está mal, a nuestra edad. Esa última etapa tiene más de un kilómetro». Saqueador dijo: «Calculo que la persecución ha cubierto seis kilómetros y medio de principio a fin. Eres demasiado bueno para esos galeses. Quédate con nosotros». Flecos: «No con ese jovencito a punto de asomar. Aunque juega limpio. ¡Escuchadlo!». Era Diminuto fuera con Taffy resoplando. Diminuto dijo en alto: «¡Estaba cojo! ¡No dejes que se le acerquen! ¡Está cojo! ¡Llámalos, Moore, y busquemos a esa cría!». Y tocó mucho la trompeta. Moore dijo: «No ha estado mal para un día de julio, señorito Digby. Aquí llega el señor, y me va a calentar bien los oídos». Flecos dijo a Saqueador: «Creo que te van a castigar por cazar fuera de temporada. Me voy a Gales. Sois un verdadero equipo, todos vosotros». Y Flecos retrocedió hacia Tierra de Hacer, que es camino por donde se va a su hogar-entre-las-rocas, donde tubos estaban rotos y los tejones ayudaron, como dijo que harían, hasta que no pudimos verle más los ojos. Saqueador llamó: «¡Eres el mejor, Flecos!». Pero Flecos no respondió.

Salimos fuera. Ahí estaba Hombre de verdad en Caballo alto que venía despacio desde Perreras. Saqueador dijo: «Ya no es mi amo. Actuad como jauría». Nos echamos alrededor de Taffy, que meneaba cola con las cinchas flojas mientras Diminuto cuidaba. Saqueador puso cabeza-en-patas y miró a Diminuto. Yo hice espina-en-pie. Zapatillas hizo cardos-en-cola. Moore hizo tocar-la-pierna-gruesa de Magistrado y quitar hojas de su frente. Hombre de verdad se acercó despacio. Se quitó la gorra ante Diminuto. Dijo: «Doctor Digby, supongo. Espero que Vuecencia haya disfrutado con los encantos de mis tierras». Diminuto dijo: «Se metió bajo tierra. Pero fue una carrera excelente. Llevé mis propios sabuesos. ¡Escucha, tío!». Y dijo y dijo, como

pudo, de todas las cosas de principio a fin. Hombre de verdad le dijo a Moore: «Cuando haya terminado de herborizar echado sobre su vientre, quizá me pueda explicar qué ha pasado». Moore dijo: «Yo tengo toda la culpa, señor. Fui perrero de un zorro cojo, un sabueso ciego, dos perros falderos y un niño, y ¡fue la carrera de mi vida! Hubo un poco de todo, como diría usted, señor, casi como si alguien hubiera planeado enseñar al señorito Digby *multum in parvo*, por así decirlo. Y ¡que me prohíban volver a cazar, mi señor, si no sale de esta hecho todo un cazador!». Hombre de verdad dijo: «Cuéntemelo todo hasta el último metro». Moore dijo y dijo; Diminuto dijo y dijo, todo de una vez y mezclado. Hombre de verdad preguntó sobre la vuelta de Flecos y sobre el retroceso de Diminuto, y sobre Rastros y el Bosque del estornino y sobre todas las cosas en abundancia. Dijo que era cosa de infantes y de niños de pecho[12]. No dijimos. Golpeamos suelo con la cola cuando se decían nombres, pero nada de trucos de salón. Fuimos jauría de verdad.

En mitad del contar, la perrera-que-se-mueve apareció por carretera del condado con Señorita, que había ido de compras. Se paró y pasó por encima de muro. Llegó rápido. Dijo: «¡Digby! ¡Mira cómo tienes la cara!». Diminuto dijo: «Ah, lo olvidé, Taffy tropezó y me di con él». Ella dijo: «Te vienes a casa conmigo y te lavas esa cara ahora mismo». Diminuto dijo: «¡Oh, tío!». Hombre de verdad dijo: «Deja que vuelva con sus perros, Polly. Se lo ha ganado». Señorita dijo: «Entonces me llevaré a Botas y Zapatillas. Ellos no cazan». Pero no fuimos. Dijo que James decía. Diminuto no dijo nada. Así que no fuimos en perrera-que-se-mueve. Cruzamos Parque con Saqueador y Diminuto y Taffy y Moore y Magistrado y Hombre de verdad hasta nuestras perreras, como jauría de verdad.

EL PERRO TOBY

Por favor, vuelvo a ser yo, el de siempre. Botas, que era amigo de Saqueador. Hago «súplica»… Cuento. Pero no comprendo.

Fue la vez que Diminuto fue a Piso-en-Ciudad para cosas-en-la-garganta, que gente-veterinario quitó para poder dormir con boca-cerrada y no coger frío. Dijo que estaría muy bien si íbamos después. Así que fuimos con Adar en caja-de-perros-en-tren. La gente de guardia dijo que fuimos todos caballeros.

Piso-en-Ciudad apestaba. Diminuto estaba enfermo-en-cama. Tiempos después lo tumbaron en sofá-junto-a-la-ventana-trasera que mira a patio-de-garaje. Nos sentamos en ventana por culpa de los gatos.

Una vez hubo ruidos de silbido-chirrido y Caja con volantes, con piernas debajo, apareció en patio de garaje. Había un perro como Zapatillas y yo que tenía collar con adornos. Muchos pequeños iban detrás-de-su-cola. Dijimos a Diminuto. Fue a la ventana rápido. Dijo: «¡Hurra! ¡Títeres!». Hombre sucio, que era las piernas, salió de debajo de Caja con volantes y silbó-chirrió con cosas entre dientes. Perro con adornos caminaba sobre-patas-traseras y estrechaba la mano de pequeños como Hombre sucio le decía. Hombre sucio se metió en Caja con volantes. Salieron muñecos y subieron a banqueta que había delante. Uno era todo nariz y espalda encorvada como la que Diminuto arrancó de Árbol brillante cuando cachorro. El perro con adornos subió a banqueta y mordió a Muñeco narigudo en la nariz. ¡Hubo pelea! Llegó Muñeca azul. ¡Hubo más pelea! Muñeco narigudo pasó cuerda alrededor de Muñeca azul y la tiró en banqueta y cantó en alto. Era el final. Hombre sucio salió de debajo de caja y enseñó sombrero-por-dentro a los pequeños. Todos se fueron. Dijo: «¡Maldita sea! Os gastáis una fortuna en el cine, pero cuando podéis ver teatro de verdad, huis como liebres». Silbó-chirrió y recogió la caja y se fue.

Ratos después regresó. Diminuto dijo a James, que estaba ocupado-con-la-colada: «Baja con ellos para que lo vean de cerca». Fuimos con correa y nos sentamos en-primera-fila. Perro con adornos, que se llamaba Toby, volvió

a hacer monerías y juegos de salón para pequeños. Teníamos vergüenza, porque era-como-nosotros. Lo dijimos. El perro Toby respondió: «Si no estuviera trabajando, os daría algo por lo que cantar»… James nos apartó rápidamente. El perro Toby dijo: «¡Buenas noches! No os atragantéis, ricuras»…

Más ratos después Hombre sucio volvió. Diminuto no podía bajar por culpa de garganta. James fue y habló con él mucho. Hombre dijo que era espectáculo-de-categoría-para-la-realeza, pero que primero debía lavarse. James contó a Señorita. Así que Hombre sucio subió al Piso y hubo espectáculo-de-categoría para Diminuto y todos-nosotros y nuestra Adar. Pero el perro Toby se movía despacio y parecía triste. Hombre sucio dijo a Señorita que de tal palo tal astilla, porque el perro Toby estaba agotado-de-trabajar-por-dinero y necesitaba descanso-y-cuidado-y-buen-hogar. Todo ese rato el perro Toby estuvo tumbado sobre su espalda, entornando los ojos como cachorro-enfermo. Adar dijo: «¡Si esos tres se juntan, estarán peleándose hasta el amanecer! ¡Mire la expresión de Zapatillas!». Señorita dijo que-no-sabía-muy-bien-qué-diría-Amo. James dijo que podía estar en garaje de casa, y de este modo no entraría-en-contacto con nadie. Así se hizo, entonces, y el perro Toby fue con James para ponerse bueno y ser perro sano. Tres-cuatro días después fuimos a casa en caja-de-perros-en-tren. La gente de guardia fue amable y dijo a Adar que éramos perros-de-campeonato-seguro.

Cuando llegamos a casa, fuimos corriendo como conejos por bordes buscando huesos que habíamos escondido… en caso de hambre. Los habían robado… ¡todos!

Zapatillas dijo: «¡Ha sido ese maldito perro Toby! Ven conmigo, vamos a darle una lección». Lo husmeamos en Jardín cercado. Dijimos en voz alta. No respondió. Puso los ojos en blanco como anillos. Agachó cabeza bajo cogote. Levantó patas de atrás. Echó a rodar sobre cabeza y trasero. ¡Echó a rodar hacia nosotros! Primero fueron ojos en blanco; luego trasero rodando hacia nosotros. Nunca habíamos visto nada *así*. ¡Era tan poco perruno que era indecente!… Pero no corrimos. Cuando se acercó demasiado, volvimos. Cuando empezó a cantar como perro enfermo, volvimos más rápido a Dioses propios en césped. Amo me dijo: «¡Hola, Botas! Tienes pinta de que algo te ha ofendido en tu amor propio. ¿Pasa algo?». No dije nada. Ayudé a fumar-en-pipa como hago siempre. Harry-con-pala vino y dijo que había conejos en jardines-de-verduras. Amo cogió escopeta-de-dos-disparos y fue a ver. Seguimos rápido. El perro Toby salió del garaje hinchado como pavo real. Dijo: «¿Qué pasa?». Zapatillas dijo: «Ven y aprende». Zapatillas se metió

entre repollos y espantó a conejo, que es su especialidad. Amo disparó por encima de mí y mató. Toby se fue de allí como-humo. Amo me envió a puerta de atrás con conejo para nuestra Adar, que es una de mis especialidades. Fuimos-a-buscar al perro Toby. Estaba sobre barriga en caja de botas donde James guarda las-cosas-para-abrillantar-pies. Dijo: «¿Qué fue eso? ¿Qué fue?». Dijimos: «Cosas de escopeta-de-dos-disparos». Dijo: «No puedo con eso. ¡Me da miedo! ¡No puedo!». Zapatillas dijo: «¡Valiente perro-vulgar-cobarde-ladrón-payaso estás hecho! ¿Dónde están huesos?». El perro Toby dijo. Cavamos y llevamos lo que quedaba a Vieja perrera del labrador para estar seguros. Lo dijimos a Saqueador. Estaba contento de ver que habíamos vuelto. El perro Toby apareció doblando esquina. Dijo: «Puedo ser payaso, pero no soy ningún tonto. Si me decís cuál es vuestro juego, os diré cuál es el mío». Saqueador dijo: «Y ¿qué sucio juego es el tuyo?». Dijo: «Ratas». Y dijo que tenía récord de matarratas en tres tabernas. Dijimos: «¿Qué son tabernas?». Dijo: «¡Dios santo! ¡Me dais dolor de cabeza!». Y dijo que taberna era sitio donde iba Él después de trabajar. Zapatillas dijo: «¿Qué es Él?». El perro Toby dijo: «Él es mi Dios propio». Dije: «¿Qué es trabajar?». Dijo: «Lo que hace que tengas comida». Dije: «Esa es nuestra Adar cuando la campana avisa a Dioses propios de su comida en mitad del día, que es Almuerzo». Dijo: «¡Va a ser eso, gorrones!». Saqueador dijo: «¡No peleéis! Quédate con tus ratas, perro Toby. Trabajar es lo mismo que hacer cosas. Después de hacer cosas toca abrevadero y banqueta en todas partes». Zapatillas dijo: «Lo que él hace son monerías y juegos de salón». Y dijo de Hombre sucio y espectáculo-de-categoría. Pero no dijo nada de *eso* en Jardín cercado que vimos porque daba vergüenza. Saqueador dijo: «¡Haz juegos de salón!». El perro Toby caminó muchos ratos sobre-patas-traseras. Dijo que solo había seis-perros-en-su-oficio como él. Dijo de récords de matarratas que tenía, con los que Él, que era su Dios propio, hacía-apuestas. Y dijo cómo James lo había llevado a Paseo cuando llegó y Gente-Señor-Kent había traído muchas-ratas para-probar. Y mató ocho en medio minuto en suelo-de-granero. Dijo que James y Señor-Kent estaban muy contentos y que iban a despellejar-al-pueblo-en-carne-viva a-la-primera-oportunidad. No comprendimos.

Zapatillas dijo: «Si eres perro tan estupendo, ¿cómo es que Él te entregó a James y Señorita?». El perro Toby dijo: «La temporada en Londres se ha terminado. Él no me necesita ahora mismo. Así que hago perro triste y Él me vende a gente-buena-amable con buen-hogar. Un día Él pasará por aquí y hará silbido-chirrido. Oiré y volveré a mi-trabajo. Tal vez sea Caja con volantes y Muñecos. Tal vez sea ayudar a hombre-ciego a cruzar Marble Arch».

Saqueador dijo: «Pero ¿Él es ciego?». El perro Toby dijo: «Lo-bastante-ciego para llenar-de-peniques-mi-vaso». Saqueador dijo: «Yo estoy tan-ciego-que-ni-eso. Siento pena por Él». Le conté que Saqueador había sido atropellado por viejas-amables-simpáticas que-mataban-gallinas. Toby dijo: «Si hubiera estado con él, eso no habría pasado». Me enfadé muchísimo. Saqueador dijo: «¡Déjalo correr, tonto! Ve a comer hierba».

Así que dimos paseo por jardines-de-atrás. Después de ciertos ratos, James apareció con jaula de ratas. Y la vació. Yo maté una. Zapatillas otra. El perro Toby mató cuatro que corrían en direcciones diferentes. James no paró de celebrar y dijo que iban-a-desplumar-a-todo-el-pueblo. El perro Toby estaba muy-pagado-de-sí-mismo. Zapatillas dijo: «¡Recuerda escopeta-de-dos-disparos! Y ¡ponte a correr, sabueso de pacotilla!». Hubo decir-y-más-decir. Saqueador salió de perrera y dijo: «¿A qué viene tanto jaleo ahora?». Dijimos. Saqueador sentó y dijo: «A mí no me gusta escopeta-de-dos-disparos, y a mi madre Regan tampoco le gustaba. El perro Toby no es sabueso de pacotilla. No lo puede evitar. Pasa lo mismo que a vosotros con el agua». Dije: «Tenemos pelo largo y patas cortas, dice James. Por supuesto que no nos gusta nadar». Saqueador dijo: «Lo mismo que al perro Toby». Nos regañó por ser groseros y fue a dormir-en-helechos cerca de Perreras en Parque. El perro Toby dijo luego: «¡Ese sí que es perro de verdad! ¡Ese sí que es verdadero caballero al que nunca olvidaré!».

Sonó la campana de casa, que nuestra Adar toca para que ayudemos a Diminuto a pasear con Moore y Taffy. Corrimos como conejos. El perro Toby dijo: «Voy con».

Era primer paseo a caballo después de Piso-en-Ciudad. Taffy montó un-poco-de-circo porque, según Moore, ese mozo-de-cuadra-haragán no la había ejercitado bastante. Pero piernas de Diminuto habían crecido y Taffy seguía-igual. Diminuto se lo tenía un-poco-creído. Moore respondió: «¡No peque de orgullo, señorito Digby! Montar bien es un don del cielo». Diminuto sintió mucha vergüenza, pues *es* Diminuto campeón gran reserva. Moore dijo: «Aunque a usted no le costará». Saqueador salió a vernos en helechos cerca de Perreras. Moore dijo: «Saqueador ha estado achacoso desde que ese coche le atropelló. No me gusta». Saqueador respondió-a-nombre con-gimoteo. Diminuto dijo: «¡Silencio! Lo sabe». Moore dijo: «No hay mucho que no sepa». Y dijo que cuando Diminuto fue al Piso Saqueador tomó costumbre de tenderse-entre-helechos para escuchar a sabuesos cantar en la banqueta por las mañanas; lo hacía por los viejos tiempos. Diminuto dijo: «¿Ya sabe tío Billy lo que pasa con Advenedizo?». Moore dijo: «Ya le conté demasiado-

para-su-edad después de aquel día que perseguimos al zorro cojo. Espero que no le esté yendo con el cuento al señor». Diminuto dijo: «¡Denúnciame si puedes! Pero nunca podré ser un buen criador de sabuesos si no me cuentas todo lo que sabes»… La cara de Moore enrojeció. Dijo: «Gracias, señorito Digby. Cuando llegue el momento tendrá que lidiar con sabuesos como Advenedizo. Tiene la apariencia de un ángel y las entrañas de un mestizo». Y Moore dijo que Romera, que era la bisnieta de Regan y tan-silenciosa-como-la-vieja al seguir-un-rastro, le hacía todo el trabajo a Advenedizo. Y que había visto a Advenedizo perder el rastro una y otra vez y a Romera chivándole-indicaciones-al-oído y a él llevándose todo el mérito. Y si, por-cualquier-razón, ella no le acompañaba, su segundo-violín era Merodeador, que era un sabueso de cola blanda *pero* con un olfato maravilloso, muy sensible. Y había visto a Advenedizo en un control fingir que tenía una espina en la pata hasta que Merodeador se acercaba y lo ponía al tanto. Pero según él el señor estaba empeñado en enviarlo a Peterborough, adonde van los sabuesos que aspiran a ser campeones gran reserva, y la pena era que su aspecto-y-sus-modales-lo-volvían-cosa-segura. Dijo que Advenedizo había sido un impostor desde su nacimiento, lo mismo que su padre Usurpador, que-nunca-habría-debido-ser-líder, pero que el señor estaba encantado con su presencia y no admitía consejos al respecto. Y dijo que Ojeriza, su madre, era una perra despreciable por-otras-razones. Y dijo mucho-más que he olvidado. Después del calentamiento dijo: «Bien, señorito Digby, usted conoce a los sabuesos desde que cayó en su comida con las enaguas puestas. ¿Qué piensa?». Diminuto dijo: «Podría cazar en cualquier país del mundo con usted y tres parejas que yo escogiera. Y si Saqueador estuviera en forma, le regalaría al tío Billy la pareja sobrante». Moore enrojeció de nuevo. Dijo: «¡Dios le bendiga! Estaré criando malvas antes de que eso ocurra. Pero tiene usted el don. En usted conviven los tres, sabueso, caballo y zorro… Pero para conseguir tres parejas cuatro días a la semana, tenemos que aguantar basura-como-Advenedizo».

Después de ratos llegó el galope. Zapatillas y Saqueador fueron con. El perro Toby se sentó y dijo: «Me ha parecido rara la historia del hombre sobre ese perro tan listo. Cuéntala de nuevo». Entonces conté de Advenedizo, que no me gusta, y de cómo hizo que Mosquetero ayudara a pelear con Egoísta para conseguir sitio de honor de Saqueador en la banqueta la noche que Saqueador no apareció. Y de cómo asfixió luego a Mosquetero. Y de cómo se portaba como glotón en pausas-de-comida, que no es comportamiento-propio de un líder, según Saqueador, y algo que él-nunca-hizo. El perro Toby dijo: «Es cruel para un perro profesional ser apartado de su trabajo por algo que no

es su culpa, como ese viejo perro vuestro, todo un caballero». Dije: «No eres perro tan malo». Dijo: «Soy profesional. No diré todo lo que hago, *pero* te enseñaré a cazar ratas como es debido». Así que fuimos a Paseo a husmear entre almiares. Me mostró cómo partir ratas, a mordisco por rata, y a nunca sacudir, porque hace-perder-el-tiempo y reduce-la-cuenta-final, dijo. Me contó de una apuesta-de-ratas en taberna-de-pueblo, donde compitió con Escándalo, tercer caza terrier, que según decía era linda perrita que podía matar diez ratas en un minuto y rascarse al mismo tiempo.

Entonces volvimos a perrera del labrador. Saqueador estaba en casa y nos regañó de veras por evitar la parte del galope. Zapatillas también vino, porque Diminuto estaba en lección. Me dijo que estaba contento de que el perro Toby no fuera con Diminuto, porque no quería que Diminuto se encariñara con él. Dije: «El perro Toby no quiere a Diminuto. Es perro muy listo que solo mata ratas. ¡Déjalo en paz!».

Así fue. El perro Toby se quedó con James para cazar ratas salvo cuando iba de paseo con Diminuto y nosotros. Una vez Moore hizo que el mozo-de-cuadra-haragán dejara rastro fuerte de olor para enseñar a Taffy a saltar y salvar zanjas en época de crianza. Eran colas-de-arenque-del-cubo-de-basura que yo conocía. Saqueador dijo que el rastro era cosa-apestosa y fue a casa. (Yo con él.) Así que Toby hizo de líder. Una y otra vez Diminuto lo llevaba al césped y decía: «¡Haz algún truco!». El perro Toby quedaba sentado y se rascaba la oreja. Diminuto le daba en la cabeza y decía: «¡Eres un impostor como Advenedizo!». El perro Toby nos dijo luego: «Nunca me pillaréis haciendo horas extra menos para Él y para vuestro viejo-perro-el-caballero». Pasaba el día hablando con Saqueador de caza y sabuesos y todas esas cosas porque decía que era profesional y quería conocer la profesión de Saqueador. A Saqueador le gustaba y hablaba mucho con él. Y el perro Toby me enseñó a ratear de verdad y el juego de observa-dos-mientras-mato-a-una. Salí a sentarme con Saqueador, que era mi amigo verdadero casi desde cachorros. Y Diminuto hizo que Taffy saltara-como-una-pulga, decía Moore. Así que éramos todos perros felices en esa época.

Entonces fue el día de la apuesta-de-ratas en el pueblo. El perro Toby dijo que era cosa segura, pero que haría lucirse a Escándalo para dar espectáculo. Fue la noche antes de Día-de-campana y había Plato Brillante muy grande. Zapatillas y yo paseamos por jardines esperando-el-resultado. (Dejaron de atarnos hace mucho, cuando un hombre saltó el muro-del-jardín para ver el brécol y dimos un mordisco en trasero al agacharse.) El perro Toby volvió a casa después de la apuesta, que había ganado de largo. Dijo que había

husmeado a Hombre sucio fuera de la taberna-de-perro-moteado en pueblo. Dijimos: «¿Qué va a pasar ahora?». Dijo: «Pasará el día durmiendo mona y vendrá mañana por la noche. Estoy contento, porque Él es Dios propio. *Pero* me da pena, porque vosotros dos y vuestro viejo-perro-el-caballero me habéis tratado bien, y esperaba poder devolveros favor antes de irme. Pero Él es Dios propio. Cuando Él viene yo voy con él». Dijimos: «También a nosotros nos da pena». Fuimos todos a dar paseos (había puercoespines) y nos sentamos.

Al día siguiente era Día-de-campana sin visitantes-idiotas-de-fin-de-semana, dijo Diminuto. Fuimos todos a Comida en mitad del día a Casa grande, donde vive Hombre de verdad, que se llama tío Billy. Todos menos Saqueador, que se tumbó entre helechos junto a Perreras como siempre. El perro Toby había ido a cobrar-la-deuda-de-ese-mozo-de-cuadra-tramposo de la apuesta-de-ratas. Así que no le vimos.

En Comida en mitad del día estaban Amo-Señorita y Diminuto y Hombre de verdad y Señorita de verdad y mi amigo Mayordomo, que me cae bien, y una nueva gente que se llama Jem, que era criador de sabuesos en-algún-sitio. Hubo mucho decir de Dioses propios sobre sabuesos-y-patas y esas cosas. Diminuto no dijo, como no hace nunca cuando se trata de sabuesos. (Menos con Moore.)

Después del café-azúcar, mi amigo Mayordomo me invitó a pasar a patio de lavandería para ayudarle con rata-en-hiedra. La maté. (Fue coser y cantar.) Mayordomo preparó cesta-de-zanahorias para que Toda-la-gente pudiera dar de comer a Caballos altos. Así que hubo paseo-a-perrera, que es lo que hacemos siempre en Día-de-campana después de Comida en mitad del día. Recogí a Saqueador en helechos. Dijo: «Ve con ellos. Yo nunca voy. Ya no soy sabueso». Fui al patio con Toda-la-gente.

Fue Moore el que llamó a sabuesos uno por uno para recibir galleta. Hubo mucho-más-decir sobre patas-y-pezuñas. Diminuto no dijo, pero todos los sabuesos le hablaban en bajo y pisando suave los adoquines. Maestro Jem dijo: «Vaya por Dios, Digby, muchacho, parecen conocerte tan bien como a Moore». Diminuto respondió: «¡Hay que ver!», porque no le gusta que le llamen como en tiempos de-Gruesa-en-vieja-guardería. (Lo mismo que yo cuando Adar me llama «Botines».) Señorita dijo en voz baja: «¡Digby, compórtate!». Moore llamó a Advenedizo rápido y hubo decir-y-decir en voz alta sobre aspectos y modales y buenos cepillados. (*Nosotros* jugamos a pulgas-en-barriga.)

Entonces Señorita de verdad puso mano-ante-dientes-delanteros. Así que Toda-la-gente fue a ver Caballos altos, excepto Diminuto y Moore. Entonces

el perro Toby apareció doblando esquina desde Perreras de Caballo alto, todo encogido y polvoriento. Nos dijo por las comisuras de la boca: «¡Por Dios, qué rufián! Si no logro asustarlo, estoy perdido. ¡Fijaos!». Puso los ojos en blanco como anillos, como aquella vez en Jardín cercado. Agachó cabeza bajo cogote y levantó patas de atrás y echó a rodar de la manera indecente y nada perruna que habíamos visto. Pero ¡peor! ¡Era horrible! A Advenedizo se le erizaron los pelos de la espalda. Pero seguimos la corriente al perro Toby. Cantamos: «¿Qué es? ¡Oh, tenemos miedo!». El perro Toby hizo ruido de grito-moqueo como cachorro de gato. Y ¡rodó hacia nosotros! Advenedizo salió brincando del patio igual que cachorro delante de látigo y siguió saltando hasta llegar a helechos donde estaba Saqueador. Oímos muchos aullidos y muchos ladridos. El perro Toby volvió a poner ojos de siempre y a ser perrito de circo barato, y se fue. Toda-la-gente en Perreras de Caballo volvió y empezó a hablar en alto sobre qué-diantres-le-pasaba-a-Advenedizo. Moore dijo que al parecer se-había-ofendido-con-el-comportamiento-del-terrier y había-estallado-como-fuegos-artificiales. Maestro Jem dijo que eran ataques repentinos que alborotaban a toda la jauría como el demonio. Hombre de verdad estaba enfadado. Diminuto dijo: «¿No se va a poner bien para ir a Peterborough, tío Billy?». Hombre de verdad dijo: «¡Maldito sea Peterborough! ¡Maldito sea este chacal! ¡Nunca se fíe de la sangre de Usurpador, Moore! Mire que se lo dije»… Ratos después, Advenedizo volvió cantando una cosa y la contraria, dijo Moore. A Moore no le gustó y lo mandó a Perreras, que no le gustó porque los sabuesos le dieron una tunda. ¡Hubo gran pelea por la banqueta! Moore entró y estableció la jerarquía. Diminuto miró por la ventana, la misma donde Saqueador miró al volver medio ciego. Dijo: «¡Hurra! Mosquetero ha ocupado el sitio de Advenedizo y Advenedizo tiene el de Merodeador… ¡justo al lado de la puerta!».

Poco después, Toda-la-gente entró a tomar té diciendo esto-y-aquello sobre los ataques. Diminuto iba detrás con Zapatillas y conmigo. Todos estos ratos él bailaba. Nosotros le ayudamos. Recogimos a Saqueador en helechos. Dije: «Oímos. ¿Lo paraste?». Saqueador dijo: «No pude evitarlo. Cayó sobre mí como perro ciego. Agarré por el lomo y tiré al suelo sobre su espalda. ¿Cómo empezó?». Conté todo lo que el perro Toby había hecho a Advenedizo. Saqueador dijo: «Es perrito extraño este, pero me gusta. Caza con la cabeza. ¿Cómo fue pelea de la banqueta?». Le dije cómo Advenedizo había perdido sitio en la banqueta a favor de Mosquetero y ahora tenía el de Merodeador. Saqueador dijo: «¡Buena jugada del perro Toby! Ese sitio era más frío que Cotswold cuando era joven. ¡Ahora soy feliz!». Entramos todos

y había muchas cosas bajo mesa del té. Saqueador no tomó nada. Se sentó junto a Hombre de verdad, cabeza-en-rodilla. Hombre de verdad dijo: «¿Qué te ha hecho volver a tu antigua lealtad, viejo? Ahora tu dueño es Digby». Saqueador habló suave y besó mano. Hombre de verdad dijo: «¡Todo un carácter, igualito que su madre!». Después de muchos más decir-y-decir todos volvimos a casa cruzando Parque. Diminuto bailó y cantó en alto hasta perrera-de-arriba. Subimos arriba a ayudar, como siempre cuando Insti deja. Saqueador vino con nosotros. Insti le dijo groserías en escaleras. Adar le dijo: «Disculpe, señorita, pero nadie jamás ha cuestionado el ir y venir del viejo caballero en *esta* casa». Saqueador golpeó suelo con la cola y besó manos de Diminuto a la hora-del-pijama. Bajó las escaleras despacio, porque nunca-sube-hasta-piso-de-arriba. Me dijo: «Ahora soy sabueso-totalmente-feliz. Ven a verme luego, tonto. Tengo algo que contarte». Ayudé a Amo-Señorita a pasar-tarde-feliz, como hago, hasta que Adar vino a sacarme y dar huesos-de-noche.

Después salí a pasear con Zapatillas, porque Plato Brillante brillaba-con-fuerza. James vino y llamó al perro Toby, que no encontraba. Y se fue corriendo. El perro Toby salió de detrás de macetas de ruibarbo. Preguntó por Advenedizo. Le contamos. Fue perro feliz. Dijo que casi-había-logrado-dar-ataques-a-alsacianos-de-esa-manera. Pregunto si el viejo-perro-caballero estaba complacido con su trabajo. Dijo que no podía ir-a-verle porque estaba de guardia esperando a Él, que era su Dios propio y llegaría en cualquier momento. Y dijo que había sido chucho de circo cuando aquel asunto de la escopeta-de-dos-disparos y que no había sido profesional. Dijimos que había sido perro fantástico y valiente con Advenedizo y que ni yo ni Zapatillas nos habíamos enfrentado nunca con. Dijo: «No es nada, no es nada»… Pero era perro-muy-feliz. En cierto momento hubo silbido-chirrido en el camino del Huerto. El perro Toby dijo: «Ahí está. ¡Hasta pronto!». Cruzó seto todo encogido. Hombre sucio dijo fuera: «Ah, ya estás aquí… ¡Venga, vamos!».

Por favor, hasta aquí sobre el perro Toby, que a Saqueador le caía bien. (A mí también.)

Zapatillas fue-con-el-hueso. Fui a perrera de Labrador para hablar con Saqueador y abrí puerta con hocico como soy capaz.

Saqueador dijo: «¿Quién va?». Dije: «Botas». Dijo: «Ya lo sé, pero ¿quién más entró contigo?». Dije: «Solo Botas». Dijo: «¡Hay alguien-más! ¡Comprueba!». Dije: «El perro Toby se ha sido con su Dios. Zapatillas está en perrera. Estoy yo solo, pero ahora miro». Allí estábamos solo Saqueador y yo. Saqueador dijo: «¡Perdón! Me estoy volviendo cada vez más ciego. Ven y

siéntate, tonto». Salté a la banqueta, como siempre cuando es de noche. Dijo: «Siéntate más cerca. Tengo frío. Acurrúcate entre patas, para que pueda tumbarme cabeza-en-espalda». Y así lo hicimos.

Pasó un rato y dijo: «Si la helada sigue, adiós cacería». Dije: «Es noche cálida con todas las hojas puestas, con Plato Brillante y conejos-en-hierba». Dijo: «Te tomo la palabra», y puso cabeza en mi espalda, muy quieto muchos ratos. Entonces dijo: «Ahora sé qué quería decirte, tonto. Nunca agarres fuerte a un sabueso que pese tanto como tú a mi edad. Te deja la cabeza y el cuello hechos polvo». Y se estiró con dolor. Dije: «Vomita y quédate tranquilo». Dijo: «No es dolor de barriga. Es de garganta y de cuello. Acércate un poco». Descansó cabeza y echó a dormir. Yo también. En cierto momento dijo: «¡Dame mi sitio en la banqueta o te rajo la garganta!». Dije: «Esta es toda tu banqueta y todo tu sitio». Dijo: «¡Perdón! Estaba con mi viejo grupo». Entonces dejó caer cabeza-en-mí y cazó-en-sueños con sabuesos que conoció cuando vino de Paseo. Yo oí y tuve miedo. Doblé espalda para despertarlo. Dijo en voz baja: «¡No te vayas! Soy sabueso viejo y ciego… Tengo miedo. Tengo miedo de perrera-que-se-mueve. No veo dónde está aquí»… Dije: «Aquí está Botas». Dijo: «¡Perdón! Tú siempre fuiste amigo verdadero de Saqueador. Quédate cerca, por si tropiezo». Durmió más y Plato Brillante estaba arriba del todo. Entonces dijo: «¡Puedo ver! ¿Recuerdas cubo en mi cabeza? ¿Recuerdas cómo nos regañaron por hacer sudar a cachorros de vaca? ¿Recuerdas Toro-en-Parque? Puedo ver esas cosas, tonto. ¡Soy perro-feliz! Perdón si fui molestia».

Así durmió muchos ratos. Yo también, cerca de su pecho entre patas. Cuando desdormí, Plato Brillante estaba bajando-a-tierra y las gentes-gallinas decían en Paseo y helechos-en-Parque brillaban. Saqueador desdurmió despacio. Bostezó. Dijo en voz baja: «Aquí hay un sabueso feliz ¡con otro día feliz por delante!». Se desperezó y se sentó. Dijo en alto: «¡Amanece! ¡Cantad, Hijos de las Banquetas! ¡Cantad!». Entonces cayó al suelo de golpe y no dijo nada. Me quedé quieto porque tenía miedo, porque no decía nada más. Después de un rato Zapatillas entró en silencio. Dijo: «He husmeado Algo que me da miedo. ¿Qué es?». Dije: «Es Saqueador que no dice nada más. Yo también tengo miedo». Dijo: «Lo siento mucho, pero Saqueador es perro grande y fuerte. Se pondrá bien pronto». Fue a sentarse bajo ventana de Diminuto, en caso de que Diminuto cantara-al-despertar, como siempre hace. Esperé hasta que mi Adar abrió cortinas-de-cocina para el desayuno. Llamé. Vino rápido. Dijo: «¡Oh, mi Botines, mi pobre Botines, mi pequeñín!». Saqueador no dijo nada. Ella se fue para decir. Me senté con él, en caso de

que desdurmiera. Pocos ratos después, Toda-la-gente vino: Diminuto, Amo-Señorita y Harry-con-pala. Zapatillas también, que quedó con Diminuto y besaba manos para que fuera cachorro contento. Lo llevaron a Huerto. Harry cavó y lo puso al fondo como hueso. *Pero* era mi Saqueador. Diminuto dijo en voz muy alta y muy triste y todos fueron. Todos… todos… menos mi Adar, que se sentó en carretilla. Intenté descavar. Ella agarró y me llevó a cocina y me ató fuerte con delantal y estiró en voz alta. No me dejaron descavar más. Estuve atado. Después de ratos, me fui a dar largos paseos, por si lo encontraba tal vez. Fui a su lugar de reposo en helechos. Fui a Paseo y Sendero del bosque y Camporratones y todos los viejos lugares donde estuvo. No estaba ahí. Así que volví y esperé en Huerto, donde volvió la noche que estaba ciego, que fue mi amigo verdadero Saqueador, que fue siempre bueno conmigo desde que éramos casi cachorros, y al que nunca le importaron mis patas cortas ni que fuera tonto. *Pero* no vino…

Por favor, hasta aquí para siempre sobre Saqueador y yo y todos esos tiempos.

Por favor, soy perrillo muy pequeño y triste… ¡No comprendo…! ¡No comprendo!

LA SÚPLICA DEL TERRIER ESCOCÉS NEGRO

¡Te lo ruego! Mi cuerpecillo y el arco todo
de mis años es tuyo, mi Señor y maestro.
Pues Tú me has moldeado: es a ti a quien debo
esta sombra de alma confusa y afligida
que así me duele, al crimen adepta y a la vez
rota por la conciencia de sus propias diabluras.
No me eches de tu vida; no conozco otra cosa.
Si me abandonas, dime, ¿adónde iré?

Tuya es la Voz que da comienzo a mi jornada.
Tus Pies son mi refugio hasta cuando he pecado.
Para honrarte me lanzo a denunciar a cuantos,
inmundos como impíos, pasan ante nosotros.
(Pero, si tú me llamas porque son tus amigos,
¿quién más presto que yo a enmendar sus modales?)
Fui tu lugarteniente con nobles y plebeyos…
Si me despides, dime, ¿adónde iré?

He sido desterrado por un delito grave
de cuya penitencia nadie llevó la cuenta
y en mi desolación —oh, mísero de mí–
¡hallé consuelo en la rodilla de una dama!
Ahora vuelvo, discreto, a recibir el justo
pago a mi riña, robo y abuso de confianza.
No me eches de tu Vida, aunque tengas motivo.
Si me abandonas, dime, ¿adónde iré?

A tu Presencia, echado contra el suelo, arrastrándome
de la cabeza al rabo, te lo confieso todo.
Mía la culpa fue… ¡Degrádame, mas líbrame
del dedo acusador, pues no lo aguanto más!
O del tono espantoso con que suena mi nombre,

que acaba con mis huesos debajo del sofá
(mas, por acompañarte, hasta eso afrontaría).
Si me rechazas, dime, ¿adónde iré?

¿No quieres un regalo? Te los llevaré todos:
mi palo, mi pelota y mi hueso secreto.
¿O prefieres jugar? Mira cómo retozo
persiguiendo, no liebres, sino que me sonrías;
tumbándome en el césped sin aliento y dejando
que te burles de mí por necio y paticorto…
¡Ah, permíteme ser el bufón de tu corte!
Si me abandonas, dime, ¿adónde iré?

¿Se fue la oscuridad? ¿Hay luz en esos ojos?
¿Se dirige hacia mí tu semblante, oh, Señor?
¿Aceptas esta pata y, a la vista de todos,
que este vil pecador se entronice en tus piernas?
Y ¿la oreja le mesas y el hocico restriegas
porque hay clemencia y todo vuelve a ser como era?
Ahora que formo parte de tu Vida y lo sabes,
el Gato espera a ser juzgado. ¿Puedo irme?

SUS DISCULPAS

Amo, contempla bien a tu sirviente. Acaba de cumplir ocho semanas.
Es una mezcla de barriga y panza. No puede controlar sus patas.
Mas tú le has perdonado su fealdad y puesto en tus rodillas…
¿Estás feliz con tu sirviente? Pues él está muy cómodo contigo.
Amo, tienes delante a un pecador. Algo muy malo ha hecho.
Ha ensuciado tu casa por no soltarlo a tiempo.
Y ahora se lo recuerdan cada poco y está dolido en su amor propio.
Amo, perdona al pecador y déjalo cumplir con sus horarios.

Amo, tu pecador vuelve a llamarte… Esto que alguna vez fue tu zapato
es algo que encontró y llevó a su rincón para morderlo con esmero.
Ya no quedan lengüeta ni betún, y a rastras por el suelo nos lleva la criada.
Amo, mira que tu sirviente es joven, y ¡ordena a la criada que lo suelte!

¡Amo, ensalza a tu sirviente! ¡Acaba de batirse con un alto rival!
No solo peleamos en la tienda, ¡también en la trastienda!
Hasta que un cruel paraguas cortó la riña en seco (un poco más y no lo cuenta).
Qué bien se lo ha pasado tu sirviente… ¿Llamamos al veterinario?
¡Amo, contempla a tu sirviente! Unos niños muy raros vinieron a jugar,
y como competían por mimarlo, tu sirviente se fue por donde vino.
Pero esas bestezuelas se han marchado y él vuelve para ver

(cepillado, con el collar de los domingos) si quedan restos de merienda.

***

¡Amo, apiádate de tu sirviente! Está sordo y apenas ve.
Ya no sigue tus mandamientos ni adivina tus pensamientos.
Ah, no lo abandones a su soledad, ni dejes que esa gata lo desprecie.
No ha tenido más Dios que vos desde ese día en que nació.

¡Señor, baja los ojos y mira a tu sirviente! Algo terrible ha sucedido:
el sol de mediodía no calienta, la hierba de los márgenes no purga.
En sus huesos prospera una vieja dolencia; el dolor fluye y se acrecienta.
¡Señor, ven pronto con tus rayos y líbralo de su carne mortal!

UN LOBO DE MAR

Cuando aquella chalupa célebre por haber tomado parte en el comercio de las Antillas durante un siglo fue reparada por el señor Randolph en la isla Stephano, surgió entre este y su dueño, el señor Gladstone Gallop —un capitán de buques de gran calado—, el almirante (retirado) lord Heatleigh y el señor Winter Vergil, de la marina real (también retirado), la cuestión de cómo debía volver a navegar. Dicha cuestión solo podía resolverse con viajes de prueba del comité ya mencionado, diestramente asistido por Lil, la fox terrier mestiza del señor Randolph, y en ocasiones por el comandante del barco de su Majestad la Reina Balleana, sobrino del almirante.

Lil fue introducida en una cajonada para resguardarla del mar mientras no llegaran a aguas más tranquilas. Los demás contemplaron desde popa la amplitud del mar multicolor. El señor Gallop, junto a la caña del timón, que había sustituido a la rueda, hablaba lo menos posible, pero accedió ante sus invitados a exhibirse con su barco entre los arrecifes y barreras de coral donde negocio y placer convivían.

El señor Vergil, no por primera vez, se justificó ante el comandante por la forma en que había manejado el gran Problema del Loro, del que ya hemos hablado en otra parte[13]. El comandante, con gran tacto, se mostró de acuerdo con el principio general de que —hombre, bestia o ave— la disciplina debe mantenerse a toda costa en horas de servicio; y de que, hasta donde se le alcanzaba, el señor Vergil había hecho bien en degradar, cortándole las plumas de la cola, a Josefina, alias Jemmy Reader, el loro antillano…

Él también había tenido un perro —su propio perro, de hecho— casi nacido y criado por entero en un destructor, que no solo había obtenido un rango para luego ser degradado, sino que también había sido readmitido y ascendido sin dejar de comprender en ningún momento lo que había pasado y por qué.

—Sal y escucha —dijo el señor Randolph, estirándose para abrir la cajonada—. Esto te vendrá bien.

Lil salió cojeando sobre su mano y se preparó para los bandazos y crujidos de un tramo repentino de aguas revueltas por el que el señor Gallop había decidido atajar. Se había puesto en pie para mostrar la isla del almirante Gallop, cuyos beneficiarios originales habían liberado a sus esclavos —nativos caribeños— hacía más de un siglo. Estos, naturalmente, habían tomado el apellido de sus antiguos dueños, por lo que ahora había muchos Gallops: hombres amables, íntegros y de rancio abolengo con el pelo liso, modales a juego y una comprensión instintiva y casi sobrehumana de sus aguas nativas… desde Panamá, digamos, hasta Pernambuco.

El comandante contó la historia de un viejo destructor estacionado en China que había sido enviado a toda prisa a la costa oriental de Inglaterra con otros tres de rango o antigüedad similar cuando la marina, al declararse la guerra, había llamado a filas a sus veteranos. Y habló de cómo Malachi —Michael o Mike o Mickey— había medrado a bordo del viejo Makee-do, en cuyo diario de navegación había sido registrado como «novato», y de cómo había aprendido a trepar por las escaleras de acero grasientas enganchándose a los peldaños con las patas delanteras. De cómo hacía de esclavina en el cuello de su amo cuando subía al puente en las noches de frío. De cómo tenía su propio territorio en cubierta al lado de los botes salvavidas que era sagrado y estaba reservado a sus necesidades, y de cómo no se salía de él ni un pelo. De cómo tenía controlado a un sobrecargo llamado Furze, paladín devoto y pregonero de sus hazañas entre la flotilla que hacía labores de escolta y convoy en el mar del Norte. Entonces el dispendio de la guerra empezó a pasar factura y… El comandante se volvió hacia el almirante.

—Me enviaron a un voluntario nuevo, un reemplazo para el cargo de teniente primero —un muchacho de diecinueve años— con una mano como una torta y una voz como un remachador neumático, aunque no pronunciaba la erre ni aunque lo mataran. Me lo encontré sentado en la mesa de la cámara de oficiales con la gorra puesta, rascándose la pierna. Me preguntó: «Bueno, viejo, ¿qué planes hay para la agonía de mañana?». Le dije lo que había… y algunas cosas más. No se descompuso. Estaba realmente agradecido por tener una pista de cómo funcionaban las cosas en los «barcos grandes», como los llamaba. (El Makee-do pesaba trescientas toneladas, creo.) Había servido en el cuerpo de lanchas costeras rescatando cadáveres frente a la costa de Cornualles. Me contó que su capitán era un veterinario que llamaba a las olas *sugcos* y seguía pensando que su sitio estaba con ellos. El chico se llamaba Eustace Cyril Chidden y su padre estaba en el negocio del azúcar…

Se oyeron exclamaciones de sorpresa y el señor Winter Vergil añadió algunos comentarios de su cosecha sobre la decadencia de la nueva marina.

—No —dijo el comandante—. No era una cuestión de «clase». Simplemente no sabía cómo actuar… nada más. Pero Mike se encariñó con él al instante.

»Bueno, a la noche siguiente levamos anclas en misión especial. Sin luces ni balizas, por supuesto… Llovía y el mar estaba revuelto. En cuanto estuvimos a una distancia razonable de la costa le ordené que subiera al puente de mando. Y allá que va Cyril con las botas engrasadas, hecho todo un oficial naval. Mike y yo nos quedamos en la caseta de derrota. Cyril no tardó en amonestar al viejo Shide, nuestro timonel mayor, por haberse apartado tres grados de su curso. (Se *había apartado*, en efecto; pero no le gustó un pelo que se lo dijeran.) Poco después, Cyril alza su voz de remachadora a vapor y le dice que no para de bailar sobre la rosa náutica, y que si lo vuelve a hacer será *guelevado*. Así todo el rato; y Mike y yo esperando que Shide se amotinara. Cuando Shide bajó del puente, le pedí su opinión. “Puede ser un fiasco o un diamante en bruto —respondió Shide—. Con tipos así no hay término medio.” Esto me hizo pensar que quizá valiera la pena ponerlo a prueba. Así que nos dedicamos a machacarlo. Le gustó. ¡Vaya que sí! Decía que era tan *integuesante* porque Makee-do “navegaba como un demonio” y la mera idea de gobernar una lancha motora era absurda. Tuvo que haber verdaderos piratas en ese negociado. Estaba acostumbrado a mantener la atención de los hombres a base de golpes. Amenazó a un aprendiz de corsetero (nos enviaban toda clase de basura desde tierra firme) por imitar su pronunciación. La cosa no llegó a mayores, pero bien que le sacó partido al asunto. Ese hombre era un bolchevique antes de que supiéramos cómo llamarlos. Una vez, creyendo que nadie le veía, le dio una patada a Mike, pero Furze lo vio y el tipo terminó golpeándose la cabeza en la brazola de una escotilla. *Eso* no le mejoró el ánimo.

Un crucero de veinte mil toneladas lleno de pasajeros sedientos pasó por delante de ellos en el horizonte. El señor Gallop dijo su nombre y el del piloto a su cargo y comentó medio escandalizado su debilidad en ciertas maniobras y a ciertas velocidades.

—¡No es un barco tan sólido como aquel!

Señaló un remolcador —o algo un poco mayor— de rostro cuadrado que cortaba rodajas de un blanco deslumbrante en el añil. El almirante se puso en pie y declaró que se trataba de un dragaminas del mar del Norte.

—Era. Ahora es un ferry —dijo el señor Gallop—. Lleva diez años sin quedarse en puerto por mal tiempo.

El comandante dio un respingo en voz alta mientras la vieja máquina avanzaba a paladas.

—Pero duerme en seco —dijo—. Nosotros vivíamos con un pie de agua. Nuestras cubiertas no paraban de gotear. Teníamos que apuntalar las mamparas con palos de escoba prácticamente en cada viaje. Muchos de los nuestros no estaban hechos para esa vida y se ponían imposibles. Tenía que esforzarme en poner orden.

El almirante y el señor Vergil asintieron.

—Entonces, un día Chidden vino a decirme que había cierto nerviosismo en la cubierta inferior porque Mike seguía teniendo el rango de «novato» después de llevar tanto tiempo embarcado. Pensaba que a los nuestros les gustaría que lo ascendiéramos a Perro. Le pregunté quién les había dado semejante idea. «Yo —dijo Cyril—. Creó que ayudará a *subigles* la *mogal*.» Por supuesto, le ordené que se fuera al diablo y se ocupara de sus asuntos. Luego notifiqué que Mike sería registrado en el diario de navegación como Perro Preferente Malachi. Me hallaba en el puente cuando los hombres del turno de guardia se enteraron. Empezaron a vitorear. Todo el suelo inundado. Sin fuego para cocinar, como siempre… pero lo vitorearon. Así es la cubierta inferior.

El señor Vergil se frotó las manos en señal de asentimiento.

—¿Que si Mike se enteró, señor Randolph? Desde luego. Solía adelantarse a olisquear y ver qué iban a cenar los hombres. Si daba su aprobación, iba con ellos. Si no, se metía en el cuarto de oficiales para comer sardinas con salsa Worcester. Era un gorrón de primera. Pero —el día que fue ascendido a Perro— fue trotando entre las escudillas y dándose importancia como un almirante de inspección… con perdón. (No era mayor que Lil, a la que tengo aquí.) Cuando volvimos a puerto para limpiar la caldera encargué un collar de latón con su nombre y su rango grabados. Juro que fue la única pieza de metal que no dejó de estar inmaculada en el mar del Norte durante la guerra. Luchaban por sacarle brillo. Sí, Malachi fue un gran Perro Preferente, pero nunca olvidó sus buenos modales…

El señor Randolph llamó la atención de Lil sobre este particular.

—Bien. Entonces nuestro pájaro bolchevique empezó a insinuar que un barco donde a los hombres se los trata como a perros y viceversa no es ninguna bicoca. Lo que es cierto, llegado el caso, pero propaga el desánimo y excita los instintos más bajos. ¿Comprenden?

—Cualquier excusa es buena cuando no logras cambiar de bordada —dijo el señor Vergil—. Y ¿qué contrapesos tenía dentro de la tripulación?

—Lo sabe tan bien como yo, Vergil. Los de siempre: el artillero, el ingeniero jefe, el cocinero, el fogonero y el timonel mayor. Pero también es verdad que las condiciones eran horrorosas y estábamos muy incómodos. Esas viejas cafeteras que iban a treinta nudos casi no tenían proa ni francobordo dignos de su nombre, ni tampoco área de oficiales. (Acaba uno durmiendo con los calcetines del artillero en la boca y cosas así.) ¿Recuerda cómo eran, señor?

El almirante lo recordaba muy bien —cuando el siglo era joven—, así como ciertas persecuciones de piratas que buscaban cobijo en islas cenagosas. El señor Gallop lo escuchaba embebido. Sus experiencias bélicas no pasaban de las Malvinas, que había visitado como parte de la tripulación selecta de un velero alemán detectado camino de Patagonia y enviado al sur al mando de un subteniente moderno que no tenía la menor idea de cómo apocar velas al rozar las paredes verticales de los acantilados. Contó su historia. El señor Randolph, que ya la había oído, fue sacando el almuerzo preparado por la señora Vergil. El señor Gallop aprovechó una brisa favorable para dejar que la chalupa navegara libremente. Lil se ganó el sustento mostrando su pequeño repertorio de trucos.

—Los mestizos son siempre los más listos —dijo el señor Randolph con aire medio desafiante.

—No los llame «mestizos» —el comandante retocó la orejilla insolente de Lil—. Mike era un poco así. Llámelos «cruzados». Hay una diferencia.

El rubor de lirio atigrado que había heredado de sus ancestros continentales destelló levemente en la mejilla bronceada del señor Gallop.

—Ya —dijo—. Hay una gran diferencia entre mestizo y cruzado.

Llegada la hora, en la medida en que el Tiempo existía en aquellos fondos de berilo, volvieron todos al cuento del comandante.

Incluía incomodidades y disgustos cada vez mayores, entre ellos el que su propio bando estuviera a punto de hacerlos volar por los aires por culpa de la niebla, rifirrafes con submarinos, discusiones con capitanes de convoy cabezotas y un esfuerzo incesante para mantener el Makee-do en buen estado, algo que la ignorancia creciente y la moral decreciente de los reclutas volvían cada vez más difícil.

—El único que agitaba la cola con alegría era Perro Preferente Malachi. Era todo un activo, además de mi esclavina cuando estaba de guardia. Abrochaba sus patas traseras y delanteras al interior de mi abrigo y lo

arropaba con dos vueltas de mi bufanda de lana. ¿Que si le gustaba? Tenía que gustarle. Era su puesto en acción. Pero tenía enemigos. Ya les he contado qué pulcro era con sus cosas. Bueno, un día corrió el rumor de que había profanado el puesto de mando del barco de su majestad. Furze me informó, añadiendo: «Con todos mis respetos, señor, podría haber sido cualquiera de nosotros, señor, no solo él». Busqué al pequeñín y le pregunté si tenía algo que decir al respecto, enfrentándole a la prueba circunstancial. Se mostró muy ofendido. Lo supe por cómo se puso rígido cuando volví a usarlo de esclavina. Chidden estaba seguro de que alguien había jugado sucio y pensaba que un tribunal nos vendría bien y resolvería algunas cuestiones que se habían ido de las manos en el barco. Un grupo quería degradar a Mike por lo que había hecho. Eran…

—Los conozco —suspiró el señor Vergil, perforando el pasado con los ojos.

—El otro bando quería encontrar al hombre que había manipulado la… prueba circunstancial y despacharlo sin contemplaciones. Justo entonces andábamos escoltando dragaminas y había muchos nervios. Comprendí las intenciones de Chidden, pero no estaba seguro de si los nuestros amaban el mar lo suficiente para tomarse la investigación en serio. Chidden juró que sí. Él mismo se había formado en Crystal Palace[14]. Entonces le dije: «Que así sea. Renuncio a mis derechos como dueño del perro. Dígales que la disciplina es la disciplina. Puede que eso ayude a combatir la irritación».

»El caso es que la mañana del crimen hubo una niebla muy espesa y nadie vio nada. Como es natural, Mike salió a dar una vuelta por el barco; pero su rutina habitual —dormía con Chidden y conmigo en el cuarto de oficiales— era separarse de nuestros estómagos con la tercera campanada del turno de guardia de la mañana (las cinco y media) y subir trotando a su territorio personal para atender sus necesidades. Pero la prueba, ya veis, se halló cerca del pedestal con el cañón de seis libras, y el acusado era incapaz de testificar en su nombre… En fin, el tribunal se paseó de proa a popa y de babor a estribor sin que en ningún momento dejáramos de cubrir a los dragaminas. Era una zona infernal; demasiado cercana a la costa de Fritz para mi gusto[15]. Nuestro calado era solo de dos metros largos, así que estábamos más o menos seguros. Nuestros cruceros de apoyo estaban situados al borde de esa zona. Fritz la había contaminado meses antes y muchas de sus verrugas —quiero decir, sus minas— se habían soltado y flotaban en el agua, así que nuestros especialistas se dedicaron a recogerlas y crearon zonas limpias de explosivos… En cualquier otro momento los hombres habrían estado atentos

a descubrir minas sueltas. (Tienen cuernos que te saludan de una manera entre juguetona, amistosa y enfermiza cuando se giran sobre el agua.) Pero mientras duró la investigación de Mike todos andaban demasiado ocupados para lanzar una mirada al mar… Ay, Mike sabía lo que pasaba, señor Randolph. Se lo aseguro. Sabía que estaba metido en un aprieto. La fiscalía era demasiado astuta para él. Se concentraron en las pruebas, el *locus in quo*, etcétera. ¿El veredicto? Fue degradado a "novato", lo que implicaba la pérdida de su insignia de rango: su collar. Furze se lo quitó y Mickey le lamió la mano y Furze se puso a llorar como una Magdalena… Entonces Mickey subió directo al puente a contármelo y yo lo recibí con todo el cariño del mundo. Era un perrito angustiado. Ya saben cómo se dedican a husmear y buscar mimos cuando se sienten dolidos.

Aunque la observación iba dirigida al señor Randolph, todos se apresuraron a asentir.

—Entonces los nuestros se fueron a cenar con ese crimen en su conciencia. Los que no estaban a gusto se enfrentaron conmigo a través de Mickey.

—¿Por qué les dio la oportunidad? —preguntó el almirante con fervor.

—Para separar las ovejas de los cabritos, señor. Era el momento… Bueno, ocupábamos el segundo lugar en el convoy: How-come y Fan-kwai nos seguían a popa y Hop-hell, nuestro buque insignia, iba en cabeza. Withers era nuestro oficial superior. Lo llamábamos Joss porque tenía una suerte infernal**[16]**. El mar estaba en calma con bancos de niebla y nuestros dragaminas terminaron su trabajo a la hora prevista. Mientras los escoltábamos de vuelta a los cruceros, Joss captó por radio el rumor de que un submarino había sido avistado desde el aire y de que había subido a la superficie en algún lugar al nordeste de nuestra situación, seguramente para cargar motores. Dispuso que How-come y Fan-kwai siguieran su camino escoltando a los dragaminas, mientras que él y yo iríamos a inspeccionar. Fuimos esquivando zonas de niebla (dos millas de visibilidad y un instante después más ciegos que un topo, luego un sol de zinc como en una fotografía, todo así). Bueno, al salir de uno de esos bancos vimos un submarino cargando motores (las escotillas estaban abiertas y había un hombre en cubierta) apenas a una milla de nuestro cuartel general en el puerto. Giramos para embestirlo y, cuando lo tuvimos de costado delante de nosotros, vi que Hop-hell le lanzaba un torpedo y mi artillero, como es lógico, siguió su ejemplo. Por suerte, los dos torpedos pasaron de largo por el lado de popa sin darle, porque el tipo que estaba en cubierta empezó a agitar un paraguas abierto hacia nosotros, como

una vieja llamando un autobús. Eso hizo que nos acercáramos con el rabo entre las piernas, por así decirlo. Entonces exclamó: «¿Qué creéis que estáis haciendo, idiotas?». (Era Conolly, y algunos de los suyos nos habían dicho en puerto que el paraguas era su señal de identificación secreta. Esa es la razón de que no disparáramos al verlo, señor… era el «rojo», no el «negro» Conolly.) Nos contó que se había acercado bastante a la costa en misión especial la noche anterior y que había conseguido escapar de una persecución y esconderse a tiempo, y también que había oído a tres o cuatro de nuestros barcos pasar por encima de él. Nos contó dónde había sido todo, y esperamos hasta que terminó de cargar y le dimos su posición y se fue por su lado. Dijo que había una niebla muy espesa en dirección a la costa, donde parecía que se estaba cociendo algo. Así que allá fuimos, siguiendo el consejo de Conolly. ¡Ah, esperen un segundo…! El artillero de Joss se jactaba de llevar todas las siluetas de la marina de Fritz en su cabezón y habría jurado que la nave de Conolly era el duplicado de un maldito submarino alemán. De ahí el torpedo. Creo recordar que Joss casi lo despelleja vivo por ese error, pero eso no alteraba el hecho de que solo nos quedaba un torpedo por barco…

»En ese momento Joss desvió el curso y se dirigió a puerto, y sobre la ola de proa vi algo que parecían los cuernos de una mina, pero solo eran tres o cuatro botellas de vino blanco. Aunque *nosotros* no solemos beber en el mar.

El señor Randolph y el señor Gallop sonrieron. No hay muchas bebidas que los habitantes de la isla de Esteban no conozcan, ya sea en forma de botella, de barril o de grifo.

El comandante prosiguió su relato.

—Entonces Joss me pidió que me pusiera a su lado y le tomara de la mano, porque estaba nervioso.

El comandante explicó en este punto cómo, disponiendo debidamente las defensas y contando con un timonel mayor de confianza, y siempre a condición de que no haya mucho oleaje, algunos destructores pueden ir hombro con hombro, tan cerca el uno del otro que sus capitanes pueden hablar entre ellos de manera confidencial. Y terminó diciendo:

—Columpiábamos aquellos vejestorios como sampanes.

—Los jóvenes os creéis siempre que habéis inventado la navegación —dijo el almirante—. ¿A quién le robasteis las defensas?

—De eso se encargaba Chidden en puerto, señor. Era el tercer o cuarto ladrón más activo del cuerpo. Las lanchas motoras son una mala escuela… Así que ahí estábamos, puente con puente, charlando tranquilamente. Joss dijo que esas botellas de vino blanco y esos grandes barcos pasando por

encima de Conolly habían despertado su curiosidad. Estábamos ya en aguas poco profundas y las olas nos daban una pista sobre la fuerza y la dirección de la marea. Pero no tiramos nada por la borda y hacia el atardecer, en una zona sin niebla, pasamos junto a otro lote de botellas. Mike las vio primero. Solía levantar el hocico y darme un golpecito en la barbilla si veía que me perdía algo. Justo entonces la niebla se espesó, como Conolly había predicho, y por la radio empezamos a oír una jerigonza terrible. Joss dijo que sonaba como si los alemanes anduvieran por la zona y que si la niebla se prolongaba quizá pudiéramos ser útiles. (No se podía ver la cubierta desde el puente.) Dijo que mejor le pasaba el torpedo que me quedaba porque iba a probar fortuna disparándolos al frente. Tampoco es que mis tubos fueran gran cosa. Así que les pasamos el torpedo. Redujimos la potencia del motor al mínimo (la niebla era tan espesa que ni siquiera veíamos nuestras manos) y nos pusimos a la escucha. Se escucha mejor cuando hay niebla.

—Pero no sabes qué rumbo llevas —dijo el señor Gallop con seriedad.

—Cierto. Y además te parece que oyes cosas… como nos pasó a nosotros. Entonces Mike empezó a darme golpecitos en la barbilla de nuevo. *Él* no se imaginaba cosas. Avisé a Joss y uno o dos minutos más tarde oímos voces; sonaban como si estuvieran a millas de distancia. Joss dijo: «Aquí está el bebedor de vino blanco. Anda buscando el camino de regreso. Con suerte, estará demasiado preocupado para reparar en nosotros, pero como la niebla se levante, desearemos ser Conolly». Abroché a Mike contra mi pecho y lo arropé con otra vuelta de bufanda y esas voces horribles volvieron a sonar… en el aire esta vez, y por toda la nuca. Entonces algo inmenso pasó a popa. Teníamos las dos hélices paradas y avanzábamos muy lentamente. Joss susurró: «¡Está encima de nosotros!». Yo dije: «Todavía no. Mike lo siente a estribor». El pequeñín había vuelto a sacar la cabeza, olisqueando y dándome golpecitos en la barbilla… Y entonces, ¡por Dios!, el tipo se desliza hacia nosotros por estribor. No podíamos verlo, pero sí aprovechar el poco viento que había, y nos llegó su olor: agrio y picante. Se le oía pasar sondajes al puente de mando de viva voz. Supongo que se creía casi en casa. Joss susurró: «Adelántate un poco y arrímate a él hasta que oigas mi sirena. Entonces entretenle. Dispararé mi segundo torpedo a la luz de sus baterías cuando intente bombardearte». Así que se alejó hacia puerto y yo avancé muy despacio… ¡peligrosamente despacio! Shide me juró más tarde que vio la silueta de su popa justo a tiempo y que por muy poco no perdimos la hélice de estribor. Ahí fue donde se me paró el corazón. Entonces oí que mis pobres defensas rechinaban como corcho mojado al tocar su flanco y ahí estábamos,

acariciando al bodeguero… En teoría, si te acercas lo suficiente a un barco de esas dimensiones, su artillería no tiene ángulo ni margen de retroceso para dispararte.

El señor Gallop volvió a sonreír. Había jugado al mismo juego, pero en miniatura, con una lancha motora que eludió la proa amenazante de un barco guardacostas en las Bahamas.

—Era extraño estar así recostado junto a un gran barco, a la escucha. Podíamos oír el ruido de las campanas y los ventiladores de su cuarto de máquinas y a un pobre diablo con una tos endemoniada. No sé cuánto tiempo estuvimos así, pero Fritz se pasó todo el rato ocupado en sus labores. Había enviado a Shide a popa a cuidar de los aparejos de la caña del timón (me pareció que la rueda podía funcionar) y ordené a Chidden que se ocupara del cañón de a 12 libras en el puente. Mi artillero estaba a cargo de los cañones de 6 libras en proa y yo mantenía al Makee-do acariciando a nuestro amigo. Entonces oí la sirena de Joss y luego un ruido metálico terrible. Había acertado con el primer disparo. Nosotros lanzamos tres disparos con el cañón de a 12 y los cañones de 6 le hicieron un corte profundo en la piel… a unos cinco metros de altura, supongo. Y entonces salimos a escape. (Mi viejo torpedo tampoco habría servido de nada. La cabeza habría golpeado su flanco antes incluso de que la cola hubiera salido del tubo.) La nave despertó y ordenó disparar a todas las baterías de estribor, pero no tenían ángulo suficiente para darnos. Con la explosión ya tuvimos bastante, con todo. Nos dejó sordos y atontados un buen rato. Empujó el puente de mando y el cañón de a 12 a estribor y los apiló uno encima de otro: parecían un montón de atizadores y tenazas para el fuego. También descabezó la chimenea delantera y la hizo abrirse como un tulipán. Disparó una segunda salva que volvió a ponernos en aprietos. La verdad es que ni la oímos. La sentimos, eso sí. Nos sacudió de lado, como la coz de un animal, y pensé que ahí se acababa todo. Luego tuvimos la *sensación* —no era un ruido— de que una madeja de lana se rasgaba en el aire y vi el resplandor y la humareda de un gran cañón disparando ligeramente hacia arriba, a un ángulo de treinta grados. Se me ocurrió que estaba apartándose de nosotros y que era el momento de poner pies en polvorosa. Así que viramos por el lado de popa. Y ¡esa humareda fue lo único que vi de aquella nave…! Pasado un rato, nos vimos capaces de comprobar las pérdidas. El daño en el puente nos escoraba bastante a estribor; la chimenea vomitaba humo y algunos de los estayes se habían roto; la radio, destrozada; las brújulas, enloquecidas, por supuesto; la balsa y todos los accesorios habían caído por la borda; las trampillas y escotillas estaban

forzadas o atrancadas y la cubierta estaba más en penumbra que de costumbre. Pero no había bajas. Algunos marineros con cortes y magulladuras por los golpes y el zarandeo y, por supuesto, todos sangrábamos por la nariz y los oídos. Pero lo más curioso es que temblábamos como si tuviéramos parálisis cerebral. Eso tardó más en desaparecer. Todos íbamos gritando y temblando sin parar. La conmoción, supongo.

—¿Y Mike? —preguntó el señor Randolph.

—Nada, él a lo suyo. Se pasó todo el rato con los dientes en mi bufanda. Lo primero que hizo después del incidente fue bajar al cuarto de oficiales y beberse toda el agua que pudo. Luego intentó quitarse el sabor a gasolina de la boca con las patas. Luego quiso hacer sus necesidades, pero descubrió que su territorio personal se había ido a poniente con todos los accesorios que no estaban amarrados. Se indignó muchísimo y así se lo hizo saber a Furze. Y Furze me brama al oído: «Eso demuestra que no pudo ser él en el puesto de mando, señor, porque si alguna vez estuvo justificado no tener melindres es ahora. Pero es delicado como una marquesa»… ¡No se rían!… No era cosa de risa para don Miguel.

—¡Disculpe usted! Y ¿cómo se alivió su Delicadeza? —dijo el almirante.

—Le di permiso para ser promiscuo, pero como me dio por reírme se puso a gruñir como un joven tigre… No os vais a creer lo que pasó después, pero es un hecho. Cinco minutos más tarde todo el barco se puso a revisar el consejo de guerra de Mike. Andaban trabajando como hormigas para reparar los daños y parloteando a voz en grito. ¡Y apenas un año (no, seis meses) antes la mitad de ellos andaba haciendo la instrucción en Crystal Palace!

—Lo mismo pasa con la mano de obra contratada —dijo el señor Gallop, cambiando de bordada con un suave codazo a la caña del timón y un toque casi imperceptible en la escota. El viento se estaba levantando.

—Salí por fin de la niebla como quien sale de un túnel. Me abrí camino hacia la costa como pude, a base de sondajes, hasta que pude orientarme por las estrellas. Suponiendo que Joss haría lo mismo, lo esperé mientras seguíamos cortando y reparando lo que quedaba del puente y apuntalando la chimenea. El mar seguía como un plato y la niebla costera se alzaba a nuestro alrededor como grandes acantilados. Todo de lo más dramático, porque cuando se hizo de día Joss emergió de la niebla a tres o cuatro millas de nosotros y se acercó a toda prisa con los cabos de amarre preparados para remolcarnos. La verdad es que parecíamos un basurero flotante. Hice señales para confirmar que podíamos navegar sin dificultad a unos trece nudos, lo que era una maldita mentira… Así que allá fuimos, en fila, y Joss se sentó a popa

en el astillero de la carga de profundidad haciéndome señales que yo seguía desde el castillo de proa. Había mandado a puerto al bebedor de vino con el primer disparo. El segundo (que hizo estallar su polvorín delantero) era el que yo le había prestado, pero en su informe puso que era «un torpedo de la cubierta de su segundo al mando»… Las llamas del barco eran visibles a través de la niebla, así que fue un tiro fácil, a unos cien metros de distancia más o menos. No vio más de lo que yo vi, aunque notó un olor muy intenso a corcho quemado. Puede que fuera un viejo buque relleno de corcho como un salvavidas para una incursión por sorpresa. Nunca lo supimos a ciencia cierta.

No había transcurrido mucho tiempo, pero el viento y la fuerza de las olas habían crecido sensiblemente.

—Bien —dijo el señor Gallop—. No se prevén novedades en el frente hasta mañana. Pero el señor Randolph, siguiendo las últimas instrucciones de la señora Vergil, insistió en añadir chubasqueros a nuestro equipo. Y ¿qué pasó entonces?

—Bueno, seguimos camino; Joss haciendo señales con la bandera para tenerme informado y todos los hombres ocupados en la chimenea y otras reparaciones menores, pero todos acalorados discutiendo el caso de Mike. Y todos temblando.

—¿Dónde estaba Mike? —preguntó el señor Randolph mientras la cresta de una ola rompía en cubierta.

—Haciendo de esclavina en el puerto de mando y contándome sus grandes hazañas. No ladraba, pero era capaz de parlotear como un pequinés. Entonces Joss cambió el curso de la navegación. Pensé que podían ser minas, pero como no tenía puente de mando, carecía también de ángulo de visión. Entonces pasamos junto a un hombre de barba puntiaguda que flotaba en un salvavidas con la cabeza entre los brazos y los ojos entornados, como un borracho en un pub… Si no estaba muerto, le faltaba poco… No hay forma de saber cómo se van a tomar las cosas los de la cubierta inferior. Se quedaron mirándolo y el cocinero dijo que tenía un aire insolente. Y ya está. Y entonces Furze chilló: «¡Por el amor de Dios, ese podría ser uno de nosotros!». Y siguió con toda esa retahíla de la ceremonia matrimonial: «Os exijo y ordeno, pues todos habréis de responder ante el Señor en el día del Juicio del Final, que digáis quién fue el malnacido que manipuló las pruebas en el caso Malachi. Recordad que el infeliz que está a remojo ahí fuera os escucha»… Suena ridículo, pero me puso los pelos de punta. Oí al bolche decir que un chiste hay que tomarlo por el lado bueno. Entonces se armó algo de revuelo en el sector de la chimenea, pero por supuesto yo estaba de cháchara con Joss.

Cuando volví a popa (no me di ninguna prisa) nuestro fogonero mayor estaba encima de Furze, mientras que Chidden y Shide se dedicaban a contener a una pequeña multitud que pedía la sangre del bolche. (Ciguil, de paso, aprovechó para soltar algún mamporro.) Me pareció ver (pero no habría podido jurarlo) que el fogonero apartaba un cuchillo con el pie y lo arrojaba por la borda.

—¡Un cuchillo! —exclamó el almirante, atónito.

—Un cuchillo del cuarto de oficiales, señor, con la punta afilada. Furze había trabajado diez años de camarero o de chulo en Leicester Square y había contraído malos hábitos. Cuando por fin me reuní con la cuadrilla de trabajo vi que se movían como marionetas. No paraban de temblar… Pero yo no hice nada. No esperaba que los dos hombres a los que Chidden había dado un guantazo se quejaran de él mientras el bolche estuviera vivo; y nuestro fogonero mayor se había deshecho de cualquier prueba que pudiera incriminar a Furze. En conjunto, sentí pena por el bolche… Chidden fue a hablar conmigo en el cuarto de oficiales y dijo que el hombre había pedido ser *seguegado* por su propia seguridad. Sí, desde luego, reconocía haber manipulado las pruebas. Yo respondí que mal podía incriminar a aquel canalla por mancillar el honor de un perro, pero que perdonaría y ascendería de nuevo a Michael y que la cubierta inferior sacara sus propias conclusiones. «Entonces *matagán* al bolche», dijo el muchacho. «No —respondí—. Los de las lanchas motoras os pasáis de listos, Ciguil. Le darán un susto de muerte, pero nada más. ¿Qué hace ahora?» «*Gueconstiuyendo el teguitoguio puivado* de Mike, con Shide y Furze a su lado de uñas.» «Entonces está a salvo —le dije—. Haré que Mike suba a hacerle una visita, a ver qué le parece. Y ¿qué hay de Dawkins y Pratt?» Eran los dos hombres a los que Cyril había dado un puñetazo mientras el fogonero templaba los ánimos del cuarto de máquinas. Tampoco a ellos les caía bien el bolchevique. «¡*Atibogándose* de judías y chantaje! —responde—. Les dije que gracias a mí no habían *tegminado* con una soga al cuello, pero *quieguen sagdinas* para todos cuando lleguemos a *puegto*.»

—Pero ¿qué hace un fogonero mayor en la cubierta superior? —dijo el señor Vergil, molesto, mientras se encogía de hombros para no ponerse perdido de agua.

—Mantener la disciplina. Nuestro fogonero podía reparar cualquier cosa desde el reloj del cuarto de oficiales al fogón, y era capaz de coger cualquier cosa que tuviera patas o piernas y convertirla en un marino, igual que hacía usted, Vergil… Bueno, así que seguimos, y cuando Chidden me informó de que el *teguitoguio* estaba listo, envié a Mike a probarlo.

—¿Mike sabía todo esto? —dijo el señor Randolph.

—No me pregunten si lo sabía o no, pues podrían llamarme mentiroso. El bolche se disculpó públicamente ante Malachi después de que Chidden anunciara su ascenso a Perro Preferente por «*gallagdía* notable en la batalla y por *dag infogmación* valiosa sobre la posición del enemigo en el *cugso* de la misma». Así que Furze volvió a ponerle el collar y le comunicó al bolche *su* nuevo rango y su nombre.

El comandante los repitió en voz alta: la descripción se explicaba por sí misma, desde luego, pero no hasta el punto de que el más humilde de los servidores de su majestad aceptara responder a ella siquiera por un día.

—Se difundió por toda la flotilla.

El comandante volvió a repetirla y los demás prorrumpieron en esas carcajadas groseras que a las mujeres les parecen tan incomprensibles.

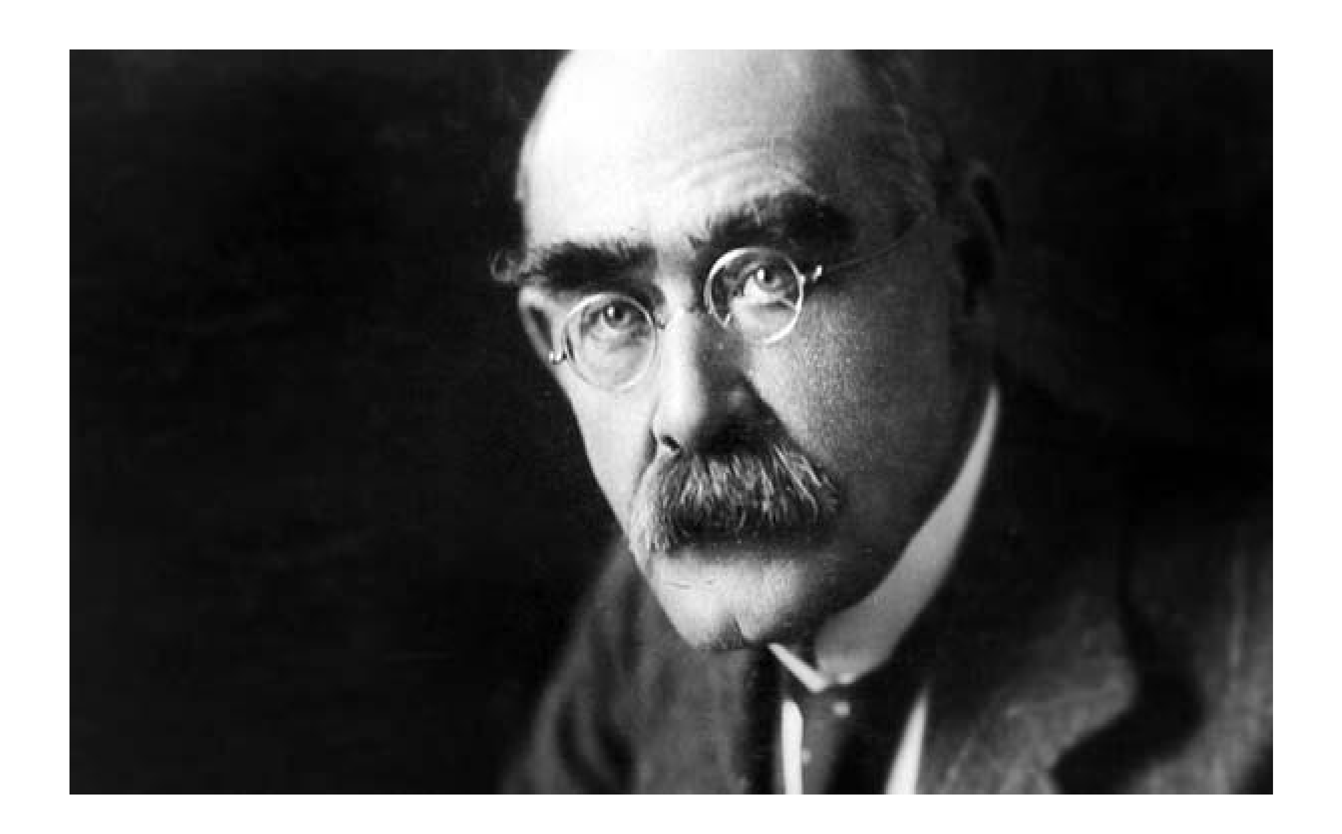
—¿Se quedó en el barco? —preguntó el señor Vergil—. Porque conocí a un fogonero del viejo Minotauro que se cortó el gaznate por mucho menos. A veces reaccionan de forma extraña.

—Sí, sí, se quedó sin resistencia, pero terminó cambiando de actitud, señor Vergil.

—Así pasaba en mis tiempos —dijo el anciano.

El almirante asintió para sí. El señor Gallop, junto a la caña del timón, se incorporó a medias para echar una mirada por debajo del trinquete, preparándose para tomar un atajo donde el coral da la misma segunda oportunidad que la garra de un tigre. En media hora habían atravesado el canal. Al cabo de una hora pasaron al lado del enorme transatlántico amarrado cuyos pasajeros sedientos salían disparados hacia las tiendas de licor del muelle. Algunos de ellos, incapaces de aguantar los cuatro minutos y medio de caminata hasta el hotel más cercano, salían arrancando las etiquetas de las botellas de whisky que acababan de comprar. El señor Gallop se adentró hasta el fondo de la bahía y amarró la chalupa con una ligera reverencia para no golpearse la cabeza con los mangles que rodeaban la caseta de botes.

—No sé si he conseguido darles una idea precisa de cómo era mi gente —dijo el comandante al terminar—. Yo solía decirles que eran la peor colección de desechos jamás recogida en la playa. Y en gran medida era así. Pero no quisiera dar una impresión equivocada. Cuando las cosas se ponían feas, eran la sal de la tierra (la sal misma de este valle de lágrimas), que Dios los confunda y los bendiga. Tampoco es que ahora importe mucho. Ya no tenemos marina.



JOSEPH RUDYARD KIPLING (Bombay, 30 de diciembre de 1865 – Londres, 18 de enero de 1936) fue un escritor y poeta británico nacido en la India. Autor de relatos, cuentos infantiles, novelista y poeta, se le recuerda por sus relatos y poemas sobre los soldados británicos en la India y la defensa del imperialismo occidental, así como por sus cuentos infantiles.

Algunas de sus obras más populares son la colección de relatos *The Jungle Book* (El libro de la selva, 1894), la novela de espionaje *Kim* (1901), el relato corto *The Man Who Would Be King* (El hombre que pudo ser rey, 1888), publicado originalmente en el volumen *The Phantom Rickshaw*, o los poemas *Gunga Din* (1892) e *If* (1895). Además varias de sus obras han sido llevadas al cine. Fue iniciado en la masonería a los veinte años, en la logia «Esperanza y Perseverancia N.º 782» de Lahore, Punjab, India.

En su época fue respetado como poeta y se le ofreció el premio nacional de poesía Poet Laureat en 1895 (poeta laureado) la Order of Merit y el título de *Sir* de la Order of the British Empire (Caballero de la Orden del Imperio Británico) en tres ocasiones, honores que rechazó. Sin embargo aceptó el Premio Nobel de Literatura de 1907 y fue el ganador del premio Nobel de Literatura más joven hasta la fecha, y el primer escritor británico en recibir este galardón.

Notas

[1] Se refiere, claro está, a la reina Victoria. [*Esta nota, como las siguientes, es del traductor*.] **<<**

[2] En la mitología nórdica, Garm es un perro guardián del inframundo al que se describe con el pelaje ensangrentado. <<

[3] Pequeño carruaje tirado por un caballo. <<

[4] Ventilador manual de techo, normalmente con un armazón de plumas. <<

[5] Canción infantil escocesa sobre un perro llamado Bingo. En ella se deletrea el nombre del perro (B-i-n-g-o), primero completo, luego sustituyendo cada letra por una palmada, de la primera a la última. <<

[6] Jean Ingelow (1820-1897), poeta y novelista inglesa muy célebre en su día, pero ya olvidada. <<

[7] Svengali es un personaje de ficción de *Trilby*, novela publicada por George du Maurier en 1895. Svengali es un hombre que seduce, domina y explota a Trilby, joven inglesa a la que termina convirtiendo en una cantante famosa.

El término «svengali» se refiere a aquel que con malas intenciones domina, manipula o controla a una persona del mundo del arte o el espectáculo. <<

[8] Un eco de Marcos, 9, 5; también de Lucas, 9, 33. <<

[9] «Entonces dijo Natán a David: Tú eres aquel hombre. Así ha dicho Jehová, Dios de Israel: Yo te ungí por rey sobre Israel, y te libré de la mano de Saúl» (2 Samuel 12, 7). <<

[10] Se refiere a *La vida de Samuel Johnson* (1791) de James Boswell. El poeta y clérigo Henry Hervey Aston (1701-1748) fue un gran amigo del doctor Johnson. <<

[11] Es decir, que padecía linfangitis equina. <<

[12] Salmos, 8, 2. <<

[13] En «Un motín naval», cuento incluido en *Límites y renovaciones* (1932). <<

[14] Centro de instrucción de la marina inglesa durante la Primera Guerra Mundial. <<

[15] Se refiere a la costa de Alemania. <<

[16] *Joss*, coloquialmente, significa «buena suerte». <<